Irene Balboa

Slalom a tu Corazón



Irene Balboa

Slalom a tu corazón

Copyright © 2025 by Irene Balboa

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grbación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2501130628334

Contents

1. El Accidente

2. Recuperación Inicial

3. El Paso de los Meses

4. La Llegada de Ruby

5. Los Primeros Desafíos con Ruby

6. Un Nuevo Ritmo

7. Laura Vuelve a Escena

8. Progreso y Recaída

9. Reafirmación de Emily

10. La Primera Competición

11. La Relación Se Fortalece

12. Conflictos y Confesiones

13. Laura Juega Su Última Carta

14. Declaraciones y Decisiones

15. Obstáculos Finales

16. La Última Prueba

17. La Competición Final

18. Resolviendo Cabos Sueltos

19. Una Vida Redefinida

20. Epílogo - Bajo la Nieve

1

El Accidente

El rugido del motor resonaba con fuerza mientras Emily Carter conducía por una carretera de montaña que parecía diseñada por alguien con un sentido del humor especialmente cruel. Las curvas eran tan cerradas que bien podrían haber servido como entrenamiento de slalom, pero para Emily, aquello era solo otra misión en su día a día. O al menos, eso intentaba convencerse a sí misma.

En el asiento del copiloto, su móvil vibraba como si tuviera vida propia. Otro mensaje. Emily alzó la vista un segundo para comprobar el remitente: *Laura*.

Suspiró. Siempre Laura. Con su obsesión por mantener la apariencia perfecta de la "pareja dorada".

—"¿Cuánto te queda? La prensa está aquí y no paran de preguntar por ti" —leyó Emily en voz alta, imitando el tono inconfundiblemente crítico de Laura.

Rodó los ojos mientras sus dedos tamborileaban sobre el volante. *"La prensa quiere verte"*, claro. No era *"¿Cómo estás, Emily?"* o *"¿Necesitas algo?"* Siempre era la misma presión, las mismas expectativas, como si el universo entero se tambaleara si Emily Carter no aparecía con su mejor sonrisa y un vestido que resaltara su "marca personal".

El móvil vibró de nuevo. Esta vez, el mensaje era de su entrenador, Dan:

"No llegues tarde, Carter. No olvides sonreír. Y no seas una diva."

Emily resopló, apretando un poco más el volante. —Divas las tuyas, Dan.

Por si fuera poco, el termómetro del coche marcaba dos grados bajo cero, y el aire acondicionado llevaba rato jugando a descongelar y recalentar su humor, como si ella no tuviera ya suficiente. Ajustó la calefacción con una mano, intentando encontrar el punto exacto entre "mis manos están congeladas" y "esto parece un sauna". Multitarea al volante. Una habilidad subestimada.

Las luces del salpicadero iluminaban su rostro mientras conducía con precisión por las curvas. Una tras otra, su cerebro parecía funcionar en piloto automático, recordándole lo que tenía que hacer en la gala: sonreír, hablar con los patrocinadores, fingir que estaba emocionada de ser la estrella del espectáculo.

El móvil vibró otra vez. Esta vez, era una llamada. *Laura.*

Emily la miró de reojo mientras el tono seguía insistente, como una alarma imposible de apagar. No era la primera vez que Laura llamaba en el momento más inoportuno. La última vez había sido en medio de un entrenamiento. "Tienes que aprender a priorizar", le había dicho Laura.

Prioridades. Claro. Justo lo que estaba haciendo ahora. Priorizar una gala absurda por encima de sus ganas de quedarse en casa viendo repeticiones de competiciones antiguas, donde todo parecía más sencillo, más seguro.

—Perfecto. Todo el mundo quiere algo de mí —murmuró, mientras el coche avanzaba por otra curva cerrada.

La carretera estaba vacía, pero las curvas seguían desafiando su habilidad como conductora. Emily giró el volante con la misma precisión que aplicaba en las pistas de esquí. Era buena, muy buena, pero en ese momento, su concentración estaba en todas partes menos en el asfalto.

El móvil volvió a vibrar. Esta vez, un mensaje de Dan:

"Recuerda: tu sonrisa paga las facturas."

Emily gruñó. Si tuviera una libreta, probablemente habría empezado una lista de todas las cosas que odiaba en ese momento. Pero claro, no podía, porque estaba conduciendo. Y porque su vida, perfecta en apariencia, estaba desmoronándose más rápido de lo que ella quería admitir.

* * *

El móvil vibró de nuevo, como un niño pequeño exigiendo atención. Emily lo miró de reojo mientras seguía girando el volante con precisión quirúrgica. "*Laura otra vez. Por supuesto que es Laura"*, pensó mientras el tono de llamada se transformaba en una banda sonora dramática para su descenso por aquella carretera serpenteante.

La tentación de contestar era fuerte. No porque quisiera hablar con Laura, sino porque no quería escuchar el sermón que seguramente recibiría más tarde por ignorar *"algo importante"*. Pero también estaba en medio de una curva peligrosa, y en el fondo sabía que responder al teléfono mientras conducía era un mal plan. Claro, saberlo no significaba que lo respetara.

—Un segundo no hará daño —murmuró, desviando la mirada del asfalto durante, bueno, un segundo.

Ese segundo fue suficiente.

Un ruido sordo retumbó por el coche, seguido de un chirrido de neumáticos que hizo que todo su cuerpo se tensara. El volante pareció cobrar vida, girando en sus manos como si intentara escapar de ella.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó, tratando de enderezar el coche.

Pero la carretera no era precisamente el lugar más indulgente para errores. Había una fina capa de hielo que el sol no había derretido del todo, y sus neumáticos decidieron que no había mejor momento para entrar en huelga. El coche empezó a deslizarse hacia el borde, y Emily tuvo una fracción de segundo para imaginarse como protagonista de un reportaje en las noticias locales: *"Estrella olímpica sufre accidente en carretera mientras ignora las llamadas de su novia"*.

El guardarraíl apareció de repente, como un invitado no deseado en una fiesta. El coche lo golpeó con un ruido metálico que resonó en todo su cuerpo. La parte delantera se detuvo bruscamente, pero no sin antes hacerle sentir cada centímetro del impacto.

El cinturón de seguridad la sostuvo con fuerza, salvándole la vida pero dejándole un dolor agudo en el pecho. Su pierna derecha, por otro lado, parecía haber decidido que era un buen momento para experimentar lo que se sentiría al ser parte de una obra de arte cubista.

Emily quedó atrapada en el asiento, aturdida y con el sonido del motor aún rugiendo en algún lugar lejano. Por unos segundos, todo fue un caos: el zumbido en sus oídos, el olor a quemado, el aire helado entrando por una ventana rota.

"Esto no puede estar pasando", pensó, tratando de mover las manos para apagar el motor. Pero su cuerpo no respondía del todo, y el dolor en su pierna era tan intenso que cada intento de moverse le arrancaba un gemido.

Se quedó allí, mirando al vacío, mientras las luces del coche parpadeaban como si también estuvieran decidiendo rendirse. Lo único que pudo pensar en medio de aquel desastre fue: *"¿Qué dirá Laura? ¿Se enfadará más por el coche o por la gala?"*

Una risa amarga escapó de sus labios. No era el momento para bromas internas, pero su mente, acostumbrada a sobrevivir bajo presión, parecía estar buscando una forma de procesar lo que acababa de suceder.

De repente, el sonido de un coche acercándose la hizo girar la cabeza. Era tenue al principio, pero luego las luces de un vehículo se reflejaron en el parabrisas destrozado. Emily intentó

levantar una mano, pero todo su cuerpo protestó al unísono.

—¡Aquí! —gritó, aunque su voz sonó más como un susurro rasposo.

El coche se detuvo, y unos segundos después, alguien apareció junto a su ventana rota. Era un hombre con una chaqueta reflectante y un casco de ciclista.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? —preguntó, inclinándose para mirarla.

Emily lo miró fijamente, luchando contra el aturdimiento. —¿Parezco bien? —respondió con un humor seco que parecía ser lo único intacto en su cuerpo.

El hombre sacó su móvil y empezó a marcar. —Voy a llamar a emergencias. No te muevas.

—Creéme, no estaba en mis planes hacer yoga aquí mismo —murmuró Emily, dejando caer la cabeza contra el reposacabezas.

Mientras el hombre hablaba con urgencia por teléfono, Emily cerró los ojos. El frío empezaba a calarle los huesos, pero lo peor no era eso. Lo peor era la sensación de que todo estaba a punto de cambiar, y no precisamente para mejor.

* * *

Cuando Emily abrió los ojos, el cielo nocturno le devolvió la mirada. Bueno, lo que podía ver entre las luces parpadeantes de una ambulancia y el brillo de una linterna que alguien agitaba frente a su cara.

—¡Tenemos una herida aquí! —gritó una voz masculina a lo lejos.

—¿De verdad? ¡Qué observador! —murmuró Emily, aunque su voz sonó más como un susurro débil. Su humor sarcástico, al parecer, había sobrevivido al accidente mejor que su pierna derecha.

Un paramédico apareció de repente en su campo de visión, inclinándose hacia ella con el tipo de sonrisa tranquilizadora que uno no sabe si agradecer o desconfiar. Llevaba un chaleco reflectante tan brillante que Emily sintió que necesitaba gafas de sol.

—¿Emily Carter? ¿Puedes oírme? —preguntó el hombre con una voz firme pero amable.

Emily pestañeó, tratando de enfocar. —¿Eso es… una pregunta retórica? —murmuró. El paramédico sonrió, aunque no parecía que estuviera de humor para juegos.

—Muy bien, sigue conmigo, campeona. Te vamos a sacar de aquí. ¿Puedes mover algo?

Emily intentó mover la pierna, pero un dolor agudo se disparó desde su rodilla hasta su cadera, haciéndola soltar un gemido involuntario. El paramédico negó con la cabeza, más para sí mismo que para ella.

—Eso sería un no —dijo Emily, cerrando los ojos por un momento. Cuando los abrió, vio a más personas rodeando el coche, hablando entre ellas en un lenguaje técnico que no tenía interés en entender.

Una paramédica apareció con una camilla plegable, y el primer paramédico le habló como si Emily no estuviera allí. —Tiene una fractura evidente en la pierna derecha y posiblemente daños en los ligamentos. Necesitamos estabilizarla antes de moverla.

Emily levantó una mano débilmente. —¿Podemos dejar fuera la parte de "fractura evidente" cuando cuenten esta historia? Solo digo.

El hombre sonrió ligeramente mientras le ponían un collarín. —Creo que tienes suficiente historia para la prensa sin ese detalle. Ahora, aguanta un segundo, esto va a doler un poco.

Y vaya si dolió. Emily soltó un grito cuando intentaron moverla hacia la camilla. Las lágrimas quemaban en sus ojos, aunque se negó a dejar que cayeran. Entre la respiración entrecortada, trató de mantener algo de dignidad.

—¿Estás bien? —preguntó la paramédica mientras ajustaban la camilla.

—Fantástica —respondió Emily, con sarcasmo evidente. —Creo que me apuntaré a un maratón el próximo mes.

—Eso es el espíritu —dijo el hombre, claramente acostumbrado a tratar con pacientes difíciles.

Mientras la cargaban en la ambulancia, Emily miró las luces intermitentes y dejó escapar un suspiro. *"Esto no puede empeorar, ¿verdad?"*, pensó.

Spoiler: Claro que podía.

Dentro de la ambulancia, los monitores pitaban como si estuvieran ensayando para una sinfonía, y la paramédica trataba de tranquilizarla mientras revisaba sus signos vitales. Pero Emily no podía dejar de pensar en una cosa: *"¿Cuánto costará arreglar el coche? ¿Y qué dirá Laura cuando se entere de que no voy a llegar a la gala?"*

El viaje al hospital fue un borrón de luces y dolor, con el ocasional intento de conversación por parte del paramédico. Emily solo lograba responder con monosílabos, demasiado ocupada tratando de no gritar cada vez que la ambulancia pasaba por un bache.

Cuando llegaron al hospital, el caos se intensificó. Gente moviéndose rápidamente, luces fluorescentes que hacían que todo pareciera aún más frío y una camilla que se sentía como si estuviera hecha de cemento. Emily cerró los ojos mientras la empujaban por los pasillos, intentando ignorar las conversaciones rápidas que sucedían a su alrededor.

—Fractura abierta en tibia y posible daño ligamentoso. Necesitamos una radiografía urgente.

—¿Puedo pedir una anestesia para la parte en la que me cuenten las malas noticias? —preguntó Emily, logrando arrancar una sonrisa nerviosa al enfermero que empujaba la camilla.

Mientras la colocaban en una sala de observación, Emily dejó escapar otro suspiro. Todo era un desastre. Su cuerpo, su carrera, incluso su sentido del humor empezaba a tambalearse. Pero por ahora, solo podía hacer una cosa: esperar.

* * *

Emily abrió los ojos en un entorno completamente diferente. Las luces del hospital eran un ataque directo a sus retinas, y el sonido de los monitores parecía sincronizado con su dolor de cabeza. Intentó mover la cabeza, pero el collarín que llevaba puesto dejó claro que eso no era parte del plan.

—¿Emily? —Una voz familiar la llamó desde un rincón de la habitación. Era Ryan, con su inconfundible mezcla de preocupación y humor nervioso. Estaba sentado en una silla de plástico que parecía diseñada para torturar a los visitantes.

—¿Dónde… estoy? —murmuró Emily, con la garganta tan seca que su voz sonaba como un eco rasposo.

—En el hospital. Y antes de que preguntes: sí, sigues entera. Más o menos. —Ryan se levantó y se acercó a la cama, inclinándose para mirarla más de cerca. —¿Cómo te sientes?

Emily dejó escapar un resoplido. —Como si me hubiera pasado por encima un tren. ¿Qué pasó?

Ryan dudó un momento antes de responder, su sonrisa forzada tambaleándose. —Tu coche decidió que era buen momento para abrazar un guardarraíl. No quedó muy bonito. Pero oye, tú sigues aquí, y eso es lo que importa, ¿no?

Emily cerró los ojos, intentando procesar la información. No recordaba mucho después del impacto, solo el dolor y las luces. Ahora, en esta habitación estéril y ruidosa, todo empezaba a cobrar sentido. Aunque eso no significaba que le gustara.

—¿Y yo? ¿Qué tan mal estoy? —preguntó finalmente, aunque parte de ella no quería saber la respuesta.

Antes de que Ryan pudiera responder, una doctora apareció en la puerta, sosteniendo una tableta y con el porte profesional de alguien que ya había dado malas noticias demasiadas veces.

—Buenos días, Emily. Soy la doctora Ramírez. Es bueno verte despierta. —Su tono era neutral, casi clínico, y eso solo hizo que Emily se sintiera más nerviosa.

—Gracias, supongo. Ahora, ¿puede alguien decirme qué demonios le pasa a mi pierna?

La doctora se acercó, revisando rápidamente el monitor junto a la cama antes de responder. —Tienes una fractura abierta en la tibia derecha, además de daños significativos en los ligamentos de la rodilla. También hay contusiones menores en el tórax y las costillas.

—¿Qué significa eso en idioma normal? —Emily intentó sentarse, pero el dolor le hizo cambiar de opinión rápidamente.

La doctora mantuvo la calma. —Significa que vas a necesitar cirugía y una larga recuperación. Con la rehabilitación adecuada, podrías recuperar movilidad completa.

—¿Podría? —repitió Emily, aferrándose a esa palabra como si fuera un ancla.

La doctora se tomó un momento para responder, mirándola directamente. —Sí, podrías. Pero el esquí profesional será un desafío.

Esa última palabra, "desafío", cayó sobre Emily como un ladrillo. Sintió cómo algo dentro de ella se rompía, algo que no tenía nada que ver con su pierna. Porque no era solo su cuerpo lo que estaba en juego; era todo lo que había construido, todo lo que era.

Ryan, incómodo con el silencio que se había formado, decidió intervenir. —Oye, lo importante es que estás viva. Y míralo por el lado positivo: al menos tienes una buena excusa para saltarte la gala.

Emily dejó escapar una carcajada amarga, que rápidamente se convirtió en un gemido de dolor al tensar las costillas. —Genial. Lo siguiente será un chiste sobre que siempre quise unas vacaciones forzadas.

La doctora, aparentemente inmune al sarcasmo, continuó con su explicación. —La cirugía será esta tarde. Queremos estabilizar la pierna lo antes posible. Después, hablaremos sobre los próximos pasos.

—Fantástico. Porque caminar siempre fue mi hobby favorito —murmuró Emily, dejando caer la cabeza contra la almohada.

La doctora asintió, aparentemente satisfecha con que Emily estuviera lo suficientemente lúcida como para quejarse. —Te dejo descansar. Nos vemos más tarde.

Cuando la doctora salió de la habitación, Ryan volvió a sentarse en la incómoda silla.

—Bueno, al menos sigue funcionando tu sentido del humor. Eso es algo, ¿no?

Emily lo miró de reojo. —Ryan, si no vas a traerme café, puedes ahorrarte los comentarios optimistas.

—¿Quieres café? —Ryan sonrió, poniéndose de pie. —Voy a buscar uno que probablemente será horrible. Pero al menos hará que olvides el desastre que tienes en la pierna.

Emily cerró los ojos, suspirando. Era un desastre, sí, pero también era su nueva realidad. Y por mucho que odiara admitirlo, necesitaba encontrar una forma de lidiar con ello.

* * *

Horas después, cuando la anestesia empezaba a hacer que su cuerpo se sintiera más entumecido que una estatua, Emily abrió los ojos al sonido de un taconeo firme que resonaba por el pasillo. Sabía perfectamente quién era antes de verla entrar en la habitación.

Laura tenía ese tipo de presencia que no pasaba desapercibida, incluso en un hospital lleno de luces fluorescentes y monitores pitando. Entró con su abrigo de lana perfectamente ajustado, el bolso de diseño colgando de su brazo y una expresión que oscilaba entre la preocupación y el enfado.

—¿Cómo estás? —preguntó Laura, acercándose a la cama. Su tono era suave, pero con esa firmeza que siempre parecía querer controlar la situación.

Emily ladeó la cabeza lentamente, todavía sintiendo los efectos de los analgésicos. —Bueno, teniendo en cuenta que mi pierna ahora es básicamente un proyecto de ingeniería, diría que estoy fantástica.

Laura ignoró el sarcasmo, como siempre hacía. Dejó el bolso en una silla y se inclinó hacia Emily, colocando una mano sobre la barandilla de la cama. —Esto no es el fin del mundo, ¿vale? Volverás a estar bien.

—¿Bien? —Emily dejó escapar una risa seca que rápidamente se convirtió en un gemido de dolor al tensar las costillas. —¿Qué significa “bien” exactamente? ¿Porque si te refieres a correr una maratón o volver a las pistas, creo que alguien debería actualizarte sobre lo que dijeron los médicos.

Laura apretó los labios, claramente incomoda con la respuesta. —Emily, eres la persona más fuerte que conozco. No puedes dejar que esto te derrote.

Emily la miró fijamente, buscando algo en su expresión. Tal vez empatía, tal vez comprensión. Pero lo que encontró fue exactamente lo que esperaba: la perfección pulida de alguien que no sabía cómo manejar una situación que no podía controlar.

—Laura, no sé si te has dado cuenta, pero ya estoy derrotada. Mi carrera está en pausa, mi cuerpo está destrozado, y estoy atrapada aquí escuchando el pitido de los monitores como si fuera una sinfonía de sufrimiento.

—¡No digas eso! —exclamó Laura, con una vehemencia que hizo que Emily levantara una ceja.

—¿Por qué no? Es la verdad. Y sinceramente, no necesito otro discurso motivacional de "eres más fuerte que esto". Lo que necesito es… no sé, un milagro. O al menos un café decente.

Laura se enderezó, cruzando los brazos. —Si te vas a rendir tan fácilmente, entonces tal vez no eras tan fuerte como pensaba.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría. Emily la miró con incredulidad, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—¿Perdona?

Laura se encogió de hombros, como si no se diera cuenta del daño que acababa de causar. —Solo digo que esta no es la Emily que conocí. La Emily que ganaba medallas, que nunca se rendía.

Emily apretó los dientes, sintiendo cómo la rabia reemplazaba al dolor por un momento. —¿Sabes qué, Laura? Tal vez esa Emily está demasiado ocupada tratando de no desmoronarse para cumplir con tus expectativas.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de palabras no dichas. Laura recogió su bolso, visiblemente incómoda, y se dirigió hacia la puerta.

—Llámame si necesitas algo —dijo, con un tono que sonaba más a obligación que a oferta genuina.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Emily dejó caer la cabeza contra la almohada, sintiendo una mezcla de alivio y vacío. La conversación había sido un desastre, pero no podía negar que había algo liberador en decir lo que realmente pensaba.

Ryan apareció poco después, llevando dos vasos de café que claramente habían sobrevivido a la peor máquina del hospital. Se dejó caer en la silla junto a la cama y le pasó uno a Emily.

—¿Qué tal la visita de Laura? —preguntó, levantando una ceja.

Emily tomó un sorbo del café, arrugando la nariz por el sabor. —Digamos que tengo más probabilidades de reconciliarme con este café que con ella.

Ryan dejó escapar una carcajada, aunque su sonrisa tenía un toque de preocupación. —Bueno, al menos sigue funcionando tu sarcasmo. Es un buen comienzo.

Emily lo miró de reojo, dejando el café en la mesita. —¿Sabes qué? Tal vez eso sea todo lo que necesito por ahora.

2

Recuperación Inicial

El gimnasio local era todo lo que Emily nunca quiso en un lugar de rehabilitación: pequeño, ruidoso y con más máquinas de los años 90 que un museo de tecnología. Las paredes estaban decoradas con pósters motivacionales que habrían sido modernos hace décadas. Uno de ellos decía: *"El dolor es solo la debilidad saliendo del cuerpo"*. Otro tenía un perro musculoso con gafas de sol que decía: *"No te rindas, campeón"*. Emily lo miró con desdén mientras Ryan la ayudaba a cruzar la puerta.

—¿No podías encontrar un sitio peor? —preguntó Emily, ajustando sus muletas y mirando alrededor como si estuviera evaluando un campo de batalla.

Ryan le sonrió con falsa inocencia. —¿Peor? Claro, pero este estaba más cerca. Además, tienen café gratis. Aunque técnicamente no se puede llamar café.

Un hombre alto y delgado con un polo verde que llevaba un logo del gimnasio apareció en escena con una sonrisa de dentífrico. Era Kevin, su fisioterapeuta asignado. Kevin tenía el entusiasmo de alguien que desayunaba tostadas con mantequilla y optimismo todas las mañanas.

—¡Emily Carter! ¡Un honor trabajar contigo! —exclamó, extendiendo la mano como si estuviera recibiendo a una celebridad. Bueno, técnicamente lo estaba.

Emily lo miró con una mezcla de escepticismo y resignación. —Sí, bueno, el honor es todo tuyo.

Kevin no pareció captar el sarcasmo. Le indicó a Emily que se sentara en una camilla. Ryan, mientras tanto, ya había encontrado un rincón donde acomodarse con su móvil, claramente listo para grabar cualquier momento humillante que pudiera surgir.

—Bien, vamos a empezar con algo sencillo. —Kevin sacó una banda elástica amarilla de una caja. La sostuvo como si estuviera mostrando un trofeo olímpico.

Emily arqueó una ceja. —¿Qué hago con eso? ¿La miro fijamente hasta que se rinda?

—No exactamente. —Kevin se rió, un poco más de lo necesario. —Vamos a usarla para trabajar la movilidad básica.

La palabra *básica* resonó en los oídos de Emily como una bofetada. Hace seis meses, estaba conquistando las pistas de esquí más desafiantes del mundo, y ahora, una banda de goma amarilla era su nueva enemiga. Fantástico.

Kevin le colocó la banda alrededor de los tobillos y le indicó que moviera la pierna derecha hacia un lado. Emily lo hizo, pero no sin lanzar una mirada que decía claramente: *"Esto es estúpido"*.

—¿Qué tal? —preguntó Kevin con entusiasmo.

—Increíble. Creo que he alcanzado mi punto máximo. Tal vez deberíamos parar aquí antes de que me esfuerce demasiado. —Emily rodó los ojos, mientras Ryan intentaba no reírse en voz alta desde su esquina.

Después de cinco repeticiones, Emily empezó a sentir un leve temblor en la pierna. No quería admitirlo, pero aquello estaba resultando más complicado de lo que esperaba. Kevin, por supuesto, lo notó y asintió como si hubiera descubierto América.

—Muy bien, Emily. Es un comienzo.

—Un comienzo. Claro. Y mañana, ¿qué? ¿Cintas adhesivas?

Kevin ignoró el comentario y pasó a otro ejercicio igual de "básico". Ryan, por su parte, seguía grabando, ocasionalmente murmurando cosas como: —Esto se va directo a Instagram. *#LeyendaHumilde*.

Cuando la sesión terminó, Emily estaba sudando. La banda amarilla la había vencido, algo que jamás admitiría en voz alta. Mientras Ryan la ayudaba a volver al coche, Emily dejó escapar un suspiro.

—Bueno, al menos ahora sé cómo se siente perder contra un trozo de goma.

—Si te sirve de consuelo, lo hiciste con mucho estilo. —Ryan le guiñó un ojo, ganándose una mirada asesina.

Emily sabía que la recuperación sería un camino largo y doloroso, pero si algo estaba claro, era que Kevin y su maldita banda amarilla serían un obstáculo más difícil de superar que cualquier montaña.

* * *

El segundo día en el gimnasio comenzó igual que el primero: con Emily lanzando miradas de desdén a los pósters motivacionales de perros musculosos y Ryan buscando la mejor posición para grabar su humillación.

—¿Preparada para otra ronda? —preguntó Kevin con el mismo entusiasmo del día anterior, sosteniendo una banda elástica azul, claramente un upgrade de la amarilla.

Emily cruzó los brazos mientras se sentaba en la camilla. —Sinceramente, Kevin, estaba más emocionada de ir al dentista la semana pasada.

—Eso es el espíritu —respondió él, ignorando su tono sarcástico. —Hoy trabajaremos la estabilidad del núcleo.

Emily levantó una ceja. —¿Estabilidad del núcleo? ¿Qué soy, un árbol?

—No —respondió Kevin con una sonrisa. —Aunque si lo fueras, ahora serías un bonsái.

Ryan, desde su esquina, dejó escapar una carcajada ahogada. Emily giró la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—¿De verdad necesitas quedarte aquí? —gruñó.

—Sí. Esto es mejor que Netflix.

Emily rodó los ojos y volvió a concentrarse en Kevin, que había sacado una pelota de pilates que parecía haber sobrevivido a la era de los dinosaurios.

—Perfecto. Vamos a usar esto para ejercicios de equilibrio.

Emily miró la pelota como si esta la hubiera insultado personalmente. —¿Equilibrio? Kevin, estoy en muletas. Mi equilibrio es tan sólido como un flan.

—Por eso estamos aquí, para mejorarlo. —Kevin no se dejó intimidar por su actitud y le indicó que se colocara de pie, apoyada en la pelota contra la pared.

Emily lo intentó, pero después de tres segundos, la pelota salió disparada como si tuviera vida propia, y Emily terminó apoyándose de mala manera en sus muletas.

—¡Muy bien! —exclamó Kevin, como si hubiera sido un logro increíble. —Estás progresando.

Emily lo miró con incredulidad. —¿Progresando hacia qué? ¿Ser un meme?

Ryan, por supuesto, aprovechó la oportunidad. —Ya lo eres, Emily. Solo necesitas una buena frase. Tal vez algo como: *Cuando intentas volver al esquí pero terminas luchando con una pelota inflable*.

—¿Sabes lo que también es inflable? —replicó Emily, señalando a la pelota—. Mi paciencia contigo.

Kevin intervino antes de que la conversación degenerara más. —Vamos a intentarlo de nuevo, pero esta vez, apóyate en la pelota con más cuidado.

La segunda vez fue un poco mejor. Emily logró mantenerse firme durante unos segundos antes de que la pelota volviera a rebelarse. Kevin aplaudió como si acabara de ganar otra medalla olímpica.

—¡Increíble! Estamos avanzando.

Emily, jadeando ligeramente, lo miró con una mezcla de incredulidad y resignación. —Kevin, esto no es avanzar. Esto es sobrevivir.

El resto de la sesión fue una combinación de pequeños progresos y grandes frustraciones. Cada vez que Emily lograba completar un ejercicio, Kevin la animaba como si acabara de escalar el Everest, lo que solo añadía combustible a su humor sarcástico.

—¿Sabes qué, Kevin? Tal vez deberías grabar un audiolibro motivacional. Algo como *"Cree en ti mismo… incluso si estás perdiendo contra una pelota de goma"*.

Kevin sonrió con paciencia infinita. —Lo consideraré.

Cuando terminó la sesión, Emily se dejó caer en el coche con un suspiro de alivio. Ryan, por supuesto, no perdió la oportunidad de burlarse un poco más.

—¿Qué opinas? ¿Mañana te traeré una camiseta que diga *"Sobreviví a Kevin y su pelota"*?

Emily lo miró de reojo. —Si me traes esa camiseta, prometo golpearte con la pelota.

A pesar de las bromas, Emily no podía negar que algo había cambiado. Los pequeños progresos, aunque frustrantes, le recordaban que tal vez, solo tal vez, podía empezar a ver la luz al final del túnel. Aunque claro, eso significaba aguantar más días de Kevin y sus ideas innovadoras.

* * *

La tercera semana de rehabilitación llegó con algo nuevo: un punto de quiebre. Emily estaba cansada. No solo físicamente, sino también emocionalmente. Cada día era una repetición del anterior: llegar al gimnasio, luchar contra bandas elásticas, pelotas inflables y el entusiasmo inquebrantable de Kevin. Y, por supuesto, soportar a Ryan grabando cada momento como si estuvieran rodando un reality show.

Esa mañana, mientras Ryan la llevaba en coche al gimnasio, Emily lo miró de reojo.

—¿Por qué sigues viniendo conmigo? —preguntó, tratando de no sonar demasiado gruñona.

Ryan se encogió de hombros, con una sonrisa inocente. —Es mi momento de gloria. Además, alguien tiene que asegurarse de que no escapes.

—¿Escapar? —Emily soltó una carcajada amarga. —Si pudiera correr, ya estaría en México.

El gimnasio estaba igual que siempre: los mismos pósters, la misma música pop de hace una década y, por supuesto, Kevin, esperándola con una sonrisa que parecía diseñada para desafiar la ley de la gravedad.

—¡Buenos días, Emily! —saludó Kevin, levantando una pesa pequeña como si estuviera anunciando el premio mayor de una rifa. —Hoy trabajaremos fuerza en el tren superior.

Emily dejó escapar un suspiro, dejándose caer en la camilla. —¿Por qué no trabajamos en mi tren de escape?

Kevin, inmune a su sentido del humor, le pasó un par de pesas que parecían más decorativas que funcionales. —Diez repeticiones por brazo. Vamos.

Emily levantó la primera pesa, sintiendo que el ejercicio no solo le pesaba en el brazo, sino también en el alma. ¿Para qué estaba haciendo todo esto? ¿Realmente tenía sentido seguir adelante si su carrera estaba prácticamente acabada?

Mientras Kevin seguía enumerando ejercicios, Emily dejó que su mente divagara. Recordó las pistas de esquí, la adrenalina de competir, el sonido de la nieve bajo sus esquís. Todo eso parecía ahora tan lejano como un sueño del que había despertado demasiado rápido.

—¡Eso es! Muy bien, Emily. —La voz de Kevin la devolvió a la realidad. —Ahora vamos a probar con el brazo izquierdo.

Emily dejó caer las pesas en el suelo con un golpe que resonó por toda la sala.

—No. No voy a hacerlo.

Kevin se detuvo, claramente desconcertado. Ryan, desde su rincón, dejó de grabar y frunció el ceño.

—Emily… —empezó Kevin, pero ella lo interrumpió.

—No tiene sentido. Todo esto, las bandas, las pelotas, las pesas ridículas… ¿para qué? No voy a volver a competir. Mi cuerpo no es el mismo. ¿Y si nunca vuelvo a ser quien era?

El silencio que siguió fue pesado. Kevin se agachó para recoger las pesas, dándole espacio. Ryan, por otro lado, se acercó lentamente, como si estuviera lidiando con una bomba a punto de estallar.

—Em… —Ryan se sentó en la camilla junto a ella. —Tú decides lo que haces con esto. Pero rendirte ahora… no parece tu estilo.

Emily dejó escapar un suspiro, cruzándose de brazos.

—No es rendirme, Ryan. Es aceptar la realidad.

—¿Y cuál es la realidad? ¿Que una banda amarilla te derrotó?

Emily lo miró fijamente, pero su expresión se suavizó cuando Ryan le dio un pequeño empujón en el hombro.

—Escucha, si quieres dejarlo, está bien. Pero no lo hagas porque crees que ya no eres suficiente. Porque eres mi hermana, y si hay algo que sé, es que eres más terca que una mula.

Emily dejó escapar una risa amarga. —Gracias, creo.

Kevin, que había estado en silencio hasta entonces, se acercó con cautela. —Mira, Emily. No necesitas decidir nada ahora. Pero si sigues viniendo, te prometo que no te arrepentirás.

Emily lo miró, luego a Ryan, y finalmente dejó escapar un largo suspiro.

—Está bien. Pero si traes otra pelota de pilates, me largo.

* * *

Esa noche, Emily estaba en el sofá de su cabaña, envuelta en una manta que había heredado de su abuela y mirando un documental sobre castores. No es que le interesaran especialmente los castores, pero su vida había llegado a un punto en el que las construcciones de madera hechas por roedores parecían más emocionantes que su propia rutina.

El sonido de tacones en la entrada interrumpió la voz monótona del narrador. Emily no tuvo que mirar para saber quién era.

—Por supuesto. —Murmuró para sí misma. —Porque lo único que me faltaba hoy era la visita de la inspectora Laura.

La puerta se abrió sin siquiera un golpecito previo. Laura apareció, impecable como siempre, con su abrigo de diseño, su bolso perfectamente coordinado y una expresión de desagrado que podría haber rivalizado con la de un crítico gastronómico enfrentándose a una hamburguesa de microondas.

—Emily. —La voz de Laura era firme, casi como un reproche disfrazado de saludo. —No contestas mis mensajes.

—No contesto muchos mensajes últimamente. —Emily apenas movió la cabeza para mirarla, ajustándose en el sofá con cuidado para no molestar su pierna, que ahora era básicamente un lienzo de vendajes y moretones.

Laura cerró la puerta detrás de ella con un gesto que, para Emily, parecía más simbólico que práctico. Dejó su bolso en la mesa y se sentó en una silla frente al sofá, como si estuviera a punto

de iniciar una negociación de alto nivel.

—Esto no puede seguir así. —Laura cruzó las piernas y la miró fijamente.

Emily soltó una carcajada seca, sin molestarse en apagar el documental. —¿Qué no puede seguir así? ¿Mi vida? Créeme, si tuviera un botón de reinicio, ya lo habría pulsado.

Laura frunció el ceño. No era una mujer que tolerara el sarcasmo, y mucho menos cuando venía de Emily. —Sabes a lo que me refiero. No puedes rendirte.

—Ah, claro, el famoso "no puedes rendirte". ¿Tienes algo más original? Porque he oído ese discurso de Kevin, de Ryan y, bueno, incluso del tipo del documental. —Emily señaló la pantalla, donde un castor estaba construyendo una presa con un entusiasmo que podría haber rivalizado con el de Kevin.

Laura se inclinó hacia adelante, su tono volviéndose más agudo. —Eres Emily Carter. Campeona olímpica. No puedes simplemente quedarte aquí tirada viendo castores construir casas.

Emily la miró fijamente, sintiendo cómo la rabia se acumulaba en su pecho. —¿Y qué se supone que tengo que hacer, Laura? ¿Salir corriendo a las pistas? Porque, sorpresa, no puedo ni subir las escaleras sin sentir que me va a explotar la pierna.

Laura se puso de pie, cruzándose de brazos. —Pensaba que eras fuerte, Emily. Pero ahora… no lo sé. Tal vez me equivoqué.

Esa última frase golpeó a Emily como una bofetada. Se sentó con dificultad, apoyándose en los cojines. —¿Te estás escuchando? Estoy aquí, rota en mil pedazos, y lo único que puedes hacer es criticarme por no ser lo suficientemente fuerte para cumplir con tus expectativas.

El silencio que siguió fue pesado, solo roto por el narrador del documental que hablaba sobre el ingenio de los castores. Laura recogió su bolso y se dirigió a la puerta.

—Llámame cuando decidas volver a ser tú misma. —Y con eso, salió, cerrando la puerta con un golpe seco.

Emily se quedó mirando la puerta, sin saber si reír o llorar. Al final, se inclinó por la primera opción, aunque su risa estaba teñida de amargura.

—Genial. Primero me deja el esquí, y ahora Laura. —Se dejó caer contra el respaldo del sofá, sintiendo cómo el cansancio y la frustración la envolvían.

Ryan apareció en la sala con un bol de palomitas en la mano. —¿Laura acaba de irse? ¿Fue un huracán o solo parecía uno?

Emily suspiró, apagando el televisor. —Un huracán. Pero no te preocupes, creo que los castores sobrevivieron.

Ryan se dejó caer en el sofá junto a ella, ofreciéndole las palomitas. —Bueno, al menos tú también sobreviviste. Aunque no parezcas muy agradecida por ello.

Emily tomó un puñado de palomitas, lanzando una mirada cansada a su hermano. —Sobrevivir nunca fue tan complicado.

* * *

Después de la tormentosa partida de Laura, la cabaña de Emily se sumió en un silencio pesado, el tipo de silencio que parecía llenarlo todo y, al mismo tiempo, hacer que cada rincón se sintiera vacío. Emily se quedó en el sofá, mirando al techo como si allí estuviera escrita alguna respuesta. Por desgracia, el techo no ofrecía ninguna revelación trascendental, ni siquiera una mancha interesante para distraerse.

Ryan seguía revolviendo en la cocina, claramente incómodo con el ambiente. De vez en cuando asomaba la cabeza para mirarla, como si estuviera evaluando si era seguro acercarse.

—¿Quieres algo? —preguntó finalmente.

—Sí, una vida nueva. ¿Puedes encontrarla en la despensa? —respondió Emily, con un tono tan plano que Ryan no supo si reír o preocuparse más.

Ryan salió de la cocina con una bolsa de patatas fritas y una cerveza, sentándose en el sofá junto a ella. Le ofreció las patatas, pero Emily las rechazó con un movimiento de la mano.

—¿Sabes? —empezó Ryan, abriendo la cerveza con un sonido que rompió brevemente el silencio. —Podría darte uno de esos discursos motivadores. Algo como “Levántate y sigue adelante” o “Eres más fuerte de lo que crees”. Pero… creo que ya has escuchado demasiados.

Emily lo miró de reojo. —Gracias por ahorrármelo.

Ryan tomó un sorbo de cerveza antes de continuar. —Pero eso no significa que no crea que puedes salir de esto. Solo… hazlo a tu manera, ¿vale?

—Mi manera sería quedarme aquí, en pijama, viendo documentales sobre castores hasta que el mundo se olvide de mí. —Emily dejó escapar un suspiro, hundiéndose aún más en el sofá.

Ryan dejó la cerveza en la mesa y se giró hacia ella. —Mira, Em. Esto apesta. Todo apesta. Pero quedarte aquí lamentándote no va a hacer que deje de apestar. Y, sinceramente, no puedo seguir cocinando sopa quemada.

Emily soltó una risa inesperada, un sonido que parecía salido de algún rincón olvidado de su pecho.

—¿Crees que cocinas sopa? Lo que haces es un atentado culinario.

Ryan sonrió, aliviado de haber conseguido arrancarle una risa.

Pero la sonrisa de Emily desapareció tan rápido como había llegado. Bajó la mirada, jugando con la manta sobre sus piernas.

—Es solo que… no sé quién soy sin el esquí. Siempre ha sido todo para mí. Y ahora, siento que no tengo nada.

Ryan la observó en silencio por un momento antes de responder. —Eres Emily Carter. Mi hermana. Una mujer increíblemente testaruda que nunca ha dejado que nadie le diga qué hacer. Y si eso incluye a tu propia cabeza diciéndote que te rindas, entonces tienes que demostrarle que está equivocada.

Emily lo miró, sus ojos brillando con lágrimas que no quería dejar caer.

—Gracias, hermano filósofo. ¿Tienes algo más profundo que decir?

Ryan se encogió de hombros. —Solo esto: no importa cuánto tiempo tardes, pero tienes que levantarte de este sofá. Principalmente porque necesito el espacio para ver el partido.

Emily soltó otra carcajada, esta vez más sincera, y Ryan le dio un golpecito en el hombro antes de levantarse para buscar otra cerveza.

Cuando se quedó sola otra vez, Emily miró hacia la ventana. Afuera, la nieve caía en silencio, cubriendo el mundo con una manta blanca. Y por primera vez en semanas, pensó que tal vez, solo tal vez, había algo más allá de este abismo en el que estaba atrapada. Algo que valía la pena intentar alcanzar.

3

El Paso de los Meses

Seis meses. Ciento ochenta días. Cuatro mil trescientas veinte horas. Emily no llevaba la cuenta exacta, pero sentía cada segundo como una losa que se añadía a su ya considerable pila de frustraciones. Su vida había pasado de ser un torbellino de adrenalina y nieve a convertirse en un ciclo eterno de pijamas, documentales absurdos y cenas que a duras penas calificaban como comestibles, cortesía de Ryan.

El sofá de la cabaña había evolucionado de un simple mueble a un lugar sagrado. Allí estaba ahora, como cada día, envuelta en una manta que olía sospechosamente a café derramado y observando un reality sobre reformas de casas en el que, misteriosamente, nadie parecía saber manejar un martillo.

—Y este es el momento en el que el techo se cae… otra vez —murmuró Emily, mientras el narrador explicaba por qué usar cinta adhesiva como soporte estructural no era una buena idea.

Fuera de la pantalla, el resto del mundo seguía girando. La nieve cubría las pistas que alguna vez fueron su territorio, y las competiciones continuaban sin ella. Incluso Laura había seguido adelante, si las fotos de Instagram con su nueva pareja eran un indicativo fiable. Emily trataba de no mirar, pero las redes sociales eran como una pista de hielo: resbaladizas y peligrosas, y siempre acababas cayendo donde no querías.

Cada vez que alguien mencionaba el esquí, Emily cambiaba de tema con la destreza de un político esquivando preguntas incómodas. Si alguien preguntaba por su rehabilitación, fingía que la señal del teléfono se había perdido. Y si alguien, por error, mostraba demasiado optimismo sobre su recuperación, recibía una mirada que podría haber congelado el Ártico.

El sonido familiar de la cafetera rota de Ryan interrumpió sus pensamientos. Era un aparato que parecía haber sido diseñado específicamente para torturar amantes del café, pero Ryan se negaba a reemplazarlo porque, según él, tenía “personalidad”.

—¿Quieres café? —gritó desde la cocina, el ruido de la cafetera ahogando parcialmente sus palabras.

Emily suspiró. —¿Eso es café o una llamada de socorro de la máquina?

Ryan apareció con dos tazas en la mano y una sonrisa forzada. —Es café. Y también un recordatorio de que tal vez deberías levantarte del sofá en algún momento de esta década.

Emily lo ignoró, aceptando la taza solo porque sabía que discutir era inútil. Ryan llevaba semanas intentando sacarla de su estado de hibernación emocional, pero ella era como un oso que había decidido que el invierno duraba todo el año.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Emily, mirando la taza. —Ni siquiera extraño el café decente. Creo que mi cuerpo se ha adaptado a esta… cosa.

Ryan la miró, suspirando con frustración. —Emily, esto no puede seguir así.

—¿"Esto"? ¿Te refieres a mi rutina de descanso intensivo? Porque creo que lo estoy clavando.

—No me refiero a eso, y lo sabes. —Ryan dejó la taza en la mesa y se sentó frente a ella, mirándola directamente. —Tienes que hacer algo. Cualquier cosa. Porque ahora mismo, estás dejando que todo lo que eres se quede en este sofá.

Emily rodó los ojos, pero no respondió. Porque, en el fondo, sabía que Ryan tenía razón. Solo que no estaba lista para admitirlo.

* * *

Ryan estaba harto. No del todo, porque tenía una paciencia que podría hacer que un monje tibetano pareciera un principiante, pero incluso la paciencia tiene sus límites. Después de meses viendo a Emily transformarse de campeona olímpica a experta en comentar documentales de castores, había llegado el momento de intervenir.

—¿Sabes, Em? —empezó Ryan mientras recogía las tazas de café vacías del salón. —Si sigues en este sofá mucho más tiempo, voy a empezar a cobrarte alquiler.

Emily, tumbada como si formara parte del mobiliario, levantó una ceja. —¿Qué clase de tarifa estamos hablando? Porque mi cuenta bancaria tampoco está para tirar cohetes.

—No es broma. —Ryan se giró, mirándola con el ceño fruncido. —Esto ya se está pasando de castaño oscuro. Cada día que pasa, estás más cómoda en tu burbuja de autocompasión.

Emily dejó escapar un suspiro exagerado. —¿Burbuja de autocompasión? ¿Es eso lo que llaman ahora "hacer una pausa para reflexionar sobre tu vida"?

Ryan soltó las tazas en el fregadero con más fuerza de la necesaria, haciendo que el sonido rebotara por toda la cabaña.

—No, Emily. Reflexionar es algo activo. Esto es… no sé, estancamiento.

—¿"Estancamiento"? Vaya, gracias por el análisis, doctor Ryan. —Emily se sentó, acomodándose la manta en las piernas. —¿Y cuál es tu brillante plan? ¿Me arrastras de vuelta a la montaña para que me enfrente a mi destino dramático mientras tú grabas todo para TikTok?

Ryan se cruzó de brazos. —No, pero ahora que lo mencionas, suena como un buen contenido.

Emily dejó escapar una carcajada seca, pero Ryan no estaba de humor para bromas. Caminó hacia el sofá y se sentó frente a ella, apoyando los codos en las rodillas y mirándola directamente a los ojos.

—Hablo en serio, Em. No puedes quedarte así. Yo sé que las cosas apestan ahora mismo, pero eres tú quien tiene que decidir si quieres salir de esto o no.

Emily apartó la mirada, incómoda. —¿Y si no quiero?

—Entonces te vas a quedar atrapada aquí, con las tazas sucias y los castores de la tele como únicos amigos. —Ryan sonrió ligeramente, pero su tono era firme. —Y, sinceramente, creo que tú eres mejor que eso.

Emily jugueteó con la manta, sin saber qué decir. Ryan tenía razón, pero admitirlo significaba enfrentarse a todo lo que había estado evitando. Y eso, francamente, le daba miedo.

Ryan se levantó, dando un par de vueltas por la sala como si estuviera pensando cómo dar el golpe final. Finalmente, se giró hacia ella con una expresión decidida.

—Vale. No puedo obligarte a levantarte de ese sofá, pero voy a seguir intentándolo. Y te aviso: puedo ser muy, muy pesado.

—¿Más aún? —Emily arqueó una ceja, intentando mantener el tono ligero.

—Mucho más. —Ryan sonrió, caminando hacia la cocina. —Y ya que estás aquí, podrías empezar a buscar una forma de redescubrir a Emily Carter. Porque te aseguro que yo no voy a dejar que desaparezcas.

Emily se quedó en silencio, mirando a su hermano mientras desaparecía tras la puerta de la cocina. Tal vez tenía razón. Tal vez era hora de enfrentarse a algo más que a los castores de la televisión.

* * *

El día que Chloe apareció en la cabaña, Emily estaba haciendo exactamente lo que mejor sabía hacer últimamente: nada. En realidad, estaba viendo un programa de cocina en el que los concursantes parecían competir por ver quién podía quemar más cosas en el menor tiempo posible. Lo cual, para Emily, era una representación bastante precisa de cómo sentía que iba su vida.

—¡Emily Carter! —La voz de Chloe resonó en la cabaña antes de que la puerta se abriera por completo.

Emily giró la cabeza lentamente, como si estuviera en un anuncio de crema para el cuello. —¿Te has olvidado de cómo se toca un timbre o es una nueva tendencia?

Chloe, su mejor amiga desde la adolescencia, entró como un torbellino, dejando su abrigo colgado en la primera silla que encontró. Tenía la energía de alguien que había bebido tres cafés y un batido de proteínas antes de llegar.

—No tengo tiempo para formalidades. Vine a salvarte.

Emily arqueó una ceja, tomando un sorbo de su agua con gas. —¿Salvarme? ¿De qué? ¿De mi documental sobre tartas fallidas?

Chloe se dejó caer en el sofá, lanzándole una mirada que podría haber rivalizado con la de un entrenador enfadado. —No. De ti misma.

Emily suspiró, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. —Genial, otro discurso motivacional. ¿Te lo escribió Ryan o lo sacaste de un libro de autoayuda?

—Ni lo uno ni lo otro. —Chloe cruzó las piernas, mirando a Emily con una mezcla de determinación y cariño. —Esto viene directamente de tu mejor amiga, que está cansada de verte en pijama todo el día.

Emily se encogió de hombros, fingiendo indiferencia. —Los pijamas son cómodos.

—No es sobre los pijamas, Em. —Chloe se inclinó hacia adelante, bajando el tono de voz. —Es sobre cómo te estás rindiendo. ¿Dónde está la Emily que conocí? La que nunca aceptaba un no por respuesta, la que luchaba por todo lo que quería.

—Esa Emily está de vacaciones indefinidas. —Emily trató de sonar casual, pero su voz traicionó un toque de amargura.

Chloe no se dejó intimidar. —Pues es hora de que vuelva. Porque, te guste o no, el mundo sigue girando, y tú te estás perdiendo de todo.

Emily se giró hacia ella, lanzándole una mirada cansada. —¿Y qué se supone que debo hacer, Chloe? ¿Levantarme mágicamente, curarme y volver a ser la campeona que todo el mundo espera?

Chloe sacó un pequeño termo de su bolso y lo agitó. —No tengo magia, pero traje café. Y sí, sé que el de Ryan es básicamente veneno.

Emily tomó el termo con un suspiro, sintiendo el calor en sus manos. No sabía si era el café o la presencia de Chloe, pero algo en ella comenzó a moverse, como una piedra rodando lentamente cuesta abajo.

—Gracias. —Fue lo único que dijo, pero Chloe sonrió, sabiendo que había hecho más que traer café. Había encendido una pequeña chispa en Emily.

* * *

Ryan tenía una expresión seria, lo cual era un acontecimiento en sí mismo. Por lo general, era el bufón del equipo, siempre con un chiste listo para desarmar a cualquiera, pero esa mañana, mientras Emily desayunaba distraída frente a su bol de cereales, estaba callado. Y eso, para Emily, era un mal presagio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella finalmente, sin molestarse en mirar hacia arriba.

Ryan cruzó los brazos, apoyado en el marco de la puerta de la cocina. —Estaba pensando…

—Eso ya suena peligroso. —Emily levantó una cucharada de cereales, pero su tono no tenía la misma chispa que antes.

Ryan ignoró el comentario y continuó. —Esto no puede seguir así. Y antes de que digas algo, déjame hablar.

Emily dejó caer la cuchara en el bol, provocando un pequeño chapoteo. Lo miró con los brazos cruzados, claramente preparada para rechazar cualquier cosa que estuviera a punto de decir.

—Mira, Em, lo he intentado todo. Bromas, paciencia, incluso soportar tus malas caras. Pero han pasado seis meses y no veo ningún cambio. Estás atrapada, y por mucho que me guste pensar que puedo ayudarte, creo que necesitamos ayuda profesional.

Emily arqueó una ceja. —¿Qué estás sugiriendo? ¿Un psiquiatra? ¿O un entrenador de vida? Porque, honestamente, ambos suenan igual de inútiles.

Ryan rodó los ojos. —No, aunque lo del psiquiatra lo dejaré en la lista por si esto no funciona. Estoy hablando de un fisioterapeuta nuevo.

Emily bufó. —Ya he tenido fisioterapeutas. Kevin me hizo luchar contra una pelota de pilates durante semanas. ¿Cómo funcionó eso?

Ryan se sentó frente a ella, con una sonrisa que mezclaba obstinación y desafío. —Este no es cualquier fisioterapeuta. Es alguien especializado en atletas de élite. Tiene experiencia con casos difíciles, y no acepta excusas.

—Suena como alguien que me odiará en cinco minutos. —Emily se inclinó hacia atrás, intentando fingir desinterés.

—Quizá. Pero también es alguien que puede devolverte lo que crees que has perdido. —Ryan la miró fijamente, sin pestañear. —Ya hice los arreglos. Llega mañana.

Emily se enderezó, sorprendida. —¿Perdona? ¿Hiciste qué?

—Llamé a Ruby Lawson. Me costó convencerla, pero aceptó. Vendrá aquí y trabajará contigo, siempre y cuando tú te comprometas.

Emily lo miró como si acabara de anunciar que había invitado a un extraterrestre a cenar. —¿Quién demonios es Ruby Lawson?

—Una fisioterapeuta australiana. Experta en recuperación de atletas. Tiene un currículum impresionante y, según sus reseñas, no tiene mucha paciencia para tonterías. Así que, básicamente, tu opuesto perfecto.

Emily abrió la boca para protestar, pero Ryan levantó una mano, deteniéndola.

—Sé lo que estás pensando, pero escucha. No estoy haciendo esto porque crea que necesitas demostrarle algo al mundo. Estoy haciendo esto porque quiero que vuelvas a sentirte como tú misma.

El silencio llenó la cocina mientras Emily procesaba lo que acababa de escuchar. Finalmente, dejó escapar un largo suspiro y se encogió de hombros.

—Vale, pero si esta Ruby resulta ser otra versión de Kevin, me encargaré de que tú seas su próximo paciente.

Ryan sonrió ampliamente. —Trato hecho. Y por cierto, no seas demasiado dura con ella. Tiene fama de ser bastante directa, pero creo que eso es justo lo que necesitas.

Emily miró su bol de cereales, preguntándose qué clase de caos se avecinaba con la llegada de esta Ruby Lawson.

* * *

Ruby Lawson estaba en su pequeño despacho en Melbourne, con una pila de informes frente a ella y una taza de café que llevaba fría más tiempo del que le gustaría admitir. Como fisioterapeuta especializada en atletas de élite, no le faltaba trabajo. Desde futbolistas hasta

nadadores olímpicos, todos llegaban a ella en busca de milagros, y Ruby, con su enfoque práctico y directo, generalmente cumplía.

Así que cuando recibió el correo de un tal Ryan Carter pidiéndole ayuda para su hermana, Emily Carter, Ruby levantó una ceja. Emily Carter no era un nombre cualquiera; era una leyenda en el mundo del esquí. O, al menos, lo había sido hasta que un accidente la había sacado de las pistas.

"Esto va a ser interesante", pensó Ruby mientras respondía al correo con un breve mensaje: *"Llamémoslo una evaluación inicial. No prometo nada."*

Unos días después, la videollamada con Ryan fue todo lo que Ruby había esperado y más. Él tenía el tipo de energía que podía llenar una habitación, incluso a través de una pantalla. Le explicó la situación con una mezcla de optimismo y preocupación que a Ruby le resultó… entrañable, aunque no lo admitiría en voz alta.

—Sé que es un caso complicado, pero Emily necesita alguien que no se rinda con ella. Y creo que tú podrías ser esa persona.

Ruby entrecerró los ojos, evaluando cada palabra. —Ryan, no suelo aceptar casos a menos que la persona esté dispuesta a comprometerse. ¿Tu hermana quiere recuperarse o solo está haciendo esto porque tú la estás empujando?

Ryan hizo una pausa, rascándose la nuca. —Bueno, digamos que… todavía no lo sabe.

Ruby dejó escapar un suspiro, apoyándose en el respaldo de su silla. Había trabajado con suficientes atletas tercos para saber que convencerlos de algo era como intentar empujar un camión cuesta arriba.

—Mira, estoy dispuesta a intentarlo, pero no prometo milagros. Si Emily no está dispuesta a poner de su parte, esto no funcionará.

—Lo sé. Pero créeme, si alguien puede sacarla de este pozo, eres tú.

Ruby asintió, aunque seguía siendo escéptica. Había algo en la forma en que Ryan hablaba de su hermana que le recordaba a algunos de sus clientes más difíciles. Y esos eran, curiosamente, los que solían sorprenderla.

Unos días después, Ruby llegó a Colorado, donde Ryan la esperaba en el aeropuerto con una sonrisa tan amplia que parecía que estaba a punto de desencajársele la mandíbula.

—¡Ruby Lawson! Gracias por venir. Te debo una.

—Todavía no me des las gracias —respondió Ruby, con su característico tono seco. —Espera a ver si tu hermana me deja entrar a la casa antes de darme una medalla.

El trayecto hasta la cabaña fue una mezcla de anécdotas sobre Emily y advertencias.

—Es un poco… complicada. Bueno, muy complicada. Pero creo que en el fondo quiere salir adelante. Simplemente no lo admite.

Ruby alzó una ceja. —¿Y qué hace cuando no admite las cosas?

Ryan rió nerviosamente. —Sarcasmo. Mucho sarcasmo. Y probablemente intente hacerte sentir que el problema eres tú.

—Perfecto —murmuró Ruby, mirando por la ventana mientras las montañas nevadas se acercaban. —Nada como un reto para empezar el día.

Cuando finalmente llegaron, Ruby bajó del coche con su maleta en una mano y una mochila en la otra. La cabaña tenía un aire acogedor, aunque algo descuidado, como si hubiera sido testigo de demasiadas noches de sofá y televisión.

La puerta se abrió antes de que Ryan pudiera tocar. Emily estaba allí, en pijama y con una manta sobre los hombros, mirándola con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—Tú debes de ser Ruby. —Emily cruzó los brazos, claramente evaluándola.

—Y tú debes de ser la persona que ha hecho que su hermano me envíe cincuenta correos en una semana. —Ruby dejó su maleta en el suelo, manteniendo la mirada de Emily sin pestañear. —¿Entramos o hacemos esto aquí afuera?

Ryan miró de una a otra, nervioso. —Creo que esto va a ir… genial.

Emily suspiró, dando un paso atrás para dejar que Ruby entrara. —Pasa, pero te advierto: si traes bandas elásticas, no durarás ni un día.

Ruby sonrió levemente mientras cruzaba la puerta. —No necesito bandas. Solo necesito que te levantes del sofá.

4

La Llegada de Ruby

Emily cerró la puerta tras ellos y volvió a su “territorio”, el sofá, con una lentitud deliberada que casi parecía coreografiada. No se sentó, se dejó caer, envolviéndose en su manta como si fuera una reina en su trono. Ruby, por su parte, observó la escena con la paciencia estudiada de alguien que ya ha visto todos los trucos posibles.

—Entonces, ¿esta es la famosa campeona olímpica? —comentó Ruby, dejando su maleta en el suelo. Su tono estaba justo en el límite entre profesional y sarcástico, lo que arrancó un gruñido de Emily.

—Y tú eres la fisioterapeuta que cree que puede arreglarlo todo, ¿no? —replicó Emily, acomodándose aún más.

Ryan dio un paso hacia atrás, levantando las manos como si quisiera asegurarse de no quedar atrapado en la línea de fuego.

—Bueno, yo creo que ya os dejo a solas… Seguro que os entendéis de maravilla.

Ruby no apartó la mirada de Emily mientras Ryan desaparecía escaleras arriba. Cuando quedaron solas, Ruby cruzó los brazos y lanzó su primera “orden”:

—Levántate.

Emily arqueó una ceja, disfrutando de la oportunidad de desafiarla.

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Ni un “hola”, ni un “¿cómo te encuentras?”?

Ruby esbozó una sonrisa fría.

—“Hola” no te va a devolver a las pistas, y “¿cómo te encuentras?” ya lo sé. Estás fatal. Así que, ¿te levantas o empiezo a desmontar tu sofá?

Por primera vez, Emily se quedó sin palabras. No porque Ruby la hubiera descolocado, sino porque era exactamente el tipo de enfrentamiento que había estado esperando.

Emily levantó una ceja, sorprendida por la falta de rodeos. —Vaya, empezamos fuerte.

¿Siempre eres así de directa o solo cuando estás en Colorado?

—Siempre. —Ruby sonrió ligeramente. —Pero puedo suavizarlo si te hace sentir mejor.

Emily dejó escapar una risa seca. —No, gracias. Ya tengo suficiente suavidad con los documentales sobre castores.

Ryan, que había estado observando desde arriba el intercambio como si estuviera viendo un partido de tenis, decidió intervenir. —Bueno, creo que esto va… bien. ¿No?

Ruby lo ignoró y se dirigió directamente a Emily. —No vine aquí para convencerte de nada. Si quieres quedarte en ese sofá, es tu elección. Pero si realmente quieres volver a sentirte como tú misma, tendrás que trabajar.

Emily la miró fijamente, como si intentara descifrar si Ruby estaba siendo seria o solo estaba buscando provocarla.

—¿Y si no quiero trabajar? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Entonces no pierdo mi tiempo. —Ruby se encogió de hombros con una tranquilidad que dejó a Emily descolocada.

Ryan tragó saliva y volvió a bajar al salón, visiblemente nervioso. —Eh, ¿por qué no nos sentamos y hablamos un poco más sobre el plan?

Ruby se giró hacia él con una media sonrisa. —No hay plan si ella no está dispuesta.

Emily frunció el ceño, sintiendo cómo algo en su interior se encendía. No estaba acostumbrada a que la trataran como si no fuera la que tenía el control.

—¿Es esta tu táctica? ¿Hacerme sentir culpable para que coopere?

—No. —Ruby dejó su mochila sobre la mesa y sacó una carpeta con papeles. —Es mi táctica para saber si merece la pena quedarme aquí.

El desafío en el aire era palpable. Emily podía sentir la mirada de Ryan moviéndose nerviosamente entre ambas, como si estuviera esperando que alguien lanzara el primer puñetazo.

Finalmente, Emily suspiró, ajustándose la manta en los hombros. —Vale, Ruby. Me has intrigado. ¿Qué tienes en mente?

Ruby sonrió por primera vez, una sonrisa pequeña pero genuina. —Lo primero: vamos a deshacernos de esa manta. Y lo segundo: prepárate para moverte, porque no pienso dejarte en ese sofá mucho tiempo.

Emily soltó una risa sarcástica. —Buena suerte con eso.

Ruby no respondió. Solo le lanzó una mirada que decía claramente: *“No la necesito”*.

Ryan, por primera vez en semanas, se relajó un poco. Quizá, solo quizá, Ruby tenía lo necesario para hacer que su hermana diera el primer paso fuera de ese pozo en el que llevaba

meses atrapada.

* * *

Ruby tenía un método, y ese método empezaba siempre con observar. Después de un desayuno que consistió en café decente (cortesía de Ruby) y un incómodo intercambio de miradas, decidió que era hora de ver con qué estaba trabajando.

—Vamos al gimnasio. —Ruby dijo, cruzándose de brazos como si aquello no fuera una sugerencia, sino un mandato.

Emily dejó su taza en la mesa con exagerada lentitud, como si el simple acto de moverse fuera una hazaña olímpica. —¿Gimnasio? ¿No acabamos de conocernos? ¿No es un poco rápido?

—Tú eres atleta, yo soy fisioterapeuta. El gimnasio es prácticamente nuestra primera cita. —Ruby sonrió con ese aire profesional que a Emily ya empezaba a irritarle.

—Genial, una cita de la que no puedo escapar. —Emily rodó los ojos mientras Ruby sacaba su mochila, lista para salir.

El gimnasio local era lo opuesto a las instalaciones de última generación a las que Emily estaba acostumbrada. Los carteles motivacionales seguían siendo igual de malos (uno mostraba a un gato colgado de una cuerda con el mensaje *"¡Aguanta, campeón!"*), y las máquinas parecían haber sobrevivido al milenio anterior. Ruby apenas parpadeó al ver el lugar; estaba allí para trabajar, no para criticar la decoración.

—Bien, empecemos. —Ruby sacó una libreta de su mochila y le indicó a Emily que se sentara en una de las máquinas de ejercicios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Emily, aunque su tono sugería que prefería estar en cualquier otro lugar.

—Primero, quiero ver cómo te mueves. Sin excusas. —Ruby señaló una cinta de correr que estaba tan desgastada que parecía haber sido usada por todos los habitantes del pueblo.

—¿Eso? ¿Es una broma? —Emily arqueó una ceja. —Si me subo ahí, podríamos necesitar otro fisioterapeuta para arreglar la máquina.

Ruby no se dejó intimidar. —No te estoy pidiendo que corras un maratón. Solo quiero que camines, despacio.

Emily bufó, pero obedeció. Subió a la cinta, sus movimientos algo torpes por la rigidez en su pierna. Ruby observaba cada paso con la mirada afilada de alguien que veía más allá de lo

evidente.

—Detén la máquina. —Ruby finalmente habló después de unos minutos. Emily lo hizo, aunque con un suspiro dramático.

—¿Y? ¿Qué tan rota estoy? —preguntó mientras se bajaba.

Ruby hizo una pausa, escribiendo algo en su libreta antes de responder. —No estás tan mal como crees. La pierna está rígida, pero hay potencial para recuperar fuerza. Lo que sí está completamente fuera de forma es tu actitud.

Emily soltó una risa sarcástica. —Oh, claro. Mi actitud necesita rehabilitación. ¿También vas a ponerle una banda elástica?

—Si eso funcionara, te habría envuelto como una momia. —Ruby cerró la libreta y se cruzó de brazos. —El problema no es solo físico, Emily. Tu cuerpo está esperando que le des permiso para volver a ser fuerte, pero parece que tu mente está ocupada saboteando cualquier progreso.

Emily la miró fijamente, sin saber si estaba más molesta o impresionada. Ruby no se andaba con rodeos, y aunque eso era irritante, también era… refrescante.

—¿Y ahora qué? —preguntó finalmente.

—Ahora vuelves mañana. Y pasado mañana. Y cada día hasta que ambos, cuerpo y mente, estén sincronizados. —Ruby sonrió levemente, como si ya hubiera ganado la primera batalla.

Emily bajó la mirada, jugueteando con la botella de agua que tenía en las manos. No dijo nada, pero en su interior, algo había empezado a cambiar, aunque fuera solo un poco.

* * *

Ruby no era alguien que perdiera el tiempo. Había trabajado con suficientes atletas testarudos como para saber que el progreso real no llegaba con suaves palabras ni largos discursos motivacionales. Llegaba con un plan claro y, en su caso, con una buena dosis de honestidad brutal.

Emily llegó al gimnasio al día siguiente, luciendo exactamente como esperaba Ruby: con una mezcla de apatía y desafío. Llevaba una sudadera holgada y una expresión que gritaba: *"Estoy aquí porque me obligaron"*. Pero Ruby no se dejó impresionar.

—Bien, llegaste a tiempo. Eso es un comienzo. —Ruby se cruzó de brazos, sosteniendo su libreta como si fuera un arma. —Hoy vamos a establecer unas reglas básicas.

Emily levantó una ceja mientras se sentaba en una camilla cercana. —¿Reglas? ¿Esto es una sesión de fisioterapia o un campamento militar?

—Si quieres que funcione, será ambas cosas. —Ruby sacó un bolígrafo de su mochila y empezó a escribir en su libreta.

—Número uno: no se aceptan excusas. —Ruby levantó la vista para asegurarse de que Emily estaba prestando atención. —Si no puedes hacer algo, me lo dices. Pero "no quiero" no es una opción.

Emily bufó, cruzándose de brazos. —Genial. ¿Hay castigos también? ¿Flexiones? ¿Correr por la nieve?

Ruby sonrió levemente. —No. Pero puedo aumentar los ejercicios si me desafías demasiado.

Emily entrecerró los ojos. —Vaya, una táctica de terror. Bonito enfoque.

—Funciona. —Ruby continuó escribiendo sin inmutarse. —Número dos: si te comprometes a algo, lo haces. Nada de medias tintas. Si decides trabajar conmigo, vas a darlo todo. Si no, me iré y buscaré a alguien que sí quiera mi ayuda.

El tono de Ruby era tranquilo, pero cada palabra caía con el peso de una sentencia. Emily no sabía si debía admirarla o empezar a buscar formas de sabotear el programa.

—Y número tres: el progreso es el objetivo, no la perfección. —Ruby cerró la libreta y la dejó sobre una mesa cercana. —Esto no se trata de que vuelvas a ser la Emily Carter que ganaba medallas. Se trata de que seas la mejor versión de ti misma ahora.

Emily parpadeó, claramente desconcertada. —¿Eso fue… una frase motivacional?

Ruby dejó escapar una risa suave. —No te acostumbres.

La primera parte del entrenamiento comenzó con ejercicios básicos, lo que Ruby llamaba "reconectar con tu cuerpo". Emily lo llamaba "sentir que mi pierna se ríe de mí". Cada movimiento parecía pequeño, pero para Emily, era como intentar escalar una montaña sin piolet.

—Levanta la pierna un poco más. —Ruby señaló con la cabeza, observando cada movimiento.

—Esto *es* levantarla. —Emily resopló, sintiendo un ardor en el muslo que no había experimentado en meses.

—No. Eso es hacer trampa. —Ruby se acercó y ajustó la posición de Emily con una precisión casi quirúrgica. —Así. Ahora inténtalo de nuevo.

Emily dejó escapar un gruñido, pero lo hizo. La pierna temblaba, sus músculos protestaban, pero consiguió mantener la posición durante unos segundos antes de dejarla caer.

—Bien. Mejor. —Ruby tomó nota en su libreta. —Mañana quiero cinco repeticiones más.

Emily la miró con incredulidad. —¿Mañana? ¿Esto es una especie de tortura diaria?

Ruby sonrió de nuevo, esa sonrisa pequeña que parecía esconder un millón de secretos. —Sí. Y te acostumbrarás.

A pesar de las quejas y el sarcasmo, Emily no pudo evitar sentir algo diferente cuando terminó la sesión. Era como si, por primera vez en meses, su cuerpo le recordara que todavía había algo que podía lograr.

Ruby guardó su libreta y se puso la chaqueta. Antes de salir, se giró hacia Emily, que estaba recogiendo sus cosas con movimientos lentos.

—Nos vemos mañana, Emily. Y recuerda, no estás luchando contra mí, sino contigo misma.

Emily se quedó en silencio, mirando a Ruby mientras salía del gimnasio. Quizá Ruby tenía razón. Quizá, después de todo, esta lucha valía la pena.

* * *

Ruby llegó puntual como siempre, con su mochila al hombro y esa expresión imperturbable que parecía diseñada específicamente para irritar a Emily. Mientras tanto, Emily estaba en el gimnasio, sentada en una camilla, jugueteando con su botella de agua y lanzando miradas de desdén hacia las pesas como si fueran responsables de todos sus problemas.

—Lista para otro día de “diversión”, supongo. —Emily comentó sin levantar la vista cuando Ruby se acercó.

—Siempre. —Ruby dejó la mochila en el suelo y empezó a sacar sus herramientas, entre ellas una tabla de ejercicios que Emily ya sabía que odiaría.

La sesión comenzó con ejercicios básicos, pero el ambiente pronto se cargó de tensión. Ruby no tenía intención de consentir a Emily, y Emily no estaba acostumbrada a que alguien le hablara con tanta franqueza.

—Vamos, un poco más alto. —Ruby indicó mientras Emily intentaba levantar la pierna en un ejercicio que parecía fácil, pero que se sentía como escalar una montaña.

—Esto es lo más alto que puedo. —Emily frunció el ceño, respirando con dificultad.

—No lo es. Tu cuerpo puede más; tu mente es la que está poniendo el freno. —Ruby cruzó los brazos, con la mirada fija en el movimiento de Emily.

Emily dejó caer la pierna, claramente frustrada. —Oh, genial. Ahora resulta que mi mente es el problema. ¿Qué sigue? ¿Un análisis psicológico?

Ruby no se dejó intimidar. —Si fuera necesario, lo haríamos. Pero ahora mismo, lo único que necesitas es dejar de poner excusas y seguir intentándolo.

Emily resopló, levantándose de la camilla. —¿Excusas? Estoy aquí, ¿no? Eso debería contar como algo.

Ruby alzó una ceja, desafiándola con la mirada. —Estar aquí no es suficiente. Si realmente quieres progresar, necesitas esforzarte.

Emily se quedó en silencio por un momento, apretando los labios. Sabía que Ruby tenía razón, pero admitirlo era otra historia.

—¿Sabes qué? —Emily finalmente habló, su tono goteando sarcasmo. —Eres increíblemente buena para motivar a la gente, Ruby. ¿Siempre fuiste así de encantadora o lo aprendiste en algún curso especial de "cómo ser irritante"?

Ruby sonrió ligeramente, sin perder la compostura. —Oh, lo aprendí trabajando con personas como tú.

Ryan, que había llegado al gimnasio para ver cómo iban las cosas, no pudo evitar reírse desde su rincón.

—¿Qué te parece? —comentó en voz alta. —Es como ver un combate de boxeo.

Ambas mujeres lo miraron al mismo tiempo, fulminándolo con la mirada.

—¡Fuera de aquí, Ryan! —gritaron al unísono, lo que hizo que él levantara las manos en señal de rendición y se escabullera hacia la puerta, todavía riéndose.

La sesión continuó con la misma dinámica: Ruby empujando a Emily a sus límites y Emily respondiendo con sarcasmo y quejas. Sin embargo, al final, Emily logró completar más ejercicios de los que habría creído posibles.

Mientras Ruby guardaba sus cosas, Emily se dejó caer en una silla, agotada pero sintiendo algo que no había sentido en mucho tiempo: una pequeña chispa de orgullo.

—Supongo que querrás un aplauso o algo. —Emily comentó, aún tratando de mantener su fachada de indiferencia.

Ruby se giró, mirándola con una leve sonrisa. —No. Solo quiero verte aquí mañana, lista para trabajar aún más duro.

Emily rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír ligeramente cuando Ruby salió del gimnasio. A pesar del choque constante entre ellas, Emily sabía en el fondo que Ruby estaba logrando algo que nadie más había podido: desafiarla a creer que su recuperación era posible.

* * *

Emily llegó al gimnasio al día siguiente con una actitud que oscilaba entre el escepticismo y la pura terquedad. Ruby estaba allí, por supuesto, puntual y perfectamente preparada, como si estuviera esperando a un oponente en lugar de a una paciente.

—¿Lista? —preguntó Ruby, sin molestarse en un saludo convencional.

Emily se cruzó de brazos, mirando las pesas y las bandas elásticas con desdén. —Tanto como una tortuga para una carrera.

Ruby dejó escapar una sonrisa apenas perceptible. —Bien. Empecemos.

La primera tarea era simple: un ejercicio básico de equilibrio que involucraba mantenerse sobre una pierna mientras sostenía una pequeña pesa. Para alguien que había dominado las pistas de esquí más complicadas del mundo, debería haber sido un paseo, pero para Emily, después de meses de inactividad, era como intentar caminar sobre una cuerda floja en tacones.

—Esto es ridículo. —Emily murmuró mientras intentaba mantener la postura.

—No, esto es progreso. —Ruby se inclinó ligeramente hacia adelante, observando cada movimiento. —Tu pierna está temblando, pero eso significa que está trabajando.

Emily rodó los ojos, pero mantuvo la posición unos segundos más antes de tambalearse y soltar la pesa.

—Genial, ¿cuál es el siguiente ejercicio? ¿Levantar un camión? —preguntó con sarcasmo mientras recogía la pesa del suelo.

—No, primero vamos a perfeccionar este. —Ruby levantó una ceja, completamente inmune al tono de Emily. —Cuando domines esto, podemos hablar de camiones.

Con cada repetición, Emily comenzó a sentir algo distinto. Al principio, era solo el ardor en sus músculos, una sensación que había olvidado después de tantos meses de inmovilidad. Pero a medida que avanzaba la sesión, algo más comenzó a asomarse: una chispa de satisfacción.

No era mucho, apenas un destello, pero Ruby lo notó.

—Bien hecho. —Ruby tomó su libreta y anotó algo mientras Emily se sentaba en una banca, respirando con dificultad.

—¿“Bien hecho”? Eso no suena tan aterrador como esperaba. —Emily la miró de reojo, secándose el sudor de la frente.

—No te acostumbres. —Ruby cerró la libreta y se cruzó de brazos. —Pero hiciste más de lo que esperaba para alguien que comenzó el día con esa actitud.

Emily dejó escapar una risa suave. —¿Eso es un cumplido? Porque no sé si sentirme halagada o insultada.

Ruby sonrió, esa pequeña y enigmática sonrisa que parecía ser su sello personal. —Es lo que tú quieras que sea.

Al final de la sesión, Emily se sentía agotada, pero también un poco más ligera, como si el peso invisible que había estado cargando durante meses hubiera disminuido, aunque solo un poco.

Mientras se dirigían a la puerta, Ruby la miró de nuevo.

—Mañana vamos a trabajar en algo un poco más desafiante. Prepárate.

Emily no respondió de inmediato. En lugar de eso, asintió con la cabeza, una señal de que, aunque todavía estaba llena de dudas, empezaba a aceptar que tal vez, solo tal vez, había algo de verdad en lo que Ruby decía.

5

Los Primeros Desafíos con Ruby

Emily había creído que sabía lo que era disciplina. Había sido campeona olímpica, por el amor de Dios. Madrugones, entrenamiento bajo la nieve, dietas estrictas… Había sobrevivido a todo eso y más. Pero la rutina que Ruby había trazado para ella era otra liga. Una mezcla entre el campamento militar más estricto y un programa de autoayuda diseñado por alguien con un sentido del humor cuestionable.

—Bien, día uno de la rutina. —Ruby anunció mientras extendía una hoja con horarios perfectamente organizados. —Aquí tienes tu nuevo plan.

Emily la miró como si acabara de entregarle una sentencia de cárcel. —¿Esto es en serio? ¿Yoga a las siete de la mañana?

—Correcto. Y no es yoga para Instagram, es yoga de verdad. —Ruby respondió con una sonrisa neutral. —Te ayudará con la flexibilidad y la fuerza.

—¿Y qué pasa con las personas normales que se despiertan a las diez y empiezan el día con café? —preguntó Emily, mientras deslizaba la hoja sobre la mesa como si quemara.

Ruby cruzó los brazos, imperturbable. —No tienen una pierna que necesita rehabilitación, ni un historial olímpico que recuperar. ¿Algo más?

Emily suspiró, rodando los ojos. —Claro, ¿qué tal un desayuno con tostadas, tranquilidad y cero expectativas?

—Eso está después del yoga. —Ruby señaló el horario con la precisión de una profesora corrigiendo a un alumno desobediente.

La primera mañana de la nueva rutina comenzó exactamente como Emily había anticipado: mal. Se despertó con el sonido de su alarma, un ruido que había elegido específicamente porque sonaba como un martillo neumático y aseguraba que nunca lo ignoraría. Arrastrándose fuera de

la cama, se vistió con lo primero que encontró y llegó a la sala donde Ruby ya estaba esperándola.

—¿Lista? —Ruby preguntó, sentada en el suelo con una esterilla perfectamente desplegada.

—¿Lista para volver a la cama? Sí. —Emily se dejó caer en el suelo con un ruido quejumbroso, mirando la postura impecable de Ruby con envidia. —¿Eres humana o alguna especie de robot yogui?

Ruby sonrió ligeramente. —Humana. Aunque un robot probablemente sería más paciente.

Los ejercicios comenzaron suavemente, o eso decía Ruby. Para Emily, cada postura era una nueva forma de descubrir músculos que ni siquiera sabía que existían.

—¿Qué tal ahí abajo? —Ruby preguntó mientras mantenía una postura que parecía diseñada para romper huesos.

—Genial. —Emily resopló, su voz ahogada mientras intentaba mantener el equilibrio. —Creo que voy a ser la primera persona en fracturarse durante yoga.

Ruby no respondió, solo ajustó ligeramente la postura de Emily, lo que provocó un gruñido bajo de protesta.

El resto del día fue una mezcla de ejercicios de fuerza, sesiones de cardio ligeras y descansos supervisados que Ruby utilizaba para evaluar el progreso de Emily. Cada vez que Emily intentaba saltarse un ejercicio o reducir las repeticiones, Ruby estaba ahí, como un halcón vigilante.

—¿De dónde sacas tanta energía? —Emily preguntó en algún momento, jadeando mientras intentaba completar otra serie de estiramientos.

—Es parte del trabajo. —Ruby respondió, imperturbable. —Y también me gusta ganar.

Emily la miró, a medio camino entre la admiración y el odio. —Por supuesto que sí. Seguro que tienes un trofeo de “mejor fastidio del año” en tu casa.

Ruby sonrió levemente, ignorando el comentario. —Eso es todo por hoy. Mañana más.

Cuando Ruby se marchó, Emily se dejó caer en el sofá con una mezcla de alivio y agotamiento. La rutina era dura, sí, pero había algo extraño en todo aquello. Por primera vez en meses, sentía que estaba haciendo algo, aunque fuera a regañadientes.

Mientras cerraba los ojos, su mente vagaba hacia la posibilidad de que, tal vez, Ruby supiera exactamente lo que hacía. Y eso era… un poco aterrador.

* * *

A pesar de los días de rutina que Ruby había impuesto, Emily seguía abordando cada sesión como si fuera una batalla, y Ruby, el enemigo a vencer. Aquella tarde no era diferente. El gimnasio estaba vacío salvo por las dos, y la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Hoy trabajaremos resistencia en el tren superior. —Ruby anunció mientras colocaba un par de pesas en la banca frente a Emily.

Emily arqueó una ceja desde la camilla donde estaba sentada. —¿De verdad? Porque levantar pesas es exactamente lo que imaginé cuando pensé en recuperarme.

Ruby no respondió, acostumbrada ya al sarcasmo venenoso de Emily. Solo señaló las pesas y esperó.

Emily suspiró dramáticamente antes de levantarse. —Está bien, pero si me rompo algo, asegúrate de escribir en mi obituario que fue culpa de una fisioterapeuta australiana con un complejo de sargento.

—Lo anotaré. —Ruby respondió sin inmutarse, cruzando los brazos mientras observaba cómo Emily levantaba las pesas con movimientos torpes.

Después de unas cuantas repeticiones, Emily dejó caer las pesas sobre la banca, con el pecho subiendo y bajando rápidamente.

—¿Ves? Lo intenté. ¿Contenta? —Emily jadeó, limpiándose la frente con el dorso de la mano.

Ruby dio un paso hacia adelante, su expresión más seria que nunca. —No.

Emily frunció el ceño, claramente irritada. —¿Perdona?

—No estoy contenta, porque ni siquiera lo estás intentando de verdad. —Ruby se inclinó ligeramente hacia adelante, su voz baja pero firme. —Sigues actuando como si todo esto fuera una pérdida de tiempo.

Emily apretó los labios, su frustración creciendo. —¿Y qué esperas que haga? ¿Que lo disfrute? No todo el mundo puede ser tan increíblemente perfecto como tú, Ruby.

Ruby dejó escapar un suspiro y se cruzó de brazos. —No se trata de perfección, Emily. Se trata de intentarlo. De dejar de buscar excusas para justificar por qué estás aquí.

—¿Excusas? —Emily se enderezó, la rabia burbujeando justo bajo la superficie. —¡Perdona si no estoy entusiasmada con levantar pesas cuando todo lo que hacía antes era descender montañas!

Ruby no se dejó intimidar. —Y eso es exactamente lo que te está frenando. Sigues mirando hacia atrás, cuando lo único que importa es lo que hagas ahora.

Emily dio un paso hacia ella, los ojos llenos de desafío. —¿Y tú qué sabes de perderlo todo?

El silencio que siguió fue tenso. Ruby sostuvo la mirada de Emily por un momento antes de responder, su voz mucho más suave que antes.

—Sé más de lo que crees.

Emily se quedó congelada, sorprendida por la respuesta. Ruby rara vez hablaba de sí misma, y esa pequeña confesión la tomó desprevenida.

—Mira, Emily. —Ruby continuó, su tono firme pero menos combativo. —No estoy aquí para pelear contigo. Estoy aquí porque sé que puedes hacerlo, aunque tú misma no lo creas.

Emily apartó la mirada, sintiendo cómo la rabia se desvanecía, dejando tras de sí solo el cansancio. No respondió, pero tomó las pesas de nuevo y empezó otra serie, esta vez sin quejarse.

Ruby observó en silencio, asintiendo levemente. No era una victoria completa, pero era un paso en la dirección correcta.

* * *

Era casi el final de otra larga y extenuante sesión. Emily estaba sentada en el suelo del gimnasio, con la espalda apoyada contra la pared y una toalla sobre los hombros. Sus piernas temblaban ligeramente, una señal de que Ruby había cumplido con su misión diaria de empujarla al límite. Ruby, por su parte, estaba anotando algo en su libreta, como siempre, aparentemente indiferente al drama interno que Emily estaba viviendo.

—¿Sabes? —Emily rompió el silencio, su tono más cansado que sarcástico. —Antes, todo esto era fácil. Entrenar, esforzarme… incluso el dolor. Siempre era parte del plan.

Ruby levantó la vista, pero no dijo nada, dejando que Emily continuara.

—Ahora… —Emily dejó escapar un suspiro, pasando una mano por su cabello desordenado. —Ahora todo parece una montaña que no puedo escalar.

Ruby cerró su libreta y se sentó frente a Emily, cruzando las piernas con una tranquilidad que parecía casi insultante.

—¿Y qué es lo que te detiene? —preguntó, su tono neutro pero curioso.

Emily se quedó en silencio por un momento, mirando hacia el suelo. —No lo sé. Tal vez… —Hizo una pausa, buscando las palabras correctas. —Tal vez no quiero intentarlo porque tengo miedo de fracasar.

Ruby asintió lentamente, como si esperara esa respuesta. —El miedo al fracaso es normal. Pero lo que haces con ese miedo es lo que define lo que pasa después.

Emily soltó una risa amarga. —¿Tienes una frase para todo, verdad? ¿Es parte del entrenamiento en fisioterapia?

Ruby sonrió ligeramente. —No. Es algo que aprendes cuando te caes más veces de las que puedes contar.

Emily alzó la vista, sorprendida. —¿Tú? ¿Caerte? No lo veo.

Ruby se recostó ligeramente contra la pared, su postura relajada pero sus ojos serios. —¿Por qué no? No soy perfecta, Emily. Y he tenido mi propia cuota de fracasos.

Emily ladeó la cabeza, claramente interesada aunque trataba de ocultarlo. —¿Cómo qué?

Ruby dudó por un momento, pero decidió continuar. —Cuando era más joven, quería ser atleta profesional. Natación. Pasé años entrenando, compitiendo… creyendo que era invencible.

—¿Y qué pasó? —Emily preguntó, genuinamente intrigada.

—Un accidente. —Ruby habló con calma, pero su voz tenía un matiz de algo más profundo. —Nada tan dramático como el tuyo. Solo un mal salto desde el borde de la piscina y un ligamento roto. Intenté volver, pero mi cuerpo no respondía igual.

Emily la miró con atención, olvidándose por un momento de su propio cansancio. —¿Y qué hiciste?

Ruby se encogió de hombros. —Me adapté. Decidí que, si no podía ser atleta, ayudaría a otros a serlo. Y aquí estoy.

El silencio se instaló entre ellas, pero esta vez no era incómodo. Emily jugueteó con la toalla en sus manos, procesando lo que acababa de escuchar.

—Supongo que nunca pensé que alguien como tú pudiera entender lo que es perderlo todo. —Admitió finalmente.

Ruby la miró con una mezcla de empatía y firmeza. —Todos lo perdemos todo en algún momento, Emily. Pero perder no significa que no podamos ganar algo nuevo.

Emily dejó escapar un suspiro, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que tal vez, solo tal vez, había una manera de superar lo que estaba enfrentando.

Ruby se levantó, sacudiéndose el polvo de los pantalones. —Hora de enfriarse. Un par de estiramientos y nos vamos.

Emily sonrió levemente mientras la seguía. Por primera vez, Ruby no se sentía como una rival, sino como alguien que entendía exactamente dónde estaba y lo que necesitaba.

* * *

Emily estaba de pie frente al espejo del gimnasio, con una banda elástica azul alrededor de sus tobillos y Ruby observando cada uno de sus movimientos como un halcón. La sesión había comenzado como cualquier otra, con Emily quejándose del frío, de los ejercicios y de la existencia general de Ruby, pero, sorprendentemente, había progresado mucho más rápido de lo esperado.

—Bien, levanta la pierna un poco más. —Ruby indicó, apuntando con su bolígrafo hacia el reflejo de Emily.

—Esto *es* levantarla. —Emily respondió, jadeando mientras mantenía la posición.

—Un centímetro más y será perfecto. —Ruby replicó, sin perder la calma.

Emily hizo un esfuerzo adicional, y por primera vez en meses, logró mantener el equilibrio mientras completaba el movimiento. Cuando finalmente dejó caer la pierna, Ruby asintió, satisfecha.

—Eso estuvo mejor. —Comentó mientras anotaba algo en su libreta.

Emily se dejó caer en una banca cercana, respirando profundamente. —Si eso fue “mejor”, odio pensar cómo me vería en mi primer día.

—Como si te estuvieras enfrentando a un dragón con una cuchara de plástico. —Ruby respondió sin mirar hacia arriba, con esa honestidad que Emily había aprendido a detestar y a respetar al mismo tiempo.

—Genial, siempre quise ser una heroína desastrosa. —Emily tomó un trago de agua, pero a pesar del cansancio, había una pequeña sonrisa en sus labios.

Sin embargo, detrás de los progresos físicos, había algo más que Ruby no tardó en notar. A medida que Emily avanzaba en los ejercicios, parecía evitar cualquier mención al esquí. Si Ruby sacaba el tema, Emily cambiaba de conversación con la misma destreza con la que esquivaba obstáculos en las pistas.

—¿Sabes? —Ruby comenzó, rompiendo el silencio mientras guardaba las bandas elásticas. —Podemos trabajar en tu pierna todo lo que quieras, pero no vas a superar esto si sigues evitando enfrentarte a lo que realmente te preocupa.

Emily, que estaba ajustando la toalla en su cuello, se detuvo y levantó la vista, su expresión endureciéndose. —¿De qué estás hablando?

Ruby se apoyó en la pared, cruzándose de brazos. —Del esquí. De lo que significa para ti.

Emily bufó, levantándose de la banca. —No es el momento, Ruby.

—¿Entonces cuándo lo será? —Ruby replicó, su voz tranquila pero firme. —Has progresado mucho físicamente, pero cada vez que menciono tu carrera, te cierras como una puerta blindada.

Emily se giró hacia ella, sus ojos brillando con una mezcla de rabia y vulnerabilidad. —Tal vez porque no quiero hablar de eso. ¿Alguna vez pensaste en eso?

Ruby no se inmutó. —Claro que lo pensé. Pero también sé que no hablar de ello no hará que desaparezca.

Emily apretó los labios, su cuerpo tenso. Había una lucha interna evidente, pero después de un momento, dejó escapar un largo suspiro y volvió a sentarse.

—No sé si puedo volver. —Admitió finalmente, su voz apenas un susurro.

Ruby se acercó, dejando caer su tono de "entrenadora estricta" por un momento. —Eso está bien. No tienes que decidirlo ahora. Pero lo que sí necesitas es dejar de castigarte por algo que no puedes controlar.

Emily la miró fijamente, sus ojos llenos de emociones que no podía expresar con palabras. Finalmente, asintió lentamente, como si algo dentro de ella empezara a ceder.

El resto de la sesión fue más tranquila. Emily completó sus ejercicios con menos quejas de lo habitual, mientras Ruby seguía observando, silenciosa pero satisfecha. Era un pequeño paso, pero un paso al fin y al cabo.

Cuando Emily salió del gimnasio, envuelta en su abrigo, el aire frío la golpeó en la cara. Respiró hondo, sintiendo cómo el cansancio físico se mezclaba con algo nuevo: una pequeña chispa de esperanza. Quizá, pensó, Ruby tenía razón. Quizá no todo estaba perdido.

* * *

La cabaña estaba más tranquila de lo habitual aquella noche. Emily había decidido irse a la cama temprano, agotada después de otra sesión con Ruby que había resultado más intensa emocionalmente que físicamente. Esto dejó a Ryan y Chloe solos en la sala de estar, un escenario que, últimamente, parecía repetirse con más frecuencia de lo que ambos estaban dispuestos a admitir.

Chloe estaba sentada en el sofá con un vaso de vino en la mano, mirando distraídamente la chimenea encendida. Ryan, en su habitual postura despreocupada, estaba en la silla junto a ella, con un bol de palomitas que parecía más un escudo que un snack.

—¿Cómo crees que le está yendo? —preguntó Chloe, rompiendo el silencio mientras giraba ligeramente el vino en su vaso.

—Mejor de lo que admitiría. —Ryan respondió, echándose una palomita a la boca. —Aunque con Emily, "mejor" significa que se queja un 10% menos.

Chloe dejó escapar una risa suave, pero no pudo evitar que su expresión se tornara seria. —Es increíble lo mucho que le cuesta abrirse. Siempre ha sido así, pero ahora parece que está construyendo un muro más alto que nunca.

—Sí. —Ryan suspiró, dejando el bol de palomitas a un lado. —Pero creo que Ruby está logrando algo. Tal vez no lo vea todavía, pero está empezando a cambiar.

Chloe asintió lentamente, pero no dijo nada más. En lugar de eso, dejó que el silencio volviera a instalarse entre ellos, aunque esta vez no era incómodo.

Ryan la observó de reojo, estudiando la forma en que la luz de la chimenea iluminaba su rostro. Había algo en Chloe que siempre le había resultado magnético, aunque nunca había tenido el valor de admitirlo, ni siquiera para sí mismo. Pero últimamente, estar cerca de ella lo hacía sentir cosas que no sabía cómo manejar.

—¿Sabes? —Ryan rompió el silencio, su voz más suave que de costumbre. —Gracias por estar aquí para Emily. No sé si podría manejar esto solo.

Chloe giró la cabeza hacia él, sorprendida por el cambio en su tono. —No tienes que agradecerme. Siempre estaré para ella. Y para ti también, si lo necesitas.

Ryan sostuvo su mirada por un momento, y algo pasó entre ellos, algo que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar. Chloe se sonrojó ligeramente y desvió la mirada hacia su vaso de vino, como si el líquido pudiera ofrecerle una distracción.

—Bueno, supongo que alguien tiene que encargarse de mantener las cosas en orden por aquí. —Chloe bromeó, intentando aligerar el ambiente.

—Sí, y estás haciendo un trabajo fantástico. —Ryan sonrió, aunque había algo en su expresión que sugería que no estaba hablando solo de la casa.

El sonido de un crujido en la madera de la chimenea llenó la sala mientras ambos se quedaban en silencio una vez más. Chloe tomó un sorbo de su vino, sintiendo que su corazón latía más rápido de lo que debería. Ryan, por su parte, intentó concentrarse en las palomitas, pero su mente estaba lejos de cualquier cosa relacionada con la comida.

Tal vez era el momento, o tal vez era el calor de la chimenea, pero ambos sabían que algo había cambiado entre ellos esa noche. Ninguno de los dos lo dijo en voz alta, pero lo sentían, y eso era suficiente… por ahora.

6

Un Nuevo Ritmo

Emily nunca hubiera admitido que las cosas estaban mejorando, pero había señales evidentes de que algo estaba cambiando. Por ejemplo, ya no se quejaba de cada ejercicio con la misma intensidad dramática que antes. Claro, todavía tenía comentarios sarcásticos para Ruby, pero eran menos frecuentes y, a veces, incluso acompañados de una sonrisa.

En el gimnasio, Ruby estaba ajustando una máquina de poleas mientras Emily estiraba en una colchoneta cercana.

—Bien, hoy vamos a trabajar con más peso en el tren inferior. —Ruby anunció mientras señalaba las poleas. —Quiero que hagas tres series de diez repeticiones.

Emily levantó la vista, dejando escapar un suspiro exagerado. —Oh, claro, porque levantar mi propio peso corporal no es suficiente desafío.

Ruby le lanzó una mirada que decía *"No voy a entrar en tu juego"*. —Confía en mí, puedes manejarlo.

Emily se levantó, caminando hacia la máquina con pasos firmes, aunque todavía un poco torpes. Ruby ajustó las correas alrededor de su pierna y le dio unas breves instrucciones.

La primera repetición fue difícil, como siempre. Emily apretó los dientes, concentrándose en el movimiento. Pero algo era diferente esta vez: no se rindió tan fácilmente. Cuando llegó a la décima repetición, estaba jadeando, pero también sonreía ligeramente.

—¿Ves? —Ruby dijo, inclinándose hacia ella. —Te dije que podías manejarlo.

—No te emociones demasiado. —Emily replicó, secándose el sudor de la frente. —Todavía puedo odiarte por esto.

—Por supuesto. —Ruby sonrió mientras ajustaba el peso para la siguiente serie. —Ese odio es lo que nos hace avanzar.

Emily completó las siguientes dos series con esfuerzo, pero sin quejarse tanto como de

costumbre. Cuando terminó, Ruby le ofreció una botella de agua y la observó con atención.

—Tu fuerza está volviendo. —Ruby comentó mientras Emily bebía. —Podría empezar a añadir ejercicios más específicos para el esquí.

Emily se tensó ligeramente al escuchar la palabra “esquí”. Aunque había progresado físicamente, la idea de volver a las pistas seguía siendo un tema delicado.

—Quizá… más adelante. —Respondió con cautela, evitando la mirada de Ruby.

Ruby asintió, decidiendo no presionar por ahora. Sabía que cada paso era importante y que empujar demasiado rápido podría hacer que Emily retrocediera.

El resto de la sesión transcurrió en silencio, pero un silencio cómodo, el tipo que surge cuando dos personas están sincronizadas en un objetivo común.

Esa tarde, mientras Emily salía del gimnasio, sintió algo que no había experimentado en meses: orgullo. No era mucho, solo una chispa, pero era suficiente para mantenerla avanzando.

Ruby, observándola desde la puerta, sonrió para sí misma. Sabía que quedaba mucho por hacer, pero este pequeño avance era una victoria, y en el mundo de Emily Carter, cada victoria contaba.

* * *

Los días pasaban y, para sorpresa de ambas, Emily y Ruby habían encontrado una especie de ritmo en su rutina. Aunque los sarcasmos y las quejas seguían formando parte del repertorio diario de Emily, Ruby empezaba a notar que su actitud era más relajada, incluso un poco… ¿cooperativa?

—Hoy vamos a trabajar en ejercicios de estabilidad. —Ruby anunció mientras desplegaba unas colchonetas en el gimnasio. —Nada muy complicado, pero quiero que te concentres en el control.

Emily arqueó una ceja, poniéndose de pie con un suspiro dramático. —¿“Nada complicado”? Eso me suena a una trampa.

Ruby esbozó una sonrisa apenas perceptible. —Si fuera una trampa, no te lo advertiría.

Emily se dejó caer en una de las colchonetas, ajustándose las zapatillas. Mientras Ruby le daba las instrucciones, notó algo diferente en su tono. Había menos rigidez, menos formalidad. Casi como si estuvieran empezando a entenderse.

—¿Sabes? Eres menos molesta cuando no intentas ser un robot de fisioterapia. —Emily comentó mientras se levantaba sobre una pierna, con la otra apoyada en una pelota de

estabilidad.

—Y tú eres más soportable cuando haces lo que se te pide. —Ruby respondió sin perder el ritmo.

—¿Es esto lo que llaman química profesional? —Emily preguntó con una sonrisa que, para Ruby, parecía casi auténtica.

—No. Esto es lo que yo llamo progreso. —Ruby ajustó ligeramente la posición de Emily y dio un paso atrás para observar.

A medida que la sesión avanzaba, ambas mujeres intercambiaron pequeñas bromas entre ejercicios, algo que habría sido impensable en sus primeros días juntas. Emily seguía siendo sarcástica, pero Ruby había aprendido a contrarrestar su actitud con un humor seco que, de alguna manera, lograba desarmarla.

Cuando llegó el momento de los estiramientos finales, Emily se tumbó en la colchoneta, mirando el techo mientras Ruby anotaba algo en su libreta.

—Tienes que admitirlo, Lawson. Estoy mejorando. —Emily dijo, su tono una mezcla de broma y orgullo genuino.

Ruby levantó la vista de su libreta. —Eso es cierto. Pero no te emociones demasiado. Aún queda mucho por hacer.

Emily dejó escapar una risa suave. —Por supuesto. No sea que piense que estoy lista para enfrentarme al mundo otra vez.

Ruby dejó la libreta a un lado y se sentó en la colchoneta frente a ella. —Cuando estés lista para enfrentar el mundo, lo sabrás. Y créeme, estarás más que preparada.

Emily la miró, sorprendida por la franqueza de sus palabras. Durante un momento, se permitió creer que tal vez Ruby tenía razón.

—Gracias. —Dijo finalmente, aunque su tono era tan bajo que Ruby apenas pudo escucharlo.

Ruby asintió, sin hacer demasiado ruido al respecto. Para ella, estos momentos eran los que realmente importaban, más que cualquier progreso físico.

Cuando la sesión terminó, Emily se quedó un rato más en el gimnasio, reflexionando sobre cómo había cambiado todo en las últimas semanas. Ruby no era solo una fisioterapeuta. De alguna manera, se había convertido en la voz que necesitaba escuchar, aunque a veces deseara que se callara.

Por primera vez, Emily empezó a considerar que tal vez había algo más allá de su recuperación física.

* * *

El día comenzó como cualquier otro en la rutina cuidadosamente establecida por Ruby: una sesión de cardio, seguida de ejercicios de fortalecimiento y equilibrio. Emily, aunque cansada, estaba empezando a aceptar que las mañanas dedicadas a sudar eran su nueva normalidad. Lo que no esperaba era lo que encontraría al regresar a la cabaña.

—Tienes correo. —Ryan la saludó desde el sofá, levantando una mano con un sobre que parecía haber llegado en un portal del pasado.

—¿Quién usa cartas todavía? —Emily murmuró mientras se quitaba la chaqueta y se dirigía hacia él.

Ryan se encogió de hombros. —Alguien con un gusto por lo retro, supongo.

Emily tomó el sobre y lo miró con cautela. No había remitente, solo su nombre escrito con una letra que reconoció al instante. Su estómago dio un vuelco.

—Es de Laura. —Susurró, más para sí misma que para Ryan.

Él se enderezó en el sofá, observándola con una mezcla de preocupación y curiosidad. —¿Quieres que te deje sola?

Emily negó con la cabeza, aunque su cuerpo decía lo contrario. Se dirigió a la cocina, dejando a Ryan en el sofá mientras abría el sobre con manos ligeramente temblorosas.

La carta era breve, directa, como siempre había sido Laura.

"Emily, he estado pensando mucho en ti últimamente. Lamento cómo terminaron las cosas entre nosotras. Me gustaría hablar, si estás dispuesta. Llámame cuando puedas."

La leía una y otra vez, buscando entre las líneas algún indicio de intención oculta, alguna pista que le dijera por qué Laura había decidido reaparecer después de tanto tiempo.

—¿Y bien? —La voz de Ryan interrumpió sus pensamientos.

Emily levantó la vista, encontrándolo apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Quiere hablar. —Dijo simplemente, dejando la carta sobre la mesa.

Ryan frunció el ceño. —¿Y qué vas a hacer?

Emily dejó escapar un largo suspiro. —No lo sé. Parte de mí quiere ignorarla. Pero otra parte… —Se detuvo, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Otra parte quiere saber qué tiene que decir. —Ryan terminó por ella, cruzando los brazos.

Ella asintió lentamente. Sabía que no sería fácil enfrentar a Laura, no después de todo lo que había pasado. Pero ignorarla tampoco parecía la respuesta correcta.

—Tal vez deberías esperar un poco. —Sugerió Ryan, con cuidado. —No tienes que tomar una decisión ahora mismo.

Emily lo miró, agradecida por su sensatez. —Sí. Supongo que tienes razón.

El resto del día transcurrió con una sensación de inquietud que Emily no podía sacudirse. Incluso en el gimnasio, durante su sesión con Ruby, su mente seguía volviendo a la carta.

Ruby notó que Emily estaba más distraída de lo habitual, pero decidió no presionar. Sabía que, cuando Emily estuviera lista, hablaría.

Esa noche, mientras miraba el sobre sobre la mesa, Emily tomó una decisión. Tal vez no estaba lista para llamar a Laura todavía, pero tampoco estaba dispuesta a dejar que su reaparición desestabilizara todo lo que había logrado hasta ahora. Por primera vez en mucho tiempo, tenía algo parecido a una dirección, y no iba a dejar que nada, ni siquiera Laura, la hiciera retroceder.

* * *

La noche había caído sobre la cabaña, y Emily estaba acurrucada en el sofá, mirando la carta de Laura como si fuera un enigma imposible de resolver. Chloe, quien había llegado con su habitual energía para una cena improvisada, la observaba desde la cocina, moviendo la cabeza en un gesto que combinaba curiosidad y preocupación.

—¿Vas a decirme qué está pasando o tengo que adivinar? —preguntó Chloe mientras se servía un vaso de vino y caminaba hacia el sofá.

Emily levantó la vista, soltando un largo suspiro. —Es de Laura.

Chloe se detuvo a medio camino, su expresión cambiando instantáneamente. Se sentó junto a Emily, dejando el vaso sobre la mesa. —¿Laura? ¿La Laura?

—Sí. —Emily le pasó la carta, como si quisiera que Chloe cargara con el peso que había estado llevando todo el día.

Chloe leyó rápidamente, sus cejas frunciéndose mientras avanzaba. Cuando terminó, dejó la carta sobre la mesa y se giró hacia Emily.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. —Emily se dejó caer contra el respaldo del sofá, cubriéndose la cara con las manos. —Parte de mí quiere responder, pero otra parte siente que no vale la pena.

Chloe se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. —Mira, sé que no soy exactamente neutral en esto porque nunca fui fan de Laura, pero… ¿de verdad quieres abrir esa puerta otra vez?

Emily dejó caer las manos, mirándola con una mezcla de frustración y desesperación. —Es complicado. Ella fue… importante para mí, Chloe. Y no puedo simplemente ignorar eso.

Chloe asintió, entendiendo más de lo que Emily esperaba. —Lo sé. Pero también tienes que preguntarte si ella está volviendo porque realmente quiere arreglar las cosas o porque no le gusta que estés avanzando sin ella.

Emily se quedó en silencio, procesando las palabras de su amiga. Siempre había apreciado la franqueza de Chloe, pero en ese momento, la honestidad dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Y tú qué harías? —preguntó finalmente, mirando a Chloe como si esperara que tuviera todas las respuestas.

Chloe se echó hacia atrás, cruzándose de brazos. —No soy quien para decirte qué hacer, Em. Pero si decides hablar con ella, asegúrate de que sea por ti, no por ella.

Emily asintió lentamente, sabiendo que Chloe tenía razón. Sin embargo, antes de que pudiera responder, notó algo en la forma en que Chloe hablaba, una tensión sutil que no había percibido antes.

—¿Y tú? —preguntó Emily, inclinándose hacia adelante. —¿Qué hay contigo y Ryan?

Chloe casi escupió el vino que estaba a punto de beber. —¿Qué? ¿Qué tiene que ver Ryan con esto?

Emily sonrió ligeramente, disfrutando del momento en que el foco de atención se desviaba de ella. —Oh, vamos. He visto cómo os miráis últimamente.

Chloe apartó la mirada, claramente incómoda. —No sé de qué estás hablando.

—Sí, claro. —Emily se recostó contra el sofá, cruzando los brazos. —Lo que tú digas.

El color subió a las mejillas de Chloe, pero no respondió. En cambio, tomó otro sorbo de vino y cambió de tema con la habilidad de alguien que había pasado años esquivando preguntas incómodas.

Aunque Emily no insistió, hizo una nota mental para investigar más tarde. Por ahora, tenía suficiente en qué pensar con la carta de Laura y las palabras de Chloe resonando en su mente: *“Asegúrate de que sea por ti, no por ella.”*

* * *

Emily estaba tirada en la colchoneta al final de una sesión particularmente brutal, con los brazos extendidos como si estuviera intentando fusionarse con el suelo. Ruby, como siempre, estaba

anotando algo en su libreta, tan tranquila como si no acabara de ser testigo de un colapso físico.

—¿Sabes qué, Ruby? —dijo Emily con la respiración entrecortada. —Creo que mi alma se ha salido de mi cuerpo y está volando lejos, probablemente hacia un lugar con sofás cómodos y sin bandas elásticas.

Ruby no levantó la vista. —¿Tu alma también tiene una actitud sarcástica o es solo un efecto secundario de tu personalidad?

Emily sonrió levemente, demasiado cansada para devolver el golpe. —Es un paquete completo. No hay devoluciones.

Ruby finalmente cerró la libreta y se sentó en el suelo junto a Emily, cruzando las piernas con esa calma que tanto irritaba a su paciente favorita.

—¿Sabes? —dijo Ruby, mirándola de reojo. —A pesar de tus constantes quejas, estás mejorando.

Emily giró la cabeza hacia ella, fingiendo sorpresa. —¿Es eso… un cumplido? ¿Vas a quitarme un peso de la máquina para celebrarlo?

—No exageres. —Ruby respondió, rodando los ojos. —Un cumplido de mi parte no significa que vaya a suavizar el entrenamiento.

Emily suspiró dramáticamente, volviendo a mirar al techo. —Por supuesto. No vaya a ser que me acostumbre a la amabilidad.

Se quedaron en silencio por unos momentos, disfrutando del descanso. Emily podía sentir la ligera brisa del aire acondicionado y, por primera vez en mucho tiempo, no le molestaba tanto.

—¿Por qué haces esto, Ruby? —preguntó de repente, su tono más serio. —Trabajar con gente como yo, quiero decir.

Ruby se encogió de hombros, mirando sus manos. —Porque puedo. Porque entiendo cómo se siente perder algo que amas y pensar que nunca lo recuperarás.

Emily la miró, sorprendida por la honestidad en su respuesta. —¿Y no te cansas de lidiar con gente difícil?

Ruby dejó escapar una risa suave. —No más que tú de lidiar conmigo.

—Punto para ti. —Emily sonrió levemente antes de dejar caer la cabeza de nuevo al suelo. —Pero en serio, eres buena en esto. Incluso si a veces quiero lanzarte una pesa.

Ruby alzó una ceja. —Bueno, si eso no es el mayor cumplido que he recibido hoy, no sé qué lo es.

—Apúntalo en tu libreta. —Emily dijo con un gesto débil hacia la libreta de Ruby.

Ruby sacudió la cabeza, sonriendo. —Tal vez lo haga.

Por primera vez, Emily sintió que había algo más que una simple relación profesional entre ellas. Ruby no solo era una fisioterapeuta; era alguien que realmente entendía lo que significaba luchar contra uno mismo. Y aunque nunca lo admitiría, Emily estaba agradecida por eso.

Cuando salieron del gimnasio, Emily le lanzó una mirada a Ruby mientras subían al coche.

—¿Sabes qué, Lawson? —dijo, cerrando la puerta. —No estoy diciendo que seas menos molesta, pero… creo que podré soportarte otro día más.

Ruby sonrió mientras encendía el motor. —¿Otro día más? Estoy emocionada.

Y por primera vez en meses, Emily no sintió que estaba simplemente sobreviviendo. Estaba empezando a avanzar, incluso si eso significaba tener a Ruby Lawson como su insólito cómplice en la batalla.

7

Laura Vuelve a Escena

Emily terminaba su sesión de fisioterapia en el gimnasio cuando la vio. Estaba de pie junto a la entrada, impecable como siempre, con su chaqueta negra y una sonrisa que podía iluminar una habitación… o encender alarmas en la cabeza de Emily, como ahora. Laura había vuelto.

—Emily, estás increíble —dijo Laura, avanzando hacia ella con la misma confianza que siempre había tenido, esa que a Emily le había fascinado… y que ahora solo la ponía en guardia.

—Laura… ¿qué haces aquí? —preguntó Emily, intentando que su voz sonara neutral, aunque sintió que sus músculos se tensaban más de lo que lo habían hecho durante el entrenamiento.

Laura ladeó la cabeza, estudiándola con esos ojos que parecían leer cada pensamiento. —Te vi en una foto del periódico local. Decían que estás entrenando para regresar. —Su sonrisa se ensanchó, pero había algo detrás de ella, una sombra que Emily no podía ignorar. —Quería verte. Hablar contigo.

Emily dudó. Parte de ella quería huir, pero otra parte, la que aún no había cerrado completamente ese capítulo de su vida, le permitió quedarse. —Bueno, aquí estoy. ¿De qué quieres hablar?

Laura se acercó un paso más, su mirada fija en Emily. —Sobre nosotras. Sobre ti. Sobre todo lo que dejamos pendiente.

Emily respiró hondo, cruzando los brazos frente a su pecho como si eso pudiera protegerla del huracán emocional que Laura traía consigo. —No creo que quede mucho de qué hablar. Tú tomaste tus decisiones, y yo estoy tomando las mías.

—¿De verdad? —Laura levantó una ceja, su tono suave pero cargado de intención. —Porque desde aquí parece que estás luchando por encontrar tu camino. Y, sinceramente, me preocupa que lo estés haciendo sola.

Esa última frase golpeó a Emily en un lugar que no esperaba. Había sido su mayor

inseguridad desde el accidente, la sensación de que estaba tratando de reconstruirse en un vacío. Pero no estaba sola, no realmente. Tenía a Ruby, tenía a Ryan y Chloe. Sin embargo, Laura sabía exactamente dónde golpear.

—No estoy sola, Laura. —Emily respondió, su tono más firme de lo que se sentía por dentro. —Tengo todo lo que necesito para seguir adelante.

Laura sonrió, esa clase de sonrisa que siempre parecía dulce, pero escondía un filo.

—Me alegra saberlo, Emily. Pero no olvides quién estuvo contigo cada día, quién te empujó cuando creías que no podías más. —Hizo una pausa, dando un paso adelante, su voz ahora más baja y cargada de intención.

—Recuerda quién te ayudó a llegar a lo más alto, quién sacrificó tanto para que fueras la mejor. Si necesitas a alguien que realmente entienda lo que hace falta para ser una campeona, yo sigo aquí.

Emily sintió como si las paredes se cerraran a su alrededor. La habilidad de Laura para manipular sus emociones seguía intacta, pero ahora había algo diferente: una chispa de resistencia en su interior. Esta no era la misma Emily que había dejado que Laura controlara su vida.

—Gracias, pero no. —Emily dijo con calma, aunque su corazón latía con fuerza. —Ya no necesito lo que solíamos tener. Estoy construyendo algo nuevo. Algo mejor.

Laura asintió lentamente, pero sus ojos mostraban que no estaba dispuesta a aceptar un “no”. —Claro. Lo entiendo. Pero, Emily, el pasado no desaparece solo porque quieras. Estoy segura de que te darás cuenta de eso pronto.

Sin esperar una respuesta, Laura se giró y salió del gimnasio, dejando a Emily con una mezcla de alivio y desasosiego. Era como si una tormenta hubiera pasado, pero ella sabía que no había terminado. No mientras Laura estuviera decidida a permanecer en su vida.

* * *

Emily cerró la puerta de su cabaña de un portazo que hizo vibrar la estantería donde guardaba sus trofeos. El “Campeona Olímpica de Slalom 2018” pareció tambalearse como si también estuviera reconsiderando sus decisiones. Soltó un suspiro largo, dejó caer la mochila al suelo y se desplomó en el sofá. Su mente era un caos absoluto. ¿Por qué tenía que aparecer Laura justo cuando sentía que empezaba a estabilizarse?

El sofá, que parecía haber absorbido todos sus secretos en los últimos meses, recibió su peso como siempre, pero esta vez no era suficiente para calmarla. Se estiró hacia la mesa de café, tomó el mando de la televisión y encendió el canal de deportes, buscando un escape. Gran error. La primera imagen que apareció fue de un esquiador en plena acción, y, como si la vida le estuviera gastando una broma cruel, el comentarista exclamó: "¡Y qué regreso tan épico tras su lesión!". Emily apagó la televisión de inmediato, lanzando el mando sobre el sofá con más fuerza de la necesaria.

—¡Claro, porque todos hacen regresos épicos menos yo! —gritó al aire, como si la injusticia universal estuviera escuchándola.

Se levantó de golpe y caminó hacia la cocina, abriendo el frigorífico con la esperanza de que el frío disipara sus pensamientos. Encontró una botella de agua y la bebió de un tirón, como si con eso pudiera lavar las palabras de Laura de su mente. "Estoy aquí si necesitas a alguien que realmente te entienda". Esa frase no dejaba de repetirse como un eco molesto.

—¿Entenderme? —Emily murmuró mientras cerraba la puerta del frigorífico con el pie. —Laura, lo único que entendías era cómo hacer que todo girara a tu alrededor.

Pero no podía evitarlo. Había algo en Laura, algo que removía un rincón de su mente que prefería mantener cerrado. Recordó cómo Laura solía estar en la meta después de cada carrera, con una sonrisa que podía derretir cualquier tormenta de nieve. ¿Cómo podía alguien ser tan encantadora y, al mismo tiempo, tan… manipuladora?

Dejó la botella en la encimera y apoyó las manos en el mármol, inclinándose hacia adelante. El reflejo de la luz en la superficie brillaba como un espejo improvisado, y Emily se encontró mirándose fijamente, como si buscara respuestas en su propio reflejo.

—¿Qué estás haciendo, Emily? —se preguntó en voz alta, su tono más resignado que curioso.

Justo entonces, su móvil vibró en la mesa del salón. Emily caminó hacia él y lo tomó, esperando un mensaje de Ruby, pero en lugar de eso, era una foto enviada por Chloe: un selfie suyo y de Ryan, con un filtro absurdo de orejas de oso.

Chloe: *"¿Qué tal tu día? Aquí seguimos siendo adorables* 😉*"*.

Emily rió a pesar de sí misma, agradeciendo ese pequeño momento de ligereza. Respondió con un rápido emoji de pulgar hacia arriba y luego dejó el móvil en la mesa. El alivio fue breve, porque apenas unos segundos después, el teléfono volvió a vibrar.

—¿Estás bien? —preguntó Chloe, directa como siempre. Su tono era cálido, pero había un matiz de preocupación que Emily no pudo ignorar.

Emily dejó escapar un suspiro mientras volvía al sofá. —Digamos que hoy ha sido… interesante.

—¿Laura? —Chloe preguntó, como si ya lo supiera.

Emily cerró los ojos, dejándose caer de espaldas en el sofá. —Sí. Se apareció en el gimnasio como si fuera la estrella invitada de un reality show que yo no pedí.

Chloe soltó una carcajada al otro lado de la línea. —Déjame adivinar, ¿vino a "preocuparse" por ti mientras dejaba caer sutilmente lo increíble que era cuando estaban juntas?

Emily no pudo evitar reír también. —Exactamente. Es como si tuviera un guion. "Recuerda quién estuvo contigo cuando ganaste". —Imitó la voz de Laura de manera exagerada, lo que provocó otra carcajada de Chloe.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Chloe, aún divertida.

—Que estoy construyendo algo mejor. Pero luego me fui corriendo antes de que pudiera soltar otro monólogo.

Chloe permaneció en silencio un momento, y cuando habló, su tono era más suave. —Emily, Laura siempre supo cómo meterse en tu cabeza. Pero lo que estás haciendo ahora no se trata de ella. Se trata de ti. Y, aunque parezca difícil, creo que sabes que estás en el camino correcto.

Emily dejó que las palabras de Chloe se asentaran en su mente. —Gracias, Chloe. Creo que necesitaba escuchar eso.

—Siempre. —respondió Chloe. —Además, si Laura vuelve a aparecer, avísame. Tengo un par de ideas para hacerle entender que no se meta contigo. ¿Qué te parece una emboscada de bolas de nieve?

Emily se echó a reír, sintiendo cómo la tensión empezaba a disiparse. —Definitivamente, contaré contigo para eso.

Chloe colgó poco después, y Emily dejó el móvil a un lado, sintiéndose más ligera. Laura podía aparecer todas las veces que quisiera, pero ya no tenía el poder que solía tener. Emily estaba cambiando, y, aunque el pasado seguía rondando, sabía que estaba lista para enfrentarlo.

* * *

Ruby estaba sentada en el gimnasio, con su tablet en mano, revisando los planes de entrenamiento de Emily mientras esperaba que llegara. Pero cuando Emily finalmente apareció, algo estaba fuera de lugar. Por lo general, Emily entraba con su característico andar seguro, lista

para enfrentarse al día. Hoy, sin embargo, parecía que había pasado la noche luchando contra un oso polar en su salón. Y no había ganado.

—Buenos días, campeona. —Ruby levantó la vista con una sonrisa, pero su tono cargado de sarcasmo habitual no logró arrancar ni un leve gesto de Emily. Eso era raro.

Emily dejó caer su bolsa al suelo con más dramatismo del necesario, se sentó en el banco frente a Ruby y dejó escapar un suspiro que podría haber apagado velas en tres bodas. Ruby levantó una ceja, cerrando su tablet con un clic deliberado. Cuando Emily actuaba así, siempre había una historia detrás.

—¿Qué pasó? ¿Te peleaste con el calentador otra vez? —preguntó Ruby, dejando la tablet a un lado. —¿O el microondas volvió a decidir que el café caliente es un lujo que no mereces?

Emily la miró, con esa mezcla de cansancio y frustración que Ruby empezaba a reconocer como señal de algo más profundo.

—No. —Emily respondió, con un tono que claramente decía “sí, pero no quiero hablar de ello”.

Ruby cruzó los brazos, inclinándose hacia adelante como si fuera un detective de interrogatorios.

—Vale, no es el calentador ni el microondas. ¿Entonces qué o quién te ha puesto esa cara?

Emily dudó por un momento, pero acabó mascullando.

—Laura.

Ruby observó a Emily mientras se hundía un poco más en el banco, como si el nombre “Laura” llevara consigo un peso que le costaba manejar. Aunque Ruby no tenía ni idea de quién era, estaba claro que no era alguien que trajera buenos recuerdos.

—¿Quién es Laura? —preguntó con cautela, inclinándose hacia adelante.

Emily cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, golpeándola suavemente contra la pared.

—Alguien que sabe exactamente cómo sacarme de mis casillas. Apareció ayer en el gimnasio.

Ruby asintió, dejando que Emily hablara a su ritmo.

—¿Y qué pasó?

Emily dejó caer su bolsa al suelo con más dramatismo del necesario y soltó un suspiro que podría haber apagado velas en tres bodas.

—Hizo lo que siempre hace: me dejó con esa sensación de que nunca voy a ser suficiente, como si todavía estuviera atrapada en el pasado con ella.

Ruby levantó una ceja, cerrando su tablet con un clic deliberado.

—Bueno, parece que sabe cómo presionar los botones, pero eso no significa que tengas que dejar que lo haga. ¿Qué te dijo?

Emily miró al suelo, jugando con una de las cintas de su bolsa.

—Básicamente insinuó que estoy perdida y que ella es la única persona que realmente me entiende.

Ruby respiró hondo, procesando las palabras. Aunque no conocía a Laura, el impacto que tenía sobre Emily era evidente.

—Mira, no voy a fingir que sé lo que significa Laura para ti —dijo Ruby con voz firme pero suave—, pero lo que sí sé es que nadie tiene el derecho de hacerte sentir así, especialmente ahora que estás avanzando.

Emily levantó la vista, sus ojos llenos de gratitud mezclada con duda.

—Lo sé, Ruby. Es solo que… a veces, siento que nunca seré lo suficientemente fuerte para dejar todo eso atrás.

Emily soltó una risa involuntaria, pero rápidamente volvió a fruncir el ceño. —Es como si tuviera un radar para aparecer justo cuando empiezo a sentir que estoy avanzando.

Ruby suspiró, pasando una mano por su propia melena, que hoy estaba atada en una coleta sencilla. —A ver, ¿quieres que la enfrente? Porque tengo unas zapatillas de entrenamiento que podrían hacer maravillas en su ego. O en sus pies, literalmente.

Emily rió, esta vez con más sinceridad, y Ruby sintió que había ganado un pequeño punto. Pero el humor no era suficiente para ignorar lo evidente: Laura estaba jugando con la mente de Emily, y eso no era algo que Ruby estuviera dispuesta a tolerar.

—Mira, no voy a decirte cómo sentirte. Pero lo que sí te voy a decir es que Laura no está aquí para ayudarte. Si realmente quisiera tu bienestar, no aparecería como un tornado emocional justo cuando estás progresando.

Emily levantó la vista, sus ojos llenos de gratitud mezclada con duda. —Lo sé, Ruby. Es solo que… a veces, siento que nunca seré lo suficientemente fuerte para dejar todo eso atrás.

Ruby se inclinó hacia ella, su voz más firme ahora. —Emily, ya eres más fuerte de lo que crees. ¿Sabes por qué? Porque cada día vienes aquí y luchas. Luchas contra tus miedos, contra tus inseguridades, y, sí, a veces contra los traumas del pasado. Laura es solo un recordatorio de lo que ya superaste, no una prueba de lo que eres ahora.

Emily asintió, dejando escapar un suspiro más tranquilo esta vez. —Gracias, Ruby. Creo que necesitaba escucharlo.

Ruby sonrió y volvió a levantarse. —Siempre. Ahora, deja de compadecerte y vamos a empezar con el entrenamiento.

Emily se levantó, sintiendo que una parte de la nube negra que había traído consigo empezaba a disiparse. Ruby siempre sabía cómo equilibrar el apoyo y el empujón necesario, y, aunque Laura seguía rondando en su mente, Emily se sentía más lista para enfrentarla.

* * *

Ruby sabía que el día iba a ser peculiar desde el momento en que Laura cruzó la puerta del gimnasio. No había tenido el placer (ni el disgusto) de conocerla en persona, pero las historias de Emily la habían pintado como alguien que podría hacer sombra a un huracán, y Laura no decepcionó. Entró con la confianza de quien cree que la vida es una alfombra roja diseñada exclusivamente para ella, sus tacones resonando en el suelo como un anuncio de tormenta.

Emily, casualmente, estaba atrapada en una conversación con un entrenador auxiliar, cuando Laura llegó, lo que significaba que Ruby tenía que enfrentarse a la "gran entrada". Laura se acercó, con una sonrisa que parecía diseñada para vender seguros de vida, y dirigió su mirada a Ruby, como si estuviera evaluándola.

—Tú debes ser Ruby. —Laura extendió una mano perfectamente manicura, pero su tono no tenía nada de amistoso.

Ruby, que ya estaba a la defensiva, aceptó el apretón de manos, aunque hizo un esfuerzo deliberado por no apretar demasiado. —Y tú eres Laura, supongo. He oído hablar de ti.

Laura inclinó la cabeza ligeramente, como si estuviera considerando si eso era un cumplido o un insulto. —Espero que cosas buenas. Emily y yo tenemos mucha historia. Una conexión difícil de explicar, ¿sabes?

Ruby sonrió, pero había un filo en su respuesta. —Oh, lo sé. A veces las conexiones más complicadas son las que mejor se dejan atrás.

Laura rió suavemente, pero sus ojos no se apartaron de Ruby, estudiándola como si buscara algo que criticar. —Bueno, me alegra que Emily tenga a alguien que la apoye, aunque no sea lo mismo que tener a alguien que la comprenda de verdad. Ya sabes, alguien que haya estado con ella en los momentos más importantes.

Ruby sintió que su paciencia se desgastaba, pero no iba a darle a Laura el gusto de mostrarse afectada. —Lo que importa ahora es quién está con ella para construir lo que viene, no lo que ya pasó. ¿No crees?

Laura ladeó la cabeza, dejando caer su bolso de diseño en el banco como si fuera un arma estratégica. —Supongo. Pero, ¿no es frustrante? Estar al margen, quiero decir. Viéndola luchar para volver a ser lo que era, pero sabiendo que nunca será exactamente igual. Tiene que ser difícil para alguien como tú.

Ruby sintió cómo una oleada de indignación crecía dentro de ella, pero en lugar de morder el anzuelo, decidió jugar su propia carta. —Difícil, no. Inspirador, definitivamente. Es increíble verla cada día dar un paso más hacia lo que quiere ser. Y estar allí para apoyarla es un privilegio, no una carga. Aunque entiendo que algunos lo vean diferente.

Laura parpadeó, claramente sorprendida por la respuesta de Ruby. Pero antes de que pudiera formular una réplica, Emily apareció, su rostro iluminándose al verlas… aunque esa expresión rápidamente se transformó en confusión.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Emily, mirando de una a otra como si estuviera evaluando una posible escena del crimen.

—Nada. —Ruby dijo con su tono habitual, recogiendo la tablet que había dejado en el banco. —Laura y yo solo estábamos hablando de lo increíble que eres.

Laura sonrió con su habitual dulzura artificial. —Es cierto. Es impresionante todo lo que estás logrando, Emily. Espero que sigas rodeándote de las personas adecuadas para que consigas lo que realmente mereces.

Emily frunció el ceño, claramente desconcertada por el tono de Laura, pero antes de que pudiera responder, Ruby le dio una palmada amistosa en el hombro. —Vamos, campeona. Es hora de trabajar en esos saltos. —Luego, se volvió hacia Laura con una sonrisa cortés pero firme. —Nos vemos, Laura. Fue… interesante conocerte.

Mientras Ruby y Emily se alejaban, Laura se quedó junto al banco, su sonrisa desvaneciéndose lentamente. Ruby no necesitaba mirar atrás para saber que Laura seguía observándolas. Y aunque el enfrentamiento había sido sutil, Ruby estaba segura de una cosa: esto no había terminado. Laura no iba a rendirse tan fácilmente, y Ruby tendría que estar preparada para proteger a Emily.

* * *

Mientras Ruby y Emily entrenaban, Ryan y Chloe observaban desde una esquina del gimnasio. Ambos habían estado “disimulando” su presencia mientras el pequeño duelo verbal entre Ruby y

Laura se desarrollaba. Claro que su idea de “disimular” consistía en esconderse detrás de una máquina de remo, lo que hacía que parecieran más sospechosos que cualquier espía amateur.

—¿Crees que Ruby va a necesitar refuerzos? —murmuró Ryan, apoyándose casualmente en la máquina mientras sus ojos seguían a Laura, que parecía estar evaluando su próximo movimiento como un tiburón en busca de presa.

—Ruby puede manejarla. —respondió Chloe, cruzándose de brazos y mirando a Ryan con una sonrisa. —Aunque no sé si lo mismo se puede decir de Emily. Está tan fuera de su elemento con Laura como un pingüino en un desierto.

Ryan se rió suavemente, aunque no podía evitar preocuparse por su hermana. —No me gusta que Laura esté aquí. Siempre supo cómo meterse en la cabeza de Emily, y ahora parece que Ruby es su próximo objetivo.

Chloe giró los ojos. —Laura es como un mosquito en verano: molesta, persistente, y probablemente difícil de eliminar sin un poco de drama. Pero no creo que Ruby se deje intimidar tan fácilmente.

Ryan suspiró, dejando que su mirada se deslizara hacia Emily, que ahora estaba hablando con Ruby mientras ajustaban algo en su rutina. —A veces siento que debería decirle algo a Emily. Ya sabes, darle una advertencia o al menos un recordatorio de lo tóxica que puede ser Laura.

Chloe negó con la cabeza, con una sonrisa que mostraba una mezcla de diversión y exasperación. —Sí, claro. Porque lo que Emily necesita ahora mismo es que su hermano mayor irrumpa en su vida sentimental con consejos no solicitados. Seguro que lo aprecia.

Ryan levantó las manos en señal de rendición. —Vale, tienes razón. Pero no puedo evitar preocuparme. Especialmente ahora que… —Se interrumpió, dándose cuenta de que estaba a punto de pisar terreno delicado.

Chloe arqueó una ceja, claramente intrigada. —¿Ahora que qué?

Ryan la miró, y por un momento, consideró decir la verdad. Que parte de su preocupación no era solo por Emily, sino también porque él mismo estaba atrapado en un torbellino de emociones complicadas. Que cada vez que Chloe lo miraba de esa manera, se sentía como si estuviera en la cima de una montaña a punto de lanzarse al vacío. Pero en lugar de admitirlo, simplemente se encogió de hombros.

—Nada. Es solo que no quiero que vuelva a pasar por lo mismo de antes.

Chloe lo observó por un momento más, como si supiera que había algo más bajo la superficie, pero decidió no presionar. En cambio, se inclinó hacia él, con una sonrisa juguetona.

—¿Sabes qué creo? Que deberíamos hacer un pacto de silencio. —dijo, extendiendo una mano hacia él.

Ryan levantó una ceja. —¿Un pacto de silencio? ¿Sobre qué?

Chloe rodó los ojos de nuevo, aunque su sonrisa permanecía. —Sobre todo esto. Laura, Ruby, Emily. Nosotros no intervenimos a menos que sea absolutamente necesario. ¿De acuerdo?

Ryan la miró, considerando la oferta. Sabía que tenía razón. Emily tenía suficiente con lo que estaba enfrentando, y lo último que necesitaba era que ellos se metieran en el medio. Finalmente, tomó la mano de Chloe y la estrechó.

—De acuerdo. Pero si Laura empieza a traer monólogos dramáticos sobre “lo que pudo haber sido”, me reservo el derecho de intervenir. —bromeó Ryan, con una sonrisa que finalmente aligeró el ambiente.

Chloe rió, dejando que su mano permaneciera en la de Ryan un momento más de lo necesario antes de retirarla. —Hecho. Ahora, ¿crees que Ruby necesita que le llevemos un café o algo? Porque si va a seguir enfrentándose a Laura, va a necesitar toda la cafeína que pueda conseguir.

Ryan rió mientras ambos se dirigían hacia la cafetería del gimnasio, dejando atrás las tensiones de Laura por un momento. Sin embargo, en el fondo, tanto Ryan como Chloe sabían que el pacto de silencio no era solo sobre Emily. Era también sobre ellos, sobre los sentimientos que ambos habían decidido guardar en secreto… por ahora.

8

Progreso y Recaída

El gimnasio ese día tenía un aire distinto, como si el universo entero hubiera decidido hacerle un guiño a Emily. Había algo en el aire, una sensación que no podía describir, pero que la llenaba de una energía que llevaba semanas sin sentir. Ruby, como siempre, estaba allí, observando cada movimiento de Emily con esa calma que solo ella poseía, mientras Emily trataba de procesar lo que estaba a punto de suceder.

—Hoy, Emily, vamos a trabajar algo nuevo. —Ruby dijo con esa voz segura que tanto la molestaba y la tranquilizaba al mismo tiempo. —Hoy vamos a poner a prueba tu resistencia máxima.

Emily, que ya conocía esa mirada de “te voy a empujar más allá de lo que crees”, miró las pesas con escepticismo. —¿Resistencia máxima? ¿Esto significa que el día de hoy va a acabar con mí rodando por el suelo como una tortilla mal hecha? Porque, si es así, prefiero tomar una siesta.

Ruby sonrió con una sonrisa que no podía ser más fría. —No, hoy vamos a trabajar para que puedas verte en el espejo y decir, con orgullo, “soy una campeona”. Sin excusas.

Emily soltó una risa irónica. —Soy campeona… de hacerme daño. Eso está claro.

Ruby no contestó. En lugar de eso, le indicó que se colocara en una máquina de press de piernas, la que Emily siempre había mirado con miedo, como si fuera una antigua máquina de tortura medieval. Emily se tumbó en la máquina, mirando el peso que Ruby había preparado, y no pudo evitar sentir una mezcla de incredulidad y terror.

—¿Estás segura de que esto no es un plan de venganza, Ruby? Porque no te veo preparando nada que no implique algún tipo de sufrimiento físico.

Ruby la miró sin perder la compostura. —Claro que es un plan de venganza. Pero en vez de torturarte, te voy a hacer más fuerte. Y eso, Emily, es mucho más peligroso.

Emily no tenía respuesta. Lo sabía. Ruby siempre tenía razón, aunque eso fuera lo último que quería admitir. Tomó un profundo respiro y, con una concentración que no sabía que tenía, comenzó la serie de repeticiones. Al principio, todo parecía fácil… hasta que no lo fue. El peso comenzó a sentirse más y más pesado, sus piernas temblaban, y cada repetición era una lucha contra sus propios límites. Pero, en el fondo, algo en su interior le decía que debía seguir.

—Bien, bien… no tan mal. —Ruby observó mientras Emily completaba las repeticiones. —Ahora, subimos el peso.

Emily la miró como si hubiera pronunciado una maldición. —¿Subir el peso? ¿Por qué no nos conformamos con lo que ya hemos hecho? He pasado más tiempo en esta máquina que en todo el gimnasio, y mis piernas están a punto de convertirme en una estatua de sal.

Ruby, imperturbable, ajustó el peso y le indicó que lo intentara. —Porque, Emily, nunca sabrás hasta dónde puedes llegar si no sigues empujando tus límites.

Y lo hizo. Después de lo que parecieron horas, Emily logró completar el ejercicio con éxito, aunque sus piernas no parecían tan dispuestas a cooperar en ese momento. Se tumbó en la colchoneta, agotada pero satisfecha de alguna forma extraña.

Ruby observó mientras Emily respiraba pesadamente, con una expresión que ni ella misma comprendía.

—Te lo dije, ¿verdad? —Ruby comentó con una sonrisa satisfecha. —Todo es cuestión de no rendirse. Aunque te dé miedo, aunque tus músculos griten… lo que cuenta es seguir. Y lo lograste.

Emily miró a Ruby, completamente exhausta, pero no pudo evitar sonreír, aunque fuera levemente. —Tienes una forma… única de hacerme sentir como si hubiera corrido una maratón mientras arrastro un elefante.

Ruby se encogió de hombros, como si fuera la cosa más normal del mundo. —Es el plan. Yo te hago sentir todo eso para que, cuando llegues al final, te des cuenta de que puedes hacerlo. Todo.

—Lo peor es que lo logré. —Emily rió entre jadeos, algo que Ruby rara vez la había escuchado hacer. —¿Y ahora qué? ¿Me haces correr una maratón de 42 kilómetros?

Ruby sonrió, más satisfecha con el progreso de lo que quería admitir. —Por ahora, podemos dejar la maratón para otro día. Pero, Emily… créeme, aún hay más por lograr. Y lo mejor está por venir.

Emily, mirando hacia el techo, sintió una rara sensación de alivio. No estaba allí aún, pero había dado un gran paso. La pelea estaba lejos de terminar, pero, tal vez, por primera vez en

mucho tiempo, se sentía capaz de ganar.

* * *

Emily estaba sentada en el café frente al gimnasio, sus manos rodeando una taza de té que hacía rato había dejado de estar caliente. Afuera, la nieve caía en suaves copos que parecían no tener prisa, al igual que sus pensamientos, que se movían a un ritmo lento y pesado. Había terminado un entrenamiento especialmente duro, y su mente estaba tan agotada como su cuerpo.

Laura apareció como un destello entre el blanco y gris del paisaje, vistiendo un abrigo azul elegante que contrastaba con la simplicidad del lugar. Emily la vio antes de que entrara, pero no tuvo la energía para levantarse o marcharse. Parte de ella quería enfrentarla; otra parte no estaba segura de si tenía las palabras correctas.

Laura cruzó la puerta del café como si fuera un escenario, con la misma seguridad teatral que siempre había tenido. Al verla, Emily soltó un suspiro y se enderezó en su silla, preparándose para lo que venía.

—Espero que no te importe que me una —dijo Laura, sentándose frente a Emily antes de que esta pudiera decir algo.

Emily alzó una ceja. —Bueno, parece que no tengo elección.

Laura sonrió, como si el comentario hubiera sido un cumplido. —Siempre fuiste tan divertida. Es una de las cosas que más extraño de ti, ¿sabes? Esa chispa que tienes.

Emily soltó una risa seca. —¿De verdad? Porque no parecía que lo apreciaras mucho la última vez que hablamos.

Laura inclinó la cabeza, como si estuviera evaluando sus palabras. —Quizás no lo demostré lo suficiente. Pero es por eso que estoy aquí. Quiero arreglar las cosas entre nosotras, Emily. Sé que terminé las cosas de una manera que no fue justa para ti. Pero… quiero empezar de nuevo.

Emily parpadeó, sorprendida por la declaración. Había esperado manipulación, comentarios pasivo-agresivos, incluso un poco de drama, pero no esto. —¿Estás diciendo que quieres volver? —preguntó, con incredulidad.

Laura se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con intensidad. —No estoy diciendo que sea fácil. Pero lo que teníamos… era especial. ¿Recuerdas cómo era cuando trabajábamos juntas? Tú ganando, yo apoyándote en cada paso. Éramos un equipo, Emily. Uno bueno.

Emily se quedó en silencio, mirando su taza como si las hojas de té pudieran darle una respuesta. Era cierto que habían tenido buenos momentos. Laura sabía cómo entrar en su mente,

cómo apoyarla cuando lo necesitaba. Pero también sabía cómo hacer que todo girara a su alrededor, y Emily había tenido suficiente de eso.

—Laura, no niego que tuvimos algo especial. —Emily dijo finalmente, levantando la mirada para enfrentarse a ella. —Pero lo que tenía que terminar, terminó. Estoy en un lugar diferente ahora. Estoy tratando de construir algo nuevo, y no creo que podamos volver atrás.

Laura no perdió la compostura, aunque la sonrisa en su rostro se volvió un poco más rígida. —¿Algo nuevo? ¿Con Ruby? —preguntó, su tono cuidadosamente casual, pero con un filo que no pasó desapercibido para Emily.

Emily frunció el ceño. —Esto no tiene nada que ver con Ruby. Tiene que ver conmigo. Con lo que quiero para mi vida.

Laura asintió lentamente, pero había algo calculado en sus movimientos. —Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti. Si decides que lo que estás buscando no es lo que esperabas, sabes dónde encontrarme.

Emily soltó un suspiro, sintiendo que las palabras de Laura, aunque en apariencia bien intencionadas, eran una trampa. —Gracias, pero no creo que sea necesario.

Laura sonrió, como si no hubiera escuchado el rechazo. —Bueno, nunca se sabe. A veces las cosas que pensábamos que habíamos dejado atrás son las que más necesitamos.

Con esas palabras, Laura se levantó, dejándole la cuenta del café a Emily sin siquiera mirar atrás. Emily la observó marcharse, sintiendo una mezcla de alivio y frustración. Sabía que Laura no iba a rendirse tan fácilmente, pero también sabía que no podía permitir que volviera a meterse en su cabeza.

Mientras la puerta del café se cerraba, Emily se prometió que esta vez sería diferente. No iba a dejar que el pasado definiera su futuro. Aunque, en el fondo, sabía que el mayor desafío aún estaba por venir.

* * *

Ruby estaba en su pequeño despacho del gimnasio, organizando las notas de los entrenamientos de Emily, aunque en realidad llevaba diez minutos mirando el mismo documento sin procesarlo. Desde la reaparición de Laura, algo en el ambiente había cambiado, y Ruby lo sentía en cada interacción con Emily. Las bromas fáciles, las conversaciones casuales… todo parecía tener un peso adicional, como si el pasado de Emily estuviera colándose entre ellas.

Cuando Emily entró en el despacho, con su típica energía agotada después del entrenamiento, Ruby se obligó a enderezarse y poner su mejor sonrisa profesional. No quería que Emily notara el torbellino de pensamientos que había estado reprimiendo.

—¿Lista para mañana? —preguntó Emily, dejando caer su mochila en el suelo como si fuera una declaración de guerra contra el desorden.

Ruby asintió, sin levantar la vista de la tablet que había estado usando como un escudo. —Sí. He ajustado los ejercicios para trabajar más en tus giros. Tus aterrizajes necesitan un poco más de estabilidad.

Emily frunció el ceño, notando el tono distante de Ruby, pero decidió no mencionarlo. —Perfecto. —Se dejó caer en una silla frente a Ruby, estirándose como si su cuerpo entero quisiera escaparse del cansancio. —Laura vino al café después del entrenamiento.

Ruby no pudo evitar la ligera rigidez en sus hombros, aunque rápidamente se obligó a relajarse. —¿Ah, sí? —respondió, manteniendo su tono neutral.

Emily asintió, apoyando los codos en sus rodillas. —Intentó… ya sabes, lo típico. Hacerme una oferta. Hablar del pasado como si pudiéramos retomar donde lo dejamos.

Ruby soltó un suspiro, esta vez sin ocultarlo. Sabía que no debía opinar demasiado, pero la frustración comenzaba a filtrarse en su voz. —¿Y qué le dijiste?

—Que no. —Emily respondió con un encogimiento de hombros, como si fuera la respuesta más obvia del mundo. —Le dejé claro que estoy enfocada en seguir adelante.

Ruby asintió lentamente, pero algo en la respuesta de Emily no la convenció del todo. Había demasiada calma, demasiada facilidad en sus palabras, como si no quisiera profundizar en lo que realmente sentía.

—Eso es bueno. —Ruby dijo, con una sonrisa tensa. —Es importante que te mantengas enfocada. No solo en tu recuperación, sino en lo que realmente quieres para tu vida.

Emily frunció el ceño, inclinándose un poco hacia adelante. —Ruby, ¿está todo bien? Pareces… distante.

Ruby dudó un momento, su mente debatiendo si debía hablar con franqueza o mantener la profesionalidad. Finalmente, optó por lo segundo. —Todo está bien. Solo quiero asegurarme de que no pierdas de vista tus metas. Laura tiene un talento para meterse tu cabeza, y no quiero que eso te distraiga.

Emily la miró, intentando descifrar la emoción detrás de sus palabras, pero Ruby ya había regresado a la tablet, tecleando como si el éxito de Emily dependiera de cada una de esas anotaciones.

—No me distraerá. —Emily respondió finalmente, con un tono más bajo. —Confío en ti, Ruby. Más de lo que confío en nadie.

Ruby levantó la vista al escuchar esas palabras, y por un momento, sus ojos se encontraron con los de Emily. Había algo tan genuino, tan vulnerable en su voz, que Ruby sintió cómo la distancia que había intentado imponer se tambaleaba.

—Gracias, Emily. Eso significa mucho. —Ruby respondió con sinceridad, pero rápidamente desvió la mirada, volviendo a su fachada profesional. —Ahora, descansa. Mañana va a ser un día largo.

Emily asintió, recogiendo su mochila y dirigiéndose hacia la puerta. Justo antes de salir, se detuvo y miró a Ruby una última vez. —Buenas noches, Ruby.

—Buenas noches, Emily. —Ruby respondió, sin apartar los ojos de la tablet.

Cuando la puerta se cerró, Ruby dejó caer la tablet sobre el escritorio, soltando un suspiro que parecía salir desde lo más profundo de su pecho. Sabía que estaba haciendo lo correcto al mantener cierta distancia. Emily tenía que resolver sus propios conflictos, y Ruby no quería ser una complicación adicional. Pero, al mismo tiempo, no podía ignorar el peso de lo que sentía.

“Esto no puede complicarse más”, pensó Ruby, aunque en el fondo sabía que las cosas ya estaban mucho más complicadas de lo que quería admitir.

* * *

Emily estaba en su cabaña, sentada en el suelo del salón, rodeada de un caos de papeles, ropa de entrenamiento y una bolsa de patatas fritas que había jurado no abrir. Pero, como tantas promesas que se hacía últimamente, esa también se había roto. Con cada crujido de las patatas, parecía que su mente se sumía más en el dilema que la estaba devorando.

Por un lado, estaba Laura, con su carisma y su habilidad para envolver las palabras en una especie de bruma nostálgica que hacía que cualquier decisión racional se sintiera borrosa. Por otro, estaba Ruby, cuya presencia calmante era como una brújula emocional, siempre apuntando hacia un norte que Emily aún no terminaba de entender del todo. Y luego estaba ella misma, atrapada en el medio, intentando decidir si mirar al pasado, al futuro, o simplemente esconderse debajo de una manta hasta que todo pasara.

El timbre sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Emily se levantó a regañadientes, dejando un rastro de migas a su paso, y abrió la puerta para encontrarse con Chloe, cargando una bolsa de lo que parecía ser comida reconfortante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Emily, aunque su tono no tenía ni un ápice de molestia. Si alguien podía lidiar con su caos mental, era Chloe.

—Salvándote de ti misma, como siempre. —Chloe entró sin invitación, dejando la bolsa en la mesa y mirándose alrededor. —¿Qué demonios ha pasado aquí? ¿Un tornado emocional o un concurso de auto-sabotaje?

Emily suspiró, cerrando la puerta detrás de ella. —Un poco de ambos, creo. Estoy… pensando.

Chloe levantó una ceja mientras desempacaba un arsenal de helado, galletas y una botella de vino. —¿Pensando o torturándote mentalmente? Porque, honestamente, suena más a lo segundo.

Emily se dejó caer en el sofá, enterrando la cara entre las manos. —Es Laura. No puedo dejar de darle vueltas. Me hace dudar de todo.

Chloe se sentó frente a ella, con una mirada seria pero compasiva. —Mira, entiendo que Laura tiene ese talento especial para hacerte cuestionar hasta qué calcetines usar, pero no puedes permitir que controle tu vida de nuevo. Ya no eres la misma Emily que era vulnerable a sus encantos manipuladores.

Emily levantó la mirada, con un toque de humor en los ojos. —¿Encantos manipuladores? Suena como el título de un reality show.

Chloe sonrió, abriendo la botella de vino con una facilidad que solo una veterana de las noches de crisis podía tener. —"Encantos Manipuladores: La ex que no puedes sacarte de la cabeza". Es un éxito garantizado. Pero hablando en serio, ¿qué es lo que realmente quieres? Porque si sigues permitiendo que Laura te confunda, nunca sabrás hacia dónde estás yendo.

Emily tomó una copa de vino y suspiró. —No sé. Laura me hace sentir como si todo lo que hice antes del accidente fuera lo único valioso que tengo. Pero Ruby… Ruby me hace sentir que puedo volver a ser alguien. Que no importa cómo sea mi futuro, sigue valiendo la pena.

Chloe inclinó la cabeza, observándola con una sonrisa suave. —Entonces creo que ya tienes tu respuesta. Laura es tu pasado, Emily. Un pasado que, sí, tuvo cosas buenas, pero que también te hizo daño. Ruby, en cambio, está aquí. Te apoya sin condiciones, sin exigencias. Y si ella puede verte como la persona increíble que eres ahora, ¿por qué no puedes hacerlo tú también?

Emily se quedó en silencio, dejando que las palabras de Chloe calaran profundamente. Finalmente, asintió. —Tienes razón. Es hora de dejar atrás lo que fue y enfocarme en lo que está por venir.

Chloe levantó su copa, sonriendo. —Eso es lo que quería escuchar. Ahora, brindemos por tu futuro brillante y por el hecho de que, con suerte, mañana recogerás esas migas de patatas del

suelo antes de que alguien las pise.

Emily rió, levantando su copa también. Por primera vez en días, sintió que había dado un paso en la dirección correcta. Laura podía quedarse en el pasado. Y Ruby… bueno, Ruby merecía ser parte de su presente.

* * *

En el gimnasio, Ruby estaba ajustando las cuerdas de resistencia cuando escuchó un par de risas demasiado familiares cerca de la sala de entrenamiento. Giró la cabeza y allí estaban Chloe y Ryan, tratando de no parecer sospechosos mientras se pasaban un termo de café como si estuvieran en una misión secreta.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó Ruby con un tono casual, aunque ya sospechaba que había algo más que café en juego.

Chloe levantó el termo, sonriendo ampliamente. —¡Nada! Solo estamos compartiendo el mejor café que Ryan ha traído hoy. ¿Verdad, Ryan?

Ryan asintió, aunque su sonrisa tenía un toque de nerviosismo. —Sí, claro. Solo café… y, eh, solidaridad. Solidaridad con el equipo.

Ruby entrecerró los ojos, dejando caer las cuerdas a un lado y cruzando los brazos. —Solidaridad, ¿eh? ¿Eso es lo que llaman ahora a pasar tanto tiempo juntos que podría confundiros con siameses?

Chloe soltó una risa que intentaba parecer relajada, pero era demasiado forzada. —Oh, por favor. Es pura coincidencia. Estamos aquí porque… bueno, Emily necesita apoyo, ¿verdad? ¡Estamos siendo buenos amigos!

Ruby levantó una ceja, y en ese momento, Chloe y Ryan parecían más culpables que un par de niños atrapados con las manos en el tarro de galletas.

—Vale, basta. ¿Qué está pasando? —insistió Ruby, acercándose con una sonrisa que claramente decía que no iba a aceptar más evasivas.

Ryan miró a Chloe, y Chloe miró a Ryan. Finalmente, Chloe levantó las manos como si se estuviera rindiendo. —¡Está bien, está bien! ¡Ryan y yo estamos juntos!

Ruby parpadeó, sorprendida, pero luego dejó escapar una carcajada. —¿Eso era todo? ¿De verdad pensabais que no me iba a dar cuenta? Sois tan discretos como una alarma de incendios.

Ryan frunció el ceño, cruzando los brazos. —Pensábamos que estábamos siendo cuidadosos. ¿Cómo te diste cuenta?

Ruby señaló a Chloe, que ahora estaba mordiendo nerviosamente la tapa del termo. —Por un lado, Chloe no puede dejar de sonreír cada vez que estás cerca. Y tú, Ryan, pareces siempre encontrar una excusa para estar donde ella está. Francamente, he visto telenovelas con menos señales.

Chloe se echó a reír, quitándose la tapa del termo de la boca. —Vale, lo admito, no somos precisamente maestros del sigilo. Pero queríamos mantenerlo en secreto porque, bueno… Emily.

Ruby arqueó una ceja, interesada. —¿Qué pasa con Emily?

Ryan se pasó una mano por el pelo, claramente incómodo. —Es su mejor amiga y su hermano. No queremos que piense que estamos haciendo algo a sus espaldas. Queremos que lo sepa… pero en el momento adecuado.

Ruby asintió, entendiendo la situación. —Bueno, os daré un consejo. Emily tiene un radar para las cosas importantes, así que será mejor que se lo digáis antes de que lo descubra sola. O, peor aún, antes de que Laura lo use como munición en una de sus intervenciones dramáticas.

Chloe suspiró, pero había gratitud en su mirada. —Gracias, Ruby. Y prometo que lo manejaremos bien.

Ruby sonrió, dándoles una palmada en los hombros. —Solo aseguraos de no hacer cosas como compartir un termo sospechoso en el gimnasio. ¿De acuerdo?

Ryan y Chloe asintieron, esta vez riendo de verdad. Mientras se alejaban, Ruby los observó con una sonrisa. A pesar de todo, era bueno ver que el amor seguía encontrando formas de colarse en las vidas de las personas, incluso en los momentos más caóticos.

9

Reafirmación de Emily

El despertador sonó a las seis de la mañana con un estruendo que parecía salido de una película de catástrofes naturales. Emily, que llevaba semanas levantándose más tarde de lo que solía, casi lo apaga de un manotazo antes de recordar por qué lo había programado. Hoy iba a ser diferente. Hoy tomaba el control.

Se levantó con la gracia de un pingüino aprendiendo a caminar, tambaleándose hacia la cocina mientras murmuraba algo sobre la crueldad de las mañanas frías. El café fue su primera victoria del día. Lo preparó sin derramarlo por toda la encimera, un logro que celebró con un pequeño brindis solitario hacia la cafetera.

Mientras bebía el primer sorbo, miró por la ventana. Afuera, la nieve cubría todo con un manto blanco perfecto. Era como si el mundo le estuviera diciendo: “Emily, hoy es el día para empezar de nuevo”. O tal vez era solo el efecto del café despertando su optimismo.

Después de desayunar, Emily se puso el equipo de entrenamiento. Hoy no era día de gimnasios. Hoy iba a enfrentar la pista de esquí por primera vez desde el accidente, aunque fuera solo para observarla. Sentía que si no daba ese paso, jamás podría avanzar de verdad.

Llegó a la estación de esquí temprano, cuando apenas había un par de personas deslizando sus tablas en las colinas cercanas. La pista principal, la que había sido su campo de batalla y su mayor escenario, estaba ahí, tan imponente como siempre. Emily la miró, sintiendo una mezcla de miedo y determinación.

—Bueno, aquí estamos otra vez —murmuró para sí misma, ajustando el gorro y respirando profundamente.

Decidió caminar cerca de la base de la pista, observando cada curva, cada pendiente. Los recuerdos empezaron a invadirla: las veces que había volado sobre la nieve con una confianza

inquebrantable, los aplausos de la multitud, las palabras de aliento de sus entrenadores. Pero también llegaron los recuerdos más oscuros: el accidente, el dolor, la sensación de pérdida.

De repente, notó una figura conocida acercándose. Ruby, con su chaqueta roja y una sonrisa que era un faro en cualquier tormenta, apareció cargando un termo. Emily levantó una ceja.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Emily, sorprendida.

Ruby levantó el termo, sonriendo. —Digamos que tengo un sexto sentido para saber cuándo alguien está a punto de hacer algo importante. ¿Café?

Emily rió, aceptando el termo. —Siempre. ¿Qué haría sin ti?

—Probablemente beberías café peor. —Ruby bromeó, mirando hacia la pista. —¿Lista para enfrentarlo?

Emily suspiró, dejando que el calor del café la tranquilizara. —No estoy segura. Pero creo que si no lo intento, nunca lo estaré.

Ruby asintió, su expresión más seria ahora. —No tienes que hacerlo todo hoy. Solo estar aquí ya es un paso enorme. Y cada paso que des es una victoria. Aunque sea un paso pequeño. O uno torpe. He visto tus pasos torpes, por cierto.

Emily rió, aunque había lágrimas en sus ojos. —Gracias, Ruby. En serio. No sé si estaría aquí sin ti.

Ruby sonrió, colocando una mano en el hombro de Emily. —Siempre. Pero ahora deja de agradecerme y mira hacia arriba. Esa pista no se va a enfrentar sola.

Emily respiró hondo, levantando la vista hacia la pista una vez más. Ruby tenía razón. No tenía que conquistarlo todo hoy, pero sí tenía que dar el primer paso. Con un último sorbo de café, Emily dejó el termo en manos de Ruby y comenzó a caminar hacia el inicio de la pista.

—¡Por cierto! —gritó Ruby detrás de ella. —Si gritas “¡Soy la reina del mundo!” al deslizarte, prometo no reírme. Bueno, al menos no mucho.

Emily rió mientras se alejaba. Tal vez, solo tal vez, Ruby tenía razón. Hoy no era el día para ser perfecta, pero sí era el día para empezar a ser ella misma otra vez.

* * *

Emily ajustó sus gafas de esquí mientras intentaba calmar la maraña de pensamientos en su mente. El aire frío de la montaña era intenso, pero en cierto modo, también resultaba reconfortante. Ruby estaba a su lado, con su chaqueta roja brillante y esa sonrisa que parecía capaz de disipar cualquier nube de duda.

—¿Lista? —preguntó Ruby, inclinándose hacia ella. Su voz era tranquila, como si no estuvieran a punto de enfrentarse a lo que, para Emily, era el equivalente emocional de escalar una montaña sin cuerda.

Emily tragó saliva, mirando hacia abajo. La pista que había conquistado tantas veces en el pasado ahora parecía casi intimidante, como un monstruo al que no estaba segura de poder domar. Pero no iba a dejar que eso la detuviera. No esta vez.

—No. —dijo, con una sonrisa nerviosa que no llegó a sus ojos. —Pero vamos allá.

Ruby rio suavemente y le dio una palmada en el hombro.

—Esa es la actitud. Además, si caes, yo estoy justo aquí para reírme. O ayudarte. Tal vez ambas cosas.

Emily dejó escapar una risa nerviosa y empujó con los bastones. Al principio, sus movimientos eran rígidos, como si su cuerpo hubiera olvidado todo lo que una vez sabía. Las piernas le temblaban mientras intentaba mantener el equilibrio, y cada pequeño giro parecía un desafío titánico. Sentía los latidos de su corazón en los oídos, un recordatorio constante del miedo que todavía la atenazaba.

El viento le golpeaba el rostro, frío y despiadado, pero empezó a cambiar. Poco a poco, el miedo comenzó a disiparse, reemplazado por una sensación conocida: la conexión entre su cuerpo, la nieve y la pendiente. Los músculos, aunque todavía tensos, empezaron a recordar los movimientos que antes habían sido tan naturales. Sus giros se volvieron más fluidos, y con cada segundo que pasaba, la tensión en su pecho se aflojaba.

Ruby la seguía de cerca, observando cada movimiento con atención. Aunque estaba lista para intervenir si algo iba mal, se dio cuenta de que no hacía falta. Emily estaba enfrentando su miedo, y lo estaba superando. No perfectamente, pero con determinación.

Cuando Emily llegó al final de la pista, se detuvo bruscamente, respirando con dificultad. Sus mejillas estaban rosadas por el frío y el esfuerzo, pero sus ojos brillaban con algo que no sentía desde hacía mucho tiempo: orgullo.

—Lo hice. —susurró, casi para sí misma. Luego, más fuerte, como si necesitara escucharlo en voz alta: —¡Lo hice!

Ruby llegó junto a ella, quitándose las gafas con una sonrisa que parecía abarcar todo el valle.

—Sabía que lo harías. Nunca tuve dudas.

Emily se giró hacia ella, con una mezcla de incredulidad y euforia en el rostro.

—¿Sabes qué? No ha sido tan terrible. Aunque tengo que admitir que durante los primeros diez segundos estaba segura de que iba a morir.

Ruby rio, cruzándose de brazos.

—Bueno, si puedes sobrevivir a esos diez segundos, puedes sobrevivir a cualquier cosa.

Emily respiró hondo, mirando hacia la pista que acababa de conquistar. Era solo una bajada, pero para ella, había significado mucho más. Había sido el primer paso hacia recuperar algo que creía perdido.

—Gracias, Ruby. —dijo Emily, con una voz más suave esta vez. —Por estar aquí. Por no dejarme retroceder.

Ruby sonrió, inclinándose hacia ella con fingida solemnidad.

—Es lo que hago, ¿recuerdas? Pero, por cierto, si sigues agradeciéndomelo, voy a empezar a cobrar por hora.

Emily rió, y en ese momento, algo dentro de ella pareció desbloquearse. Miró hacia la cima de la pista, hacia las colinas nevadas que tanto miedo le habían dado, y sintió que el futuro ya no era tan aterrador.

Ruby rompió el silencio con una sonrisa traviesa.

—¿Lista para otra vuelta o prefieres una sesión de café épico? Aunque te aviso, la segunda bajada es más fácil porque ya sabes que no te vas a morir.

Emily rio, sintiendo cómo su corazón volvía a latir con fuerza, pero esta vez no era miedo, era emoción.

—Vamos a intentarlo otra vez.

Y con eso, Emily y Ruby se prepararon para subir de nuevo, porque lo importante no era solo esa bajada, sino el hecho de que cada paso que daba, Emily volvía a encontrarse consigo misma.

* * *

Ruby estaba organizando el equipo de entrenamiento en el gimnasio de la estación cuando la sintió antes de verla. Era como un cambio en la presión del aire, una sensación que solo podía significar una cosa: Laura había llegado. Giró lentamente, y allí estaba, entrando con la misma confianza teatral que parecía haber patentado, con un abrigo perfectamente ajustado y una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Ruby, —Laura dijo, acercándose con paso seguro. —Me preguntaba si podríamos hablar.

Ruby dejó caer las pesas que sostenía en el suelo con un golpe seco. —Claro. ¿De qué quieres hablar? —respondió, su tono educado pero con una pizca de reticencia.

Laura sonrió, como si estuviera a punto de dar un discurso que había ensayado frente al espejo. —De Emily, por supuesto. He notado que… estás bastante involucrada en su recuperación.

Ruby cruzó los brazos, inclinando ligeramente la cabeza. —Es mi trabajo. Soy su fisioterapeuta, y estoy aquí para ayudarla a volver a su mejor forma. ¿Qué hay de extraño en eso?

—Nada extraño. —Laura respondió, aunque su sonrisa se volvió un poco más afilada. —Solo creo que tal vez no entiendes completamente quién es Emily. Quiero decir, has llegado después de todo lo que ha pasado. No has visto lo que era capaz de hacer, lo que significaba para ella ganar. Yo estuve allí desde el principio.

Ruby mantuvo su compostura, aunque notó cómo su mandíbula se apretaba. —No necesito haber estado en el principio para saber quién es Emily ahora. Y lo que importa no es lo que fue, sino lo que está tratando de ser.

Laura dio un paso más cerca, invadiendo el espacio personal de Ruby. —Eso es admirable, pero ¿realmente crees que puedes darle lo que necesita? Emily es una competidora nata. Lo que la mueve es ser la mejor, y no sé si… bueno, si alguien como tú puede entender eso.

Ruby soltó una risa corta, aunque no había nada divertido en ella. —¿Alguien como yo? ¿Te refieres a alguien que está aquí, ayudándola a levantarse después de que la dejaron caer?

Laura se tensó, pero su sonrisa no flaqueó. —Solo digo que Emily necesita a alguien que entienda lo que significa la presión de estar en la cima, alguien que pueda recordarle lo que era antes de todo esto.

Ruby dio un paso hacia adelante esta vez, enfrentándose a Laura sin titubear. —Lo que Emily necesita es alguien que la apoye en lo que quiere ser ahora, no alguien que la encierre en su pasado. Si no puedes verlo, entonces tal vez eres tú quien no la entiende.

El aire entre ellas se volvió más pesado, como si la tensión pudiera cortar la atmósfera del gimnasio en dos. Laura abrió la boca para responder, pero en ese momento, Emily apareció desde el vestuario, deteniéndose en seco al verlas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirando de una a otra, claramente incómoda.

Ruby dio un paso atrás, suavizando su postura y mostrando una sonrisa tranquila. —Nada importante. Laura y yo solo estábamos intercambiando opiniones. ¿Verdad, Laura?

Laura, aunque visiblemente molesta, se recompuso rápidamente. —Por supuesto. Solo quería asegurarme de que estás en buenas manos, Emily.

Emily los miró a ambas, claramente sospechando que había algo más bajo la superficie, pero decidió no indagar. —Bueno, gracias por preocuparte, Laura. Pero estoy bien. Ruby ha sido increíble.

Ruby sintió un calor inesperado en su pecho al escuchar esas palabras, pero se obligó a mantener la calma. Laura, por su parte, pareció perder algo de su confianza habitual.

—Por supuesto. Siempre quiero lo mejor para ti. —Laura dijo con un tono más suave, antes de mirar a Ruby una última vez y dirigirse hacia la salida.

Cuando Laura se fue, Emily se volvió hacia Ruby, con una mezcla de curiosidad y preocupación. —¿Estás bien? Parecía… intensa.

Ruby sonrió, encogiéndose de hombros. —Nada que no pueda manejar. Ahora, vamos a trabajar en esos giros.

Emily asintió, pero no pudo evitar mirar hacia la puerta por donde Laura había salido. Ruby, mientras tanto, sabía que el enfrentamiento con Laura había sido solo una pequeña batalla en una guerra más grande. Pero también sabía algo más: estaba dispuesta a pelear por Emily, por lo que ella quería, y por lo que estaba empezando a significar para ambas.

* * *

El día había sido largo, y la estación de esquí comenzaba a vaciarse. Emily y Ruby estaban sentadas en el banco de madera frente a la pista, con un termo compartido entre ellas y las mejillas todavía rosadas por el frío. El cielo se teñía de naranja y rosa, como si incluso el invierno hubiera decidido ser amable por una vez.

—¿Sabes? No puedo recordar la última vez que me sentí así. —Emily dijo, rompiendo el silencio. —Como si todo estuviera… en su lugar.

Ruby, que había estado mirando distraídamente cómo los últimos esquiadores descendían, giró la cabeza hacia ella.

—¿En su lugar? ¿Eso incluye el café frío, el agotamiento físico y los moratones?

Emily rió, golpeándola suavemente con el codo.

—No hablo de eso. Me refiero a sentirme… bien. Completa, supongo.

Ruby sonrió, pero había algo en sus ojos que delataba su orgullo por Emily.

—Eso es porque lo estás. Lo que has logrado hasta ahora, después de todo lo que pasó… es impresionante, Emily. Y no necesitas que yo te lo diga, pero voy a hacerlo de todos modos.

Emily la miró, y por un momento, su sonrisa se desvaneció, dejando paso a algo más profundo.

—No lo habría logrado sin ti, Ruby. Lo digo en serio. Has sido mi roca durante todo esto.

Ruby se encogió de hombros, claramente incómoda con el cumplido.

—Solo estaba haciendo mi trabajo.

—No. —Emily negó con la cabeza, dejando el termo en el banco. —Has hecho mucho más que eso. Has creído en mí incluso cuando yo no podía hacerlo. Has estado ahí cuando más lo necesitaba. Eso no es solo un trabajo, Ruby. Eso es… algo más.

Ruby tragó saliva, sintiendo cómo el aire entre ellas cambiaba, como si de repente el mundo alrededor se hubiera quedado en pausa. Miró a Emily, buscando una señal de que estaba leyendo mal la situación, pero todo en su expresión decía lo contrario.

—Emily… —comenzó Ruby, su voz más baja que de costumbre. —Yo solo quiero que sepas que…

Ruby se interrumpió, desviando la mirada hacia la pista. Algo en su interior le decía que no era el momento. Emily, por su parte, sintió el nudo de tensión en su pecho, pero no insistió. Había algo en la forma en que Ruby apartó la vista que le dejó claro que las palabras que no habían dicho pesaban tanto como las que sí.

El silencio entre ellas fue breve pero cargado de significado. Ruby se aclaró la garganta, retomando su tono habitual.

—Bueno, pase lo que pase, el café frío será testigo de nuestras épicas conversaciones. —Sonrió, ofreciéndole el termo.

Emily aceptó el termo, relajándose ante el cambio de humor. Aunque el momento había pasado, la conexión entre ellas seguía intacta.

—Supongo que no hay mejor acompañante que el café para filosofar sobre la vida.

Ruby rio, echándose hacia atrás en el banco y mirando hacia el cielo, donde los colores seguían pintando un atardecer digno de una postal.

—Definitivamente. Pero sabes que estoy aquí, ¿verdad? Siempre que lo necesites, incluso si el café está caliente.

Emily la miró, y aunque no dijo nada, la gratitud en su rostro lo decía todo. No era el momento de cruzar esa línea, pero ambas sabían que, cuando lo fuera, ninguna de las dos dudaría en dar el paso.

* * *

La cabaña de Emily estaba más concurrida de lo habitual esa noche. Chloe había traído su vino favorito, Ryan había insistido en cocinar una cena "decente" —lo que normalmente significaba algo que involucraba muchas especias— y Ruby estaba sentada en el sofá, fingiendo leer un libro mientras observaba de reojo el caos que los hermanos estaban creando en la cocina.

—¿Sabes? —dijo Ruby en voz alta, mirando cómo Ryan cortaba zanahorias con una precisión innecesaria—. Podrías haber sido cirujano. Esas zanahorias nunca tuvieron oportunidad.

Ryan levantó la vista, con una sonrisa. —Y aquí pensé que solo estabas fingiendo leer. ¿Cómo se llama ese libro? ¿"Manual para molestar a los cocineros amateurs"?

—Capítulo cinco, justo al lado de "Cómo robar zanahorias mientras distraes al chef". —Ruby respondió, llevándose una rodaja a la boca antes de que Ryan pudiera reaccionar.

Emily, desde la mesa, reía con una copa de vino en la mano, sintiéndose más relajada de lo que había estado en meses. Chloe, sin embargo, estaba inquieta. Sus ojos seguían desviándose hacia Ryan, quien también parecía más nervioso de lo habitual. Ruby, con su radar para el drama, no tardó en darse cuenta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, apoyándose en el respaldo del sofá. —Y no me digáis que nada, porque sois los peores mentirosos que he conocido.

Chloe dejó escapar un suspiro largo, dejando su copa sobre la mesa. —Vale, lo diremos. Pero, Emily, prométeme que no te enfadarás.

Emily levantó una ceja, divertida. —¿Enfadarme? ¿Qué habéis hecho? ¿Robado un banco? ¿Adoptado un perro sin decírmelo?

Ryan dejó el cuchillo en la tabla de cortar y se giró, cruzándose de brazos. —Es sobre nosotros. Chloe y yo… estamos juntos.

La sala quedó en silencio por un momento. Ruby miró a Emily, esperando una explosión, pero lo que recibió fue algo completamente diferente. Emily estalló en carcajadas.

—¿Eso era todo? —dijo Emily, intentando recuperar el aliento. —¡Pensaba que habíais quemado mi esquí favorito o algo peor!

Chloe parpadeó, sorprendida. —¿No estás enfadada?

—¿Por qué lo estaría? —Emily se encogió de hombros, todavía riendo. —Si alguien puede lidiar contigo, Ryan, es Chloe. En serio, es un alivio. Ahora no tendré que preocuparme de buscarle citas incómodas.

Ryan frunció el ceño, pero había un brillo de diversión en sus ojos. —Gracias, creo.

Ruby, que había estado disfrutando del espectáculo, intervino. —Bueno, al menos ya no tendré que guardar el secreto. ¿Sabéis lo difícil que es para mí no comentar cosas cuando sois tan obvios?

Chloe se sonrojó, mientras Ryan negaba con la cabeza. —No éramos tan obvios.

Ruby soltó una carcajada. —Oh, claro que sí. Cada vez que estabais juntos, parecía que estábamos en un episodio de “Los Peores Espías del Mundo”.

Emily levantó su copa en un brindis improvisado. —Por vosotros, entonces. Pero si os atrevéis a ser cursis en mi presencia, os prometo que os castigaré con sesiones de esquí a las seis de la mañana.

Todos rieron, y la tensión que había llenado la sala se disipó por completo. Chloe se sentó junto a Emily, mientras Ryan regresaba a sus zanahorias con una sonrisa más relajada. Ruby, desde su lugar en el sofá, los observó a todos, sintiendo que, a pesar de las complicaciones y el caos, este pequeño grupo estaba exactamente donde debía estar.

10

La Primera Competición

La mañana antes de la competición, Emily despertó con una mezcla de adrenalina y ansiedad. El sol brillaba a través de la ventana de su habitación, pero dentro de ella, la tormenta de nervios era más fuerte que cualquier rayo de luz. Había estado entrenando durante semanas, desafiando sus propios límites, pero el momento real había llegado. La competeición que tanto había esperado, que tanto había temido, ya no era solo una meta distante. Era ahora, en ese preciso momento.

Se levantó de la cama, mirándose en el espejo mientras se ajustaba la camiseta de entrenamiento, sus ojos reflejando tanto la determinación como la incertidumbre. Se sentía como si todo lo que había hecho hasta ahora fuera una preparación para este momento. Los músculos adoloridos de sus piernas le recordaban cada repetición, cada caída, cada lucha. Pero, más allá del cansancio físico, algo más se estaba despertando en ella: una nueva confianza, una nueva fuerza interna que la había acompañado durante todo el proceso de recuperación.

En el comedor, Ruby ya estaba allí, preparada con su típica sonrisa tranquila, que hoy, de alguna manera, parecía más reconfortante que nunca. A pesar de los desafíos que habían enfrentado juntos, Ruby siempre había sido su roca, y no podía evitar sentir una profunda gratitud por eso.

—¿Lista para romperla hoy? —Ruby preguntó mientras servía un café en su taza habitual, como si estuvieran en medio de una conversación normal.

Emily, mirando el café en la mesa, intentó calmar los nervios con una sonrisa. —Nunca he estado tan lista y tan aterrada al mismo tiempo. Es como si todo mi cuerpo estuviera diciendo “sí” y mi cerebro estuviera diciendo “¿en serio?” —Rió nerviosamente, pero Ruby no la dejó caer en la ansiedad.

—Lo sé, ese es el truco. Pero lo que realmente importa, Emily, es que has hecho todo lo necesario para llegar hasta aquí. Lo demás es solo… el siguiente paso. —Ruby se acercó a ella,

dándole un ligero toque en el hombro. —No dejes que el miedo te diga lo que puedes o no puedes hacer. Tú decides.

Emily asintió, agradecida por esas palabras, que la hicieron sentir un poco más fuerte, más segura. Mientras Ruby la observaba con una mezcla de orgullo y preocupación, no pudo evitar pensar en lo que significaba este momento para ambas. No era solo una competición. Era la culminación de todo el viaje que habían recorrido juntas.

Después de un desayuno rápido, Emily se alistó para salir hacia el lugar de la competición. Las sensaciones dentro de ella eran una mezcla de miedo y emoción, pero sabía que no podía dejar que la incertidumbre se apoderara de ella. Estaba allí para demostrarle al mundo (y a ella misma) que podía hacer esto.

Antes de salir, Ruby le dio una última mirada seria y de apoyo. —No importa lo que pase en la pista, Emily. Ya has ganado. Solo recuerda que el éxito no siempre se mide por la medalla, sino por el coraje de seguir adelante.

Emily sonrió, sintiendo esa chispa de confianza reavivarse en su interior. —Gracias, Ruby. De verdad. Esto no hubiera sido posible sin ti.

Y así, con el sol aún alto en el cielo y una determinación renovada, Emily se dirigió hacia la pista. El día que marcaría el próximo capítulo de su vida estaba a punto de comenzar, y ella estaba lista para enfrentarlo, sin importar lo que le deparara.

* * *

La pista de esquí estaba a rebosar. El público llenaba las gradas, sus gritos y pancartas creando un ambiente electrizante. Los altavoces anunciaban a los participantes con voces claras y emocionadas, mientras los esquís se deslizaban sobre la nieve, creando ese característico crujido que Emily había echado de menos.

Emily estaba en la zona de calentamiento, ajustándose los guantes mientras intentaba ignorar el nudo en el estómago. A su lado, Dan, su entrenador, revisaba unas hojas con las manos enfundadas en guantes negros, su rostro mostrando esa mezcla de concentración y calma que siempre transmitía. Ruby, con su chaqueta roja característica, estaba un poco más atrás, sosteniendo un termo de café y lanzando comentarios que buscaban arrancarle una sonrisa a Emily.

—Vale, campeona. Esto es solo otra práctica, pero con público y más glamour. —Ruby dijo, guiñándole un ojo. —Y si alguien te grita algo desagradable, recuerda que probablemente no

saben ni ponerse los esquís.

Emily rió suavemente, agradeciendo el intento de Ruby de calmarla. Dan, sin apartar la vista de sus notas, añadió:

—Concéntrate en los primeros giros, Emily. Sabes que el resto saldrá solo una vez que encuentres el ritmo. Confía en ti.

Emily asintió, dejando que las palabras de Dan calmaran su mente. Sin embargo, su atención fue capturada por una figura que se abría paso entre los entrenadores. Laura.

Ruby notó el cambio en la postura de Emily, seguida de la mirada fija de Dan hacia la intrusa inesperada.

—¿Laura? —preguntó Ruby en voz baja, frunciendo el ceño.

—Sí. —Emily murmuró, con una sonrisa tensa.

Dan, con una ceja arqueada, inclinó la cabeza hacia Emily.

—¿Quieres que hable con ella? No tiene nada que hacer aquí.

Emily negó con la cabeza, apretando los labios.

—No. Déjalo. Solo… dame un minuto.

Ruby y Dan intercambiaron una mirada rápida, pero ambos se quedaron en su sitio mientras Emily se alejaba hacia donde Laura la esperaba.

—Emily. —Laura dijo, con ese tono bajo pero cálido que siempre lograba desarmarla. —Sabía que podrías hacerlo. Estar aquí, quiero decir. Me alegra tanto verte preparada.

—Gracias. —respondió Emily, sin demasiada emoción. —Pero ¿qué haces aquí, Laura?

Laura inclinó la cabeza, con una expresión que combinaba sorpresa y un toque de dramatismo.

—Quería apoyarte, claro. Esto es importante, y tú… eres importante para mí.

Emily apretó los labios, luchando contra el remolino de emociones que Laura siempre parecía desatar en ella.

—Aprecio que estés aquí, pero no necesito distracciones ahora mismo.

—No es una distracción. —Laura insistió, dando un paso más cerca. —Emily, sabes lo que significa estar en este lugar. Yo lo sé también. Sé lo que estás sintiendo. Y sé que podemos volver a ser ese equipo que éramos antes.

Emily cerró los ojos un momento, respirando hondo. Cuando los abrió, su mirada era más firme.

—No estoy aquí para demostrar nada a nadie, Laura. Estoy aquí para mí. Y no voy a volver a lo que teníamos, porque no era tan perfecto como quieres hacerme creer.

Laura parpadeó, sorprendida por la respuesta directa, pero rápidamente recuperó la compostura.

—Siempre he querido lo mejor para ti. Espero que lo sepas.

—Lo sé. —Emily respondió, aunque su tono era más cortante de lo que pretendía. —Pero lo mejor para mí ahora mismo es seguir adelante.

Antes de que Laura pudiera decir algo más, Dan apareció junto a Emily, su voz firme pero tranquila.

—¿Todo bien por aquí?

Emily asintió. —Todo bien.

Dan miró a Laura con la autoridad de alguien acostumbrado a lidiar con personas que no saben cuándo marcharse. Laura sostuvo su mirada por un momento antes de girarse hacia Emily.

—Buena suerte, Emily. Realmente espero que consigas lo que buscas.

Cuando Laura se alejó, Dan esperó unos segundos antes de hablar.

—¿Necesitas un momento?

Emily negó con la cabeza, agradecida por su presencia. Ruby se acercó también, con el termo de café en la mano y una expresión más relajada.

—¿Qué buscaba esta vez? ¿Confianza, redención o atención? —preguntó Ruby, con su característico humor.

Emily soltó una risa nerviosa, sintiendo cómo la tensión comenzaba a disiparse.

—Probablemente un poco de todo. Pero está bien. Estoy bien.

Dan le dio una palmada en la espalda, su voz baja y firme.

—Sabes lo que tienes que hacer. Y sé que lo harás.

Emily respiró hondo, sintiendo cómo la mezcla de apoyo de Dan y Ruby la fortalecía. A pesar de Laura, a pesar de todo lo que había enfrentado, Emily sabía que estaba lista para lo que venía.

* * *

El sonido de los nervios, de los gritos de los espectadores y del crujir de los esquís sobre la nieve se mezclaba con los pensamientos de Emily, creando una sinfonía caótica que retumbaba en su pecho. Se encontraba en la línea de salida, el viento azotando su cara, los músculos de sus piernas tensos y listos, pero la mente todavía un poco nublada. Era como si todo su entrenamiento, todo su sacrificio, hubiera culminado en este momento. Y, sin embargo, había

una sensación extraña en el aire, una sensación de irrealidad, como si estuviera a punto de despertar de un sueño.

A lo lejos, pudo ver a Ruby, que observaba desde un costado, su rostro serio pero con una ligera sonrisa de aliento. Emily tragó saliva y, por un momento, pensó en todo lo que había dejado atrás: el accidente, el dolor, la incertidumbre. Y luego, pensó en todo lo que había logrado desde entonces. ¿Qué tenía que perder ahora?

Con una respiración profunda, se inclinó hacia adelante, colocando sus esquís en la nieve, lista para comenzar. Su corazón latía rápidamente, pero ya no sentía miedo. Lo que sentía ahora era la emoción del desafío, de finalmente tener la oportunidad de enfrentarse a sí misma. De demostrar que no era su pasado lo que la definía, sino las decisiones que había tomado para llegar hasta aquí.

—¡Atención, competidores! —La voz del presentador resonó por los altavoces. —¡En pocos momentos, comenzará la competición! ¡Buena suerte a todos!

Emily levantó la vista al cielo, dejando que el aire frío la envolviera. Estaba lista. Sabía que este momento no era solo para ella, sino para todas las personas que habían estado a su lado, apoyándola a lo largo de todo su camino. Ruby, Ryan, Chloe… todos ellos creían en ella, y por fin, ella misma estaba comenzando a creer en sí misma también.

El silbido de la señal de inicio cortó el aire, y Emily arrancó, deslizando sus esquís con rapidez y precisión. Los primeros giros fueron suaves, casi mecánicos, como si su cuerpo recordara el movimiento, el fluir de la nieve bajo sus pies. Pero a medida que avanzaba, algo en su interior se liberaba. Ya no pensaba en los miedos ni en los errores del pasado. Ya no estaba mirando atrás, ni escuchando las voces que le decían que no podría. Solo estaba ahí, en ese momento, disfrutando de la sensación de estar de vuelta, de estar viva, de estar luchando por lo que había soñado.

Cada curva que tomaba, cada salto, se sentía como una victoria. No importaba si no ganaba. Lo que importaba era que estaba allí, de nuevo, haciéndolo. El viento golpeaba su rostro mientras sus esquís cortaban la nieve, y la sensación de libertad era tan intensa que casi podía olvidar que competía.

Pero entonces, un salto no salió como esperaba. Perdió un poco el equilibrio, y la sensación de inseguridad volvió a invadirla por un segundo, como un fantasma del pasado que había regresado para recordarle su mayor miedo: caer. El miedo, esa sensación incómoda, esa voz en su cabeza que le decía que no era lo suficientemente buena, resurgió por un instante. Pero esta

vez, Emily no lo escuchó. En lugar de eso, enfocó su energía en el presente, en la línea de meta que se acercaba rápidamente.

Casi con la misma rapidez con que apareció, el miedo se desvaneció. No necesitaba ganar. Solo necesitaba seguir adelante.

Al final de la pista, Emily cruzó la línea de meta con una sonrisa amplia en su rostro, a pesar de que no había sido el mejor tiempo. Pero eso no importaba. Sabía que había logrado lo más importante: había vencido sus propios demonios.

Cuando se detuvo, el sonido de la multitud la envolvió. Algunos aplausos, algunos vítores, pero sobre todo, lo que realmente escuchó fue el latido de su corazón, resonando con orgullo.

Ruby apareció a su lado, su rostro iluminado por una sonrisa que decía todo lo que Emily necesitaba saber.

—Lo lograste. —Ruby dijo, con una mirada de aprobación y algo más: un respeto profundo por lo que Emily había logrado.

Emily respiró profundamente, mirando a Ruby, y luego, a la pista que había dejado atrás. —No gané, pero… creo que, en realidad, ya he ganado.

Ruby asintió, sin decir más. Era suficiente.

* * *

El frío viento que soplaba sobre la pista había dejado de sentirse tan cortante cuando Emily cruzó la línea de meta. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, gritando por el esfuerzo, pero lo único que podía escuchar era el latido ensordecedor de su corazón. Había algo en la forma en que se sintió después de la carrera que no podría haber previsto: la victoria personal no provenía de ser la primera en llegar, ni de las medallas que quedaban colgadas en los rostros de los competidores. No. Su victoria era más sutil, más profunda, como si finalmente hubiera cerrado un capítulo de su vida que había estado escribiendo durante años. Había regresado, no solo al esquí, sino a ella misma.

En el área de recuperación, Emily se dejó caer en un banco de madera, con las piernas temblando y el corazón todavía martilleando en su pecho. Las voces y los aplausos se mezclaban a su alrededor, pero todo sonaba distante, como un eco lejano. El aire helado golpeaba su rostro, aunque ella apenas lo notaba. Cerró los ojos, respirando profundamente, tratando de asimilar lo que acababa de lograr. Aunque no había ganado, la sensación de haber cruzado esa meta era suficiente para llenar el vacío que había sentido durante meses.

Por el rabillo del ojo, notó una figura conocida que se acercaba rápidamente. Ruby, con la chaqueta abierta y el pelo algo revuelto por el viento, parecía haber corrido para llegar hasta ella. Su expresión era una mezcla de orgullo, emoción y algo que Emily no logró descifrar del todo.

—¡Ahí está mi heroína! —exclamó Ruby con una sonrisa tan amplia que casi rivalizaba con el sol que comenzaba a asomarse entre las nubes.

Emily rió suavemente, aunque sacudió la cabeza con modestia. —Heroína es un poco exagerado. Terminé séptima.

Ruby se dejó caer junto a ella en el banco, ignorando las miradas curiosas de los demás. Se giró hacia Emily con una expresión que parecía decirle: “No te atrevas a menospreciarte”.

—¿Séptima? ¿En tu primera carrera después de un accidente que habría asustado incluso a un superhéroe? Emily, si eso no es heroico, no sé qué lo es.

Emily soltó una carcajada ligera, una que le salió más genuina de lo que esperaba. El peso de las expectativas, de las dudas, parecía disiparse poco a poco.

—Gracias por estar aquí, Ruby. —murmuró Emily, mirando hacia sus botas llenas de nieve. —No sé si habría llegado hasta aquí sin ti.

Ruby levantó una ceja, fingiendo indignación. —¿Sin mí? Vamos, dame algo de crédito. Yo estuve aquí, con mi café en la mano, animando en silencio mientras tú demostrabas que eres una fuerza de la naturaleza.

Emily rodó los ojos, aunque la sonrisa seguía presente. —¿Café en la mano? Eso suena como un gran sacrificio.

Ruby se inclinó hacia ella, bajando el tono hasta hacerlo más suave. —Lo que importa no es lo que yo hiciera. Esto lo lograste tú, Emily. Cada paso, cada giro, cada decisión de no rendirte. Esto es tuyo.

Emily sintió cómo algo en su pecho se aflojaba, como si las palabras de Ruby hubieran desatado un nudo que llevaba meses atándola. Miró hacia la pista que acababa de conquistar, recordando los momentos que la habían traído hasta aquí. El accidente, las dudas, las noches en las que había creído que nunca volvería a esquiar. Todo aquello estaba detrás de ella ahora, no como un peso, sino como una prueba superada.

—Tal vez… pero me alegra que estuvieras aquí para verlo. —murmuró Emily, volviendo la vista hacia Ruby, cuya sonrisa seguía siendo el ancla que la mantenía firme.

Ruby colocó una mano en su hombro, el gesto breve pero cálido. —Siempre.

Un silencio cómodo se instaló entre ellas mientras ambas miraban hacia la pista. Los últimos esquiadores descendían, y el bullicio comenzaba a disminuir. Emily sintió una oleada de calma,

una que no había experimentado en mucho tiempo.

—¿Y ahora? —preguntó Ruby finalmente, con un brillo travieso en los ojos. —¿Patrocinadores de cafés épicos o vuelta a la pista?

Emily rió, relajada como hacía tiempo que no se sentía.

—Tal vez ambas cosas.

Ruby se inclinó hacia atrás, fingiendo considerar su propuesta con seriedad. —Cafés épicos me parece una idea ganadora. Y podemos agregar otro patrocinador: gafas resistentes a curvas dramáticas.

Emily rió más fuerte esta vez, el sonido ligero y despreocupado. Porque, por primera vez en meses, sentía que estaba exactamente donde debía estar.

Mientras ambas seguían bromeando, Dan apareció en la distancia, caminando hacia ellas con una expresión serena y profesional. Al llegar, miró a Emily con la misma calma con la que siempre la había dirigido.

—Buen trabajo. —dijo, sin adornos, pero con una sinceridad que Emily sabía apreciar.

Emily asintió, sintiendo que no necesitaba más palabras. Dan nunca era de los que hacían grandes discursos, pero siempre decía lo necesario.

Ruby, por otro lado, no podía evitar añadir su toque. —¿Buen trabajo? ¿Solo eso? Vamos, Dan. Al menos di que fue espectacularmente épico.

Dan levantó una ceja, mirando a Ruby con una mezcla de resignación y diversión.

—No sé si “espectacularmente épico” está en mi vocabulario, pero sí diría que fue impresionante.

Emily rió, observando cómo Dan y Ruby interactuaban. Era curioso cómo dos personas tan diferentes habían terminado siendo una parte esencial de su recuperación.

Mientras el día avanzaba y el público comenzaba a dispersarse, Emily supo que este era solo el comienzo. Había cruzado la línea de meta, pero el verdadero logro era lo que había encontrado dentro de sí misma.

No importaba cuántas veces cayera o cuántas veces la vida la derribara. Lo importante era que siempre se levantaría.

11

La Relación Se Fortalece

Emily estaba sentada en su sofá, envuelta en una manta que había rescatado de su adolescencia. Era de un rosa chillón y estaba estampada con dibujos de osos polar con bufandas, un regalo de su abuela que se negaba a tirar. Entre la manta, una taza de té caliente en sus manos, y la nieve cayendo suavemente afuera, todo parecía un cliché navideño de película barata. Solo faltaba un villancico de fondo y una protagonista que redescubriera el espíritu de la Navidad.

Miró su teléfono, donde los mensajes seguían acumulándose. Ryan había enviado un video de Chloe animándola desde las gradas como si estuviera en un concierto de rock, agitando una pancarta enorme que decía “EMILY ES LA REINA” en letras doradas y brillantes. El nivel de brillo era tal que probablemente se veía desde el espacio.

Ruby, por supuesto, no pudo resistirse a burlarse. *“Impresionante pancarta. Ideal para cegar a los competidores en plena bajada.”* Emily había reído en su momento, pero ahora, mirando de nuevo los mensajes, sentía una calidez especial. No por la pancarta, sino por la gente que había estado allí para apoyarla.

Se detuvo en una foto que Ruby le había enviado después de la carrera. Estaban las dos juntas, con el casco todavía puesto y sonrisas que casi dolían de tan amplias. Ruby tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia ella, un mechón de cabello escapándose de su coleta, y Emily notó algo que no había registrado antes: lo cómoda que se sentía junto a Ruby, lo fácil que era reír y relajarse a su lado.

Dejó el teléfono a un lado, apoyándose contra el respaldo del sofá. El té en su taza ya estaba frío, pero no le importó. Miró hacia la ventana, donde la nieve seguía cayendo, cubriendo las calles con un manto blanco y brillante. Era como si el mundo estuviera intentando reiniciarse, y Emily se sintió conectada a ese simbolismo más de lo que esperaba.

“¿Y ahora qué?”, pensó. Había tantas posibilidades frente a ella, tantas puertas que antes del

accidente estaban cerradas y que ahora parecían ligeramente entreabiertas. No tenía todas las respuestas, pero por primera vez no le asustaba no tenerlas. No le preocupaba el futuro, porque estaba empezando a creer que podía enfrentarlo.

El sonido de su teléfono rompió el silencio. Era un mensaje de Ruby: "*¿Ya has decidido cómo celebrar tu regreso épico? Porque estoy considerando helado, pizza y una maratón de películas cursis. Si dices que no, voy a replantearme nuestra amistad.*"

Emily sonrió, rió, y luego soltó un suspiro que era más alivio que cansancio. Ruby siempre sabía cómo hacerla sentir ligera, como si todo no fuera tan complicado después de todo. Tomó el teléfono y respondió rápidamente: "*Helado y películas cursis suena perfecto. Pero tienes que prometer que no criticarás las tramas de amor imposibles.*"

Ruby respondió casi al instante: "*Imposible. Criticar las tramas es la mitad de la diversión. Paso por tu casa en 30 minutos. Prepara la manta más fea que tengas.*"

Emily miró la manta de osos polar que la cubría y rió para sí misma. Sabía que Ruby se reiría de ella en cuanto la viera, pero eso era parte del encanto. No sabía exactamente qué iba a hacer con su carrera, pero sabía algo mucho más importante: no estaba sola. Ruby estaba ahí, con sus bromas, su apoyo incondicional y su capacidad única para hacer que todo pareciera un poco más fácil.

Se levantó, todavía envuelta en la manta, y comenzó a preparar la mesa para su celebración improvisada. Mientras colocaba platos y vasos, no pudo evitar sonreír. Tal vez no había ganado la carrera, pero había ganado algo mucho más importante: la confianza en sí misma y la certeza de que, pase lo que pase, tenía a las personas adecuadas a su lado.

* * *

Laura estaba sentada en un café con una vista espectacular a las montañas nevadas, pero su atención estaba completamente en la pantalla de su teléfono. Había estado escribiendo y borrando el mismo mensaje a Emily durante los últimos quince minutos. Su café, una extravagancia de nombre impronunciable con demasiada espuma, ya se había enfriado. Incluso el camarero había dejado de fingir que limpiaba las mesas cercanas para vigilarla.

"Emily, solo quería decirte que estoy aquí para ti si lo necesitas." *Borrar.*

"Sé que las cosas son complicadas, pero me importas y quiero que lo sepas." *Borrar.*

Finalmente, Laura soltó un suspiro frustrado y dejó el teléfono sobre la mesa, como si quisiera que el aparato cargara con toda su indecisión. No era del tipo de persona que dudaba,

mucho menos en lo que respectaba a su relación con Emily. Pero algo había cambiado. Emily había cambiado. Y Laura no podía ignorar el hecho de que ya no podía controlarla como antes.

—¿Todo bien? —preguntó una voz a su lado.

Laura levantó la vista, encontrándose con Ruby, que acababa de entrar al café y la miraba con una mezcla de curiosidad y cautela. Llevaba una chaqueta roja y un gorro que dejaba escapar algunos mechones de su cabello oscuro, y su expresión era tan neutral como se podía esperar de alguien que claramente no tenía tiempo para dramas innecesarios.

—Perfecto. —respondió Laura, su sonrisa reapareciendo automáticamente, aunque no alcanzaba sus ojos. —¿Tú qué haces aquí? ¿Siguiéndome? ¿O simplemente un destino desafortunado?

Ruby se encogió de hombros, pidiendo un café al camarero antes de sentarse en la mesa frente a Laura, sin invitarse ni pedir permiso. —Me gusta este lugar. Y no, no te sigo. Aunque, viendo tu cara, parece que tú sí tienes un destino desafortunado.

Laura arqueó una ceja, visiblemente irritada. —¿Siempre eres tan entrometida o esto es un privilegio especial?

—Especialmente contigo. —Ruby respondió con una sonrisa ligera, pero sus ojos eran serios. —Estás escribiendo mensajes que no vas a enviar, ¿verdad? Déjame adivinar: algo para Emily.

Laura bufó, tomando un sorbo de su café frío y frunciendo el ceño. —¿Cómo lo sabes?

Ruby se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos. —Porque te he visto hacerlo antes. Bueno, no a ti, exactamente, pero a gente como tú. Alguien que no puede aceptar que otra persona está avanzando sin su permiso.

—¿Crees que soy tan básica? —Laura replicó, aunque su tono no tenía la fuerza que pretendía.

Ruby sonrió, apoyando los codos en la mesa. —Creo que eres alguien que se preocupa por Emily, pero que no sabe cómo hacerlo sin intentar controlarla. Y eso, Laura, no va a funcionar esta vez.

Por primera vez en mucho tiempo, Laura no tuvo una respuesta inmediata. En lugar de eso, miró por la ventana, observando cómo los copos de nieve caían suavemente. Había algo en las palabras de Ruby que la incomodaba, no porque no fueran ciertas, sino porque eran demasiado ciertas.

—No estoy intentando controlarla. —dijo finalmente, su voz más baja. —Solo… no quiero perderla.

Ruby la miró, y por un instante, su expresión perdió el sarcasmo y la ironía. —Laura, si realmente te importa Emily, lo mejor que puedes hacer por ella ahora es dejarla ser. Déjala descubrir quién es y qué quiere. Tal vez entonces encuentres tu respuesta también.

Laura soltó un suspiro, tomando su teléfono de la mesa y guardándolo en su bolso sin decir nada más. Finalmente, se levantó, mirando a Ruby con una mezcla de resignación y desafío.

—Tal vez tengas razón. Pero eso no significa que me rinda. No del todo.

Ruby asintió, sin apartar la mirada. —No esperaba que lo hicieras. Pero piensa en lo que realmente estás buscando antes de intentar algo más.

Laura no respondió. Simplemente se giró y salió del café, dejando atrás su café frío y la extraña sensación de haber sido derrotada en un enfrentamiento que ni siquiera había planeado tener.

Ruby suspiró, tomando su propio café y mirando por la ventana. Sabía que Laura no había terminado, pero al menos, por ahora, Emily tendría un poco de paz. Y eso era suficiente por el momento.

* * *

Ruby llegó exactamente 30 minutos después del mensaje, cargando una bolsa de plástico con un caos en su interior: dos botes de helado, un par de pizzas congeladas y una botella de vino que claramente había sido elegida más por la etiqueta que por la calidad.

—Espero que estés lista para una noche de carbohidratos y clichés —anunció, dejando la bolsa sobre la mesa como si fuera una ofrenda sagrada.

Emily, que todavía estaba envuelta en su famosa manta de osos polares, sonrió desde el sofá. —¿Es eso… helado de caramelo salado? —preguntó, inclinándose hacia adelante para inspeccionar el botín.

—Obviamente. No iba a traer helado aburrido. —Ruby respondió, sacando los botes con una expresión de orgullo. —Este es para ti. Y este —dijo levantando otro bote— es para mí. Aunque no prometo no robarte un poco si el mío se acaba.

Emily rió, levantándose del sofá para ayudar con las pizzas. —Eres terrible. Pero gracias por esto. Necesitaba una noche como esta.

Ruby la observó un momento, con una sonrisa que era menos sarcástica de lo habitual. —Claro que sí. Todos necesitamos una noche para no pensar en nada importante. Bueno, excepto por decidir qué película cursi ver primero.

Emily dejó las pizzas en el horno y se giró para mirarla. —¿Qué tal algo de acción con un toque romántico? Así puedo fingir que estamos viendo algo sofisticado.

Ruby se rió, tomando asiento en el sofá mientras hojeaba las opciones de películas en su tablet. —Perfecto. Vamos a llamarlo “sofisticación ligera”. Aunque si los efectos especiales son malos, voy a quejarme.

Emily se sentó a su lado, abrazando la manta como si fuera una armadura contra el frío. Durante unos minutos, se sumergieron en el debate sobre qué película ver, con Ruby lanzando comentarios sarcásticos sobre los pósters y Emily defendiendo su derecho a elegir algo sin juicio.

Finalmente, la pantalla del televisor comenzó a iluminar la habitación con la primera escena de una película que Ruby ya había apodado “Cliché con explosiones”. Emily tomó un bocado del helado, pero su mente seguía dando vueltas, incapaz de apagar completamente los pensamientos sobre su futuro, su carrera y… Ruby.

—¿Sabes? —dijo Emily, rompiendo el silencio—. Estuve pensando en lo que dijiste después de la competición. Sobre cómo esto es solo el principio.

Ruby, que estaba distraída intentando abrir el segundo bote de helado, levantó la vista. —¿Sí? ¿Qué hay de eso?

Emily jugueteó con la cuchara en su mano. —Creo que tenías razón. No sé exactamente qué quiero hacer todavía, pero sé que no quiero volver a lo que era antes. Quiero algo nuevo, algo que sea completamente mío.

Ruby asintió, dejando el helado en la mesa. —Eso tiene sentido. Y creo que ya estás construyendo eso, aunque no te des cuenta. Cada día que decides seguir adelante, estás creando algo nuevo. Aunque, claro, probablemente necesites una buena campaña de marketing para acompañarlo. “Emily, la reinventada”. ¿Qué opinas?

Emily rió, dándole un suave golpe en el brazo. —Deberías dedicarte a la publicidad. Aunque prefiero algo menos dramático.

Ruby sonrió, pero su tono se volvió más serio. —Hablando en serio, Emily, lo estás haciendo bien. Muy bien. Y aunque no siempre lo veas, las personas que están a tu alrededor lo notan. Yo lo noto.

Emily sintió un calor inesperado en su pecho, algo que no tenía nada que ver con la calefacción del apartamento. —Gracias, Ruby. De verdad. Tenerte aquí… significa mucho para mí.

Ruby inclinó la cabeza, su mirada encontrándose con la de Emily por un momento que pareció más largo de lo necesario. —Siempre, Emily. Siempre.

La película siguió reproduciéndose, pero ninguna de las dos estaba realmente prestando atención. En ese instante, lo que llenaba la habitación no era la luz del televisor, sino la conexión que seguía creciendo entre ellas, con cada palabra, cada broma y cada momento compartido.

* * *

La noche estaba en su punto álgido. La película —un despropósito romántico con explosiones gratuitas y una banda sonora innecesariamente épica— había llegado a la escena cumbre. El protagonista corría bajo una lluvia torrencial hacia el aeropuerto, con el pelo perfectamente peinado, para confesar su amor antes de que ella abordara un vuelo hacia una vida equivocada. Ruby, con las piernas cruzadas en el sofá y un bol de palomitas apoyado en el regazo, puso los ojos en blanco.

—Espera, ¿cómo llegó al aeropuerto tan rápido? —preguntó, rompiendo el hechizo. —Hace dos minutos estaba atrapado en un atasco detrás de un camión lleno de pollos. ¿Se teletransportó?

Emily, envuelta en su manta de osos polares, le lanzó una mirada divertida, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Magia del cine. Acéptalo.

—Claro, magia. Porque todos sabemos que el amor verdadero también incluye poderes sobrenaturales. —Ruby lanzó una palomita al aire, atrapándola con la boca. —Pero, honestamente, ¿quién corre bajo la lluvia con esa camiseta blanca sin terminar en urgencias por hipotermia?

Emily rió, apartando un mechón de cabello que le caía sobre los ojos.

—Tú nunca disfrutarías de una película romántica, ¿verdad?

Ruby se encogió de hombros, con una sonrisa juguetona.

—Depende. Si hay un perro adorable o alguien se tropieza graciosamente, puedo ser generosa. Pero si el protagonista es un “creativo” con una ex tóxica, no puedo tomarlo en serio.

Emily se acomodó en el sofá, abrazando la manta contra su pecho.

—Es ridículo, lo sé. Pero… hay algo reconfortante en estas historias. La idea de que, de alguna manera, todo sale bien al final.

Ruby la observó por un momento, notando la melancolía en su voz. Se inclinó ligeramente hacia ella, dejando el bol de palomitas sobre la mesa.

—¿Estás hablando de la película o de ti misma?

Emily no respondió de inmediato. Sus ojos seguían fijos en la pantalla, pero su mente estaba en otro lugar. Finalmente, suspiró y dejó la manta a un lado, girándose hacia Ruby.

—Tal vez de ambas.

Ruby levantó una ceja, cruzando las piernas en el sofá.

—Escucha, Emily. Sé que todo esto —hizo un gesto vago hacia la pantalla y luego hacia ella — es complicado. Pero quiero que sepas algo. Pase lo que pase, estás haciendo las cosas bien. Y, sinceramente, creo que tu historia tiene un final mucho mejor que el de esta película.

Emily sonrió suavemente, pero algo en sus ojos reflejaba vulnerabilidad.

—¿De verdad lo crees?

Ruby se inclinó un poco más, la seriedad en su expresión suavizándose con una sonrisa.

—Absolutamente. Aunque creo que deberías evitar correr bajo la lluvia. No creo que sea tu estilo.

Emily arqueó una ceja, intrigada.

—¿Y cuál es mi estilo entonces?

Ruby dejó escapar una risa baja, con una mirada que tenía más calor del que Emily esperaba.

—Tu estilo es ser increíblemente terca, decidida y capaz de superar cualquier cosa que te propongas. Y, bueno, tener un gusto cuestionable en mantas.

Emily rio, pero las palabras de Ruby la golpearon con fuerza, desarmándola. Antes de darse cuenta, estaba inclinándose hacia ella, acortando la distancia entre ambas. Ruby, con una mezcla de sorpresa y anticipación, no se movió, dejando que Emily tomara la iniciativa.

El beso fue lento al principio, un roce suave que rápidamente se convirtió en algo más profundo. Era como si ambas hubieran estado esperando este momento sin atreverse a admitirlo. Los dedos de Emily se deslizaron hacia la nuca de Ruby, mientras Ruby rodeaba la cintura de Emily, acercándola más a ella.

Cuando se separaron, Ruby tenía los ojos brillantes, aunque una sonrisa divertida apareció en sus labios.

—Bueno, eso fue inesperado. Aunque debo admitir que supera cualquier escena romántica de esta película.

Emily rió nerviosamente, bajando la mirada mientras un rubor se extendía por sus mejillas.

—Lo siento. No quería… bueno, sí quería, pero no sé si tú…

Ruby la interrumpió, tomando su mano con suavidad.

—Emily, si hubieras esperado un segundo más, habría sido yo quien lo hiciera.

Emily la miró, su rostro relajándose al ver la sinceridad en los ojos de Ruby.

—¿Así que no fue un error?

Ruby negó con la cabeza, acercándose nuevamente.

—No. Pero si quieres llamarlo “magia del cine”, no voy a quejarme.

Ambas rieron, y en ese momento, la película dejó de importar. Ruby tomó el bol de palomitas de nuevo, llevándoselo al regazo.

—Eso sí, no puedo prometer que no critique la próxima escena cursi. Es una reacción automática.

Emily se inclinó hacia ella, apoyándose en su hombro mientras ambas volvían a mirar la pantalla.

—Está bien. Creo que puedo soportarlo.

El mundo exterior desapareció mientras las dos se sumergían en un momento que era, de alguna manera, más íntimo que cualquier otra cosa. Allí, entre risas, caricias y el calor compartido, ambas supieron que este era solo el comienzo de algo mucho más grande.

12

Conflictos y Confesiones

La mañana había comenzado con un frío brutal. Emily estaba en la pista de entrenamiento, enfundada en su traje de esquí, con las mejillas ya rosadas por el viento helado. Dan, su entrenador, caminaba de un lado a otro con una expresión que mezclaba frustración y determinación, mientras Ruby observaba desde el borde con una tablet en la mano, registrando cada movimiento.

—¡Vamos, Emily! —gritó Dan, golpeando el bastón de esquí contra el suelo como si estuviera tocando un tambor de guerra. —Esa curva no se va a perfeccionar sola. Necesito que bajes como si estuvieras huyendo de un oso hambriento.

Emily, en la cima de la pendiente, giró la cabeza hacia Ruby con una expresión incrédula. —¿Un oso? ¿De verdad?

Ruby levantó la vista de su tablet, divertida. —Es Dan. Podría haber dicho un dragón, pero los osos son más realistas.

Emily suspiró, ajustándose las gafas antes de lanzarse cuesta abajo. Los esquís cortaban la nieve con precisión, pero al llegar a la curva más cerrada, su movimiento perdió fluidez, y acabó desviándose ligeramente del recorrido ideal. Cuando llegó al final, Dan ya estaba esperándola con los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —preguntó, señalando la curva como si hubiera cometido un delito.

—Supongo que el oso no era lo suficientemente aterrador. —Emily respondió, quitándose las gafas y recuperando el aliento.

Ruby soltó una risa baja desde su puesto. —Tal vez necesitamos un oso animatrónico en el entrenamiento. Seguro que hay presupuesto para eso.

Dan la ignoró, concentrándose en Emily. —Es tu postura, Emily. Te inclinas demasiado

hacia el interior de la curva. Eso hace que pierdas equilibrio y control. ¿Quieres que lo demuestre?

Emily levantó una mano, agotada. —Gracias, pero no necesito que me humilles más de lo que ya lo hago sola.

Ruby decidió intervenir, acercándose con la tablet en la mano. —Mira esto. —Dijo, mostrándole un video de su última bajada. —Dan tiene razón con lo de la postura, pero también creo que estás demasiado tensa al entrar en la curva. Prueba a relajar los hombros un poco más. Imagina que estás bailando, no luchando contra un oso.

Emily arqueó una ceja, entre divertida y escéptica. —¿Bailando?

—Bailando. —confirmó Ruby, con una sonrisa. —Y si te sirve de motivación, puedes imaginar que estás bailando conmigo. —le susurró.

Emily rió, negando con la cabeza. —Dudo que un tango mental mejore mi técnica, pero lo intentaré.

—Eso es lo que quería escuchar. —Ruby le dio un suave golpe en el brazo antes de retroceder. —Vamos, otra vez. Y esta vez, nada de osos, solo música.

Dan, claramente irritado por la ligereza de la conversación, señaló la pendiente. —¡Menos charla y más acción! Tienes cinco intentos más antes de que el sol desaparezca.

Emily rodó los ojos pero volvió a subir a la cima de la pista. Esta vez, mientras se preparaba para lanzarse, se concentró en las palabras de Ruby. En lugar de la rigidez habitual, dejó que su cuerpo se relajara, moviéndose con la nieve en lugar de luchar contra ella.

Cuando llegó al final, Dan no dijo nada, pero su expresión lo decía todo. Ruby levantó el pulgar desde el borde de la pista, mientras Emily se quitaba las gafas con una sonrisa satisfecha.

—¿Mejor? —preguntó Emily, sabiendo ya la respuesta.

—Mejor. —admitió Dan, aunque su tono seguía siendo gruñón. —Pero todavía hay margen de mejora.

Ruby se acercó, dándole una palmada en la espalda. —Sabía que podías hacerlo. ¿Lo ves? Bailar mentalmente funciona.

Emily rió, sintiéndose más ligera que al comienzo del día. A pesar del frío y de las exigencias, había algo en el apoyo de Ruby que hacía que incluso los entrenamientos más difíciles fueran más llevaderos. Y aunque todavía quedaba mucho por mejorar, Emily sabía que estaba en el camino correcto.

* * *

La tarde había llegado, y el entrenamiento había terminado. Emily estaba en la ducha, dejando que el agua caliente aliviara sus músculos cansados, mientras Ruby se refugiaba en la pequeña sala de descanso del gimnasio. Había un sofá incómodamente corto, una máquina de café que emitía sonidos sospechosos, y una ventana empañada que daba a la pista de entrenamiento.

Ruby se dejó caer en el sofá con un suspiro, sujetando una taza de café que sabía más a cartón que a cafeína. Miró su tablet, donde tenía anotados todos los progresos de Emily, y luego la dejó a un lado. Lo que realmente ocupaba su mente no estaba en esas estadísticas. Estaba en los momentos entre los entrenamientos, en las risas, en las miradas… en Emily.

Antes de darse cuenta, Chloe apareció en la puerta con su característico aire despreocupado. Llevaba una chaqueta esponjosa que parecía sacada de un catálogo de “ropa cómoda pero cara”. Entró sin preguntar, con dos tazas de café más decentes de las que Ruby había encontrado.

—He traído refuerzos. —anunció Chloe, dejando una taza frente a Ruby. —La máquina de café de aquí debería ser declarada ilegal.

Ruby levantó la vista, sorprendida pero agradecida, y tomó la taza. —Gracias. Lo necesitaba.

Chloe se sentó a su lado, cruzando las piernas y observándola con una mirada que Ruby ya conocía demasiado bien. Esa mirada significaba “quiero saber qué está pasando, y no te dejaré ir hasta que lo sueltes”.

—Estás rara. —dijo Chloe, directa. —¿Es Emily?

Ruby casi se atraganta con el primer sorbo de café. —¿Qué? ¿Por qué dices eso?

Chloe arqueó una ceja. —Ruby, por favor. He visto cómo la miras. Es como si estuvieras en una película de esas que odias. Solo falta que alguien toque el piano de fondo.

Ruby dejó la taza sobre la mesa, frotándose las sienes. —No es tan simple, Chloe. Ella… es Emily. Es mi paciente. Bueno, ex paciente técnicamente, pero eso no cambia las cosas. No debería sentir esto.

—¿Y qué sientes exactamente? —preguntó Chloe, apoyándose en el respaldo del sofá con una sonrisa traviesa.

Ruby negó con la cabeza, claramente incómoda. —No lo sé. Bueno, sí lo sé, pero prefiero no decirlo en voz alta. Es complicado.

—Complicado es mi segundo nombre. —bromeó Chloe, antes de ponerse seria. —Mira, Ruby, entiendo que tengas miedo. Pero si hay algo que he aprendido, es que no puedes controlar lo que sientes. Lo que sí puedes controlar es lo que haces con esos sentimientos.

Ruby se quedó en silencio, mirando la taza de café como si tuviera las respuestas que necesitaba. Finalmente, suspiró. —No quiero arruinar lo que tenemos. Lo que sea que sea esto.

No quiero ser una complicación más para ella.

Chloe la miró con una mezcla de compasión y firmeza. —No creo que seas una complicación para Emily. De hecho, creo que eres todo lo contrario. Eres su punto de apoyo, Ruby. Y tal vez… tal vez deberías confiar en que ella también puede ser el tuyo.

Ruby tragó saliva, sintiendo cómo las palabras de Chloe se asentaban en su pecho. Era un pensamiento aterrador, pero también había algo reconfortante en la idea de que no tenía que enfrentarlo todo sola.

—Tal vez tengas razón. —admitió Ruby finalmente, con una pequeña sonrisa.

—Por supuesto que tengo razón. —respondió Chloe, levantándose del sofá y tomando su taza. —Ahora, vamos. Estoy segura de que Emily está a punto de preguntarse por qué tardas tanto en volver con esa cara pensativa tuya.

Ruby rió suavemente, sacudiendo la cabeza mientras se levantaba. Tal vez era hora de dejar de huir de lo que sentía. Y aunque todavía no sabía cómo hacerlo, estaba dispuesta a intentarlo, porque si alguien valía la pena ese riesgo, era Emily.

* * *

Emily estaba ajustando su casco frente al espejo del vestuario cuando escuchó el eco de pasos firmes acercándose por el pasillo. Al principio no le prestó mucha atención; estaba acostumbrada al ajetreo de la estación de esquí. Pero cuando la puerta del vestuario se abrió, supo que no era cualquier visitante. Laura estaba allí, con su chaqueta de diseño impecable y esa expresión de suficiencia que siempre la había acompañado.

—¿Laura? —preguntó Emily, más sorprendida que molesta. —¿Qué haces aquí?

Laura se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos. —Estaba en la zona y pensé en pasar a verte. Parece que estás ocupada.

Emily dejó el casco sobre el banco, mirándola con los brazos en jarras. —Sí, estoy ocupada. Como siempre. Así que, si viniste a darme otra charla motivacional no solicitada, no tengo tiempo para eso.

Laura sonrió ligeramente, avanzando un paso más hacia Emily. —Tranquila. No vine a dar lecciones. Solo quería ver cómo estabas. Me preocupas, ¿sabes?

Emily levantó una ceja, incrédula. —¿De verdad? Porque la última vez que nos vimos, básicamente me llamaste cobarde.

Laura desvió la mirada por un momento, como si las palabras de Emily la hubieran golpeado más fuerte de lo que estaba dispuesta a admitir. —Mira, sé que he cometido errores. Pero no vine aquí para discutir sobre el pasado. Solo quería saber si… todavía hay espacio para mí en tu vida.

Emily soltó un suspiro, cruzando los brazos. —¿Espacio para qué, Laura? Porque si estás hablando de amistad, podría considerarlo. Pero si esto es otro intento de convencerme de que vuelva a ser la persona que era antes del accidente… no va a pasar.

Laura pareció desconcertada por la firmeza en la voz de Emily. Era como si esperara encontrar a la misma mujer que solía complacerla, pero ahora estaba frente a alguien completamente diferente.

—Emily… yo solo quiero lo mejor para ti. —dijo Laura, con un tono más suave. —Sé que he sido dura contigo, pero fue porque creía que necesitabas ese empujón para volver a ser quien eras.

—¿Quien era? —Emily repitió, sacudiendo la cabeza. —¿Te das cuenta de que nunca me preguntaste quién quería ser después de todo esto? Siempre se trató de tu idea de lo que era mejor para mí, nunca de lo que yo realmente necesitaba.

Laura abrió la boca para responder, pero Emily la interrumpió.

—Mira, no dudo que en algún momento realmente me quisiste. Pero ya no somos esas personas. Tú estás buscando algo que ya no puedo darte, y yo… —Emily hizo una pausa, pensando en Ruby y en cómo su vida había cambiado desde que ella apareció. —Yo estoy buscando algo diferente. Algo que me haga sentir completa por quien soy ahora, no por quien solía ser.

Laura dio un paso atrás, como si las palabras de Emily la hubieran empujado físicamente. Su sonrisa se desvaneció, dejando al descubierto una vulnerabilidad que rara vez mostraba.

—Entendido. —dijo finalmente, su voz más baja. —Solo quería intentarlo. Por si acaso.

Emily asintió, sintiendo un extraño alivio al ver a Laura dar marcha atrás. —Aprecio que lo intentes. Pero creo que es hora de que sigamos adelante, cada una por su lado.

Laura se quedó allí por un momento más, como si estuviera grabando esa imagen de Emily en su memoria. Luego, sin decir nada más, giró sobre sus talones y salió del vestuario, dejando atrás un silencio que no se sentía vacío, sino liberador.

Emily suspiró, recogiendo su casco y mirando su reflejo en el espejo. Por primera vez, no sintió que tenía algo que demostrar. Ya no era la Emily que necesitaba la aprobación de Laura. Ahora, estaba lista para enfrentarse a lo que realmente quería: su propia vida, en sus propios términos.

* * *

Emily estaba sentada en una de las mesas del pequeño café de la estación de esquí, con una taza de chocolate caliente entre las manos. Afuera, la nieve seguía cayendo en suaves copos, cubriendo todo con un manto blanco que parecía traer tranquilidad, aunque en su interior, las emociones eran todo menos tranquilas. Había pasado menos de una hora desde su encuentro con Laura, pero las palabras seguían resonando en su cabeza.

"¿Todavía hay espacio para mí en tu vida?"

Emily dio un largo sorbo de su chocolate caliente, intentando calmar los pensamientos que se arremolinaban. Durante mucho tiempo, había pensado que necesitaba a Laura para sentirse completa, como si su aprobación fuera el pegamento que mantenía unidas todas las piezas rotas tras su accidente. Pero ahora, después de meses de trabajo, tanto físico como emocional, sabía que esa dependencia no era más que una ilusión.

El sonido de la puerta del café abriéndose la sacó de sus pensamientos. Miró hacia arriba y vio a Ruby entrando, sacudiéndose la nieve del abrigo y con las mejillas sonrojadas por el frío. Ruby la vio de inmediato, y su expresión pasó de sorpresa a preocupación en cuestión de segundos. Sin pedir permiso, se acercó a su mesa y se dejó caer en la silla frente a ella.

—Esto parece serio. —dijo Ruby, quitándose los guantes y dejando las manos sobre la mesa. —¿Quién te robó el chocolate o pisó tu pista favorita?

Emily no pudo evitar sonreír ante el comentario, aunque su sonrisa era débil. —Nada de eso. Es solo… he hablado con Laura.

Ruby arqueó una ceja, claramente interesada pero sin querer presionar demasiado. —¿Y cómo fue eso?

Emily dejó la taza sobre la mesa, apoyando los codos y entrelazando las manos. —Complicado. Vino para decirme que todavía se preocupa por mí y que quiere estar en mi vida. Pero… no sé. No creo que sea por las razones correctas.

Ruby asintió lentamente, sus ojos azules observándola con atención. —¿Crees que está buscando algo para ella misma, más que para ti?

—Exactamente. —Emily respondió, soltando un suspiro. —No es que no aprecie lo que tuvimos. Pero me he dado cuenta de que lo que ella quiere no es lo que yo necesito ahora. Antes pensaba que su apoyo era indispensable, pero ahora… ahora sé que puedo hacerlo sola. Bueno, no sola del todo. —Añadió, mirando a Ruby con una sonrisa más sincera.

Ruby sonrió también, apoyándose en el respaldo de la silla. —Eso es un gran paso, Emily. No es fácil dejar ir algo que antes significaba tanto. Pero creo que estás haciendo lo correcto. No puedes seguir mirando al pasado si quieres avanzar.

Emily asintió, sintiéndose un poco más ligera con cada palabra. —Sí, es hora de seguir adelante. Y aunque fue difícil decírselo, creo que lo entendió. O al menos, lo suficiente como para dejarme espacio.

—Espacio. —Ruby repitió, con un brillo juguetón en los ojos. —Bueno, si Laura te lo está dando, supongo que significa que yo puedo ocupar un poco más del mío. Aunque no prometo ser muy discreta.

Emily rió, negando con la cabeza. —No creo que la discreción sea tu punto fuerte, Ruby.

—Tienes razón. Pero sí soy buena en estar aquí cuando me necesitas. Y ahora mismo, diría que necesitas que te termines ese chocolate caliente antes de que se enfríe. —Ruby señaló la taza con un gesto dramático.

Emily tomó la taza y la levantó en un pequeño brindis improvisado. —A los nuevos comienzos, entonces.

Ruby levantó su taza imaginaria, sonriendo. —A los nuevos comienzos.

Mientras el chocolate caliente le calentaba la garganta, Emily se dio cuenta de que, por primera vez, realmente estaba lista para lo que venía. Y con Ruby a su lado, cualquier cosa parecía posible.

* * *

El salón de Emily estaba tan caótico como siempre. Las cajas de pizza vacías formaban una torre inestable sobre la mesa de centro, las botellas de vino vacías estaban apiladas en la esquina como si fueran trofeos de una noche de excesos, y las cartas de la última partida seguían desparramadas por el sofá. Ruby estaba sentada en una esquina del sofá, con las piernas cruzadas y una expresión de puro deleite mientras Chloe y Ryan discutían acaloradamente sobre el resultado del último juego.

—¡Te lo dije! —gritó Ryan, levantando una carta como si fuera una prueba en un juicio. —¡Cinco puntos más! Es matemáticamente imposible que hayas ganado.

Chloe, con las manos en las caderas, lo miró con una sonrisa tan afilada como sus palabras.

—Matemáticamente imposible o no, ¿quién estaba llevando la cuenta? Yo. Así que, técnicamente, gano por defecto.

Ryan dejó escapar un gruñido dramático, apuntándola con un dedo acusador.

—¡Técnicamente nada! Eres la reina indiscutible de hacer trampas.

Ruby, desde su lugar privilegiado de observadora imparcial, levantó una mano como si estuviera en una reunión formal.

—¿Puedo votar por descalificarlos a ambos? Esto ya no es un juego, es el piloto de una telenovela de bajo presupuesto. Solo nos falta un narrador dramático y un giro inesperado.

Emily, sentada junto a Ruby con un bol de palomitas en el regazo, rió suavemente, disfrutando de la dinámica.

—Déjalos. Esto es mejor que cualquier película romántica mala que hayamos visto. ¿Quién necesita protagonistas ficticios cuando tenemos a estos dos?

Ruby se giró hacia Chloe y Ryan, apuntándolos con la copa de vino que sostenía.

—Tiene razón. Vosotros sois la comedia romántica que nadie pidió, pero que todos necesitamos.

Chloe, que claramente había decidido pasar al contraataque, giró hacia Emily con los brazos cruzados y una sonrisa maliciosa.

—Muy graciosa. Pero si vamos a hablar de comedias románticas, creo que deberíamos mencionar a la verdadera pareja aquí presente. —Sus ojos se deslizaron significativamente hacia Ruby.

Ruby, que acababa de dar un sorbo de vino, comenzó a toser mientras Emily se apresuraba a darle un codazo en el costado.

—¡Oh, no! Esto no tiene nada que ver con nosotras. Este es vuestro espectáculo. Seguid con vuestro drama.

Ryan, detectando que Chloe estaba a punto de seguir insistiendo, levantó las manos para interrumpir.

—De acuerdo, basta de cartas. Creo que es hora de aceptar que ambos somos igual de malos en este juego.

Chloe arqueó una ceja, fingiendo incredulidad.

—¿Igual de malos? No creo que el empate sea mi estilo, pero aceptaré la derrota… si lo haces primero.

Ruby rió desde el sofá, levantando su copa para brindar.

—Por la reina de las trampas y el rey de las excusas. Una pareja que nunca decepciona.

Emily se unió al brindis, mirando a su hermano y su mejor amiga con una mezcla de cariño y diversión.

—Un brindis porque este caos no destruya mi salón. Pero, Ryan, si alguna vez haces algo que hiera a Chloe, te juro que te arrastraré por esa pista negra que tanto temes.

—Amenaza aceptada. —Ryan levantó su copa con una sonrisa, mientras Chloe lo golpeaba suavemente en el brazo.

Las risas llenaron la habitación, mezclándose con el ruido de la televisión de fondo y los murmullos del viento en las ventanas. Ruby observó la escena y, por un momento, se permitió relajarse completamente.

—¿Sabes algo? —dijo Ruby, inclinándose hacia Emily mientras Chloe y Ryan seguían discutiendo en un tono más bajo. —Tu salón es un caos, tus amigos son ruidosos, y esta torre de cajas de pizza amenaza con aplastar a alguien. Pero creo que nunca me he sentido tan cómoda en un lugar.

Emily la miró, su sonrisa suavizándose.

—Supongo que el caos tiene su encanto. Además, me gusta que estés aquí. Hace que todo esto sea un poco más soportable.

Ruby alzó una ceja, fingiendo estar ofendida.

—¿Solo “soportable”? Qué manera de halagarme.

Emily rio, dándole un ligero empujón.

—Ya sabes a qué me refiero.

Ruby devolvió la sonrisa, y ambas se quedaron observando a Chloe y Ryan, que seguían intercambiando bromas. El salón estaba lleno de risas, caos y camaradería, y, por primera vez en mucho tiempo, Emily sintió que todo estaba en su lugar.

13

Laura Juega Su Última Carta

Laura estaba sentada en una elegante cafetería cerca de la estación de esquí, removiendo su latte con un gesto distraído. El lugar era perfecto, con vistas a las montañas cubiertas de nieve y una atmósfera cálida gracias a las luces tenues y la música suave de fondo. Pero Laura no estaba allí para disfrutar de la vista ni del café; estaba esperando a Dan, el entrenador de Emily.

Cuando Dan llegó, con su chaqueta de esquí aún cubierta de nieve y una expresión que mezclaba curiosidad y cansancio, Laura levantó la mano para llamar su atención. Él se acercó, sacudiéndose el abrigo antes de sentarse frente a ella.

—Gracias por venir. —dijo Laura, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Dan asintió, quitándose los guantes y colocándolos sobre la mesa. —No suelo aceptar este tipo de invitaciones. ¿De qué se trata?

Laura dejó la cucharilla en el platillo con un gesto medido, como si estuviera ensayando mentalmente lo que iba a decir. —Quería hablar de Emily. De su progreso. Y… de cómo podemos asegurarnos de que vuelva a ser la mejor.

Dan la miró fijamente durante unos segundos antes de apoyarse en el respaldo de la silla. —Laura, no tengo tiempo para juegos. Si tienes algo que decir, dilo directamente.

Laura suspiró, perdiendo un poco de su compostura habitual. —Está bien. Creo que Ruby no es buena para Emily. Está interfiriendo en su recuperación. Emily necesita disciplina, enfoque, y Ruby… Ruby la está distrayendo.

Dan levantó una ceja, claramente intrigado. —¿Dices que Ruby está interfiriendo? Desde donde yo estoy, parece que Ruby es la única que ha logrado conectar con Emily lo suficiente como para que vuelva a creer en sí misma.

Laura frunció el ceño, como si esas palabras fueran un golpe inesperado. —Eso puede ser cierto hasta cierto punto, pero Emily necesita más que apoyo emocional. Necesita presión,

alguien que la empuje a sus límites.

Dan tomó un sorbo de su café antes de responder, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Laura, entiendo que te preocupes por Emily. Pero te diré algo que quizás no quieras escuchar: no puedes controlar su camino. Lo que ella necesita ahora no es presión, es confianza en sí misma. Y, honestamente, Ruby ha hecho más por ella en ese aspecto que cualquier otra persona, incluyéndome a mí.

Laura apretó los labios, sintiendo que el control de la conversación se le escapaba. —No estoy diciendo que Ruby no haya ayudado. Pero Emily está en un momento crítico. Si no toma decisiones firmes ahora, podría perder todo por lo que ha trabajado.

Dan la observó con calma antes de inclinarse hacia adelante. —Laura, te lo digo como alguien que ha estado en esto mucho tiempo: a veces, el mayor error que podemos cometer es pensar que sabemos lo que es mejor para alguien más. Emily está encontrando su propio camino. Y si eso significa que tú no estás en él, entonces tal vez sea hora de aceptarlo.

Las palabras de Dan fueron un golpe directo, y Laura lo supo. Durante unos segundos, simplemente se quedó allí, mirando su taza de café como si en ella estuviera la respuesta. Finalmente, levantó la mirada y forzó una sonrisa.

—Supongo que tienes razón. Solo quería lo mejor para ella.

Dan asintió, terminando su café. —Eso lo sé. Pero a veces, lo mejor que podemos hacer por alguien es dar un paso atrás.

Laura no respondió. Solo asintió ligeramente, sintiendo cómo la conversación había terminado no solo con Dan, sino también con la ilusión de que podía recuperar el control sobre Emily. Cuando él se levantó para marcharse, Laura se quedó sola en la mesa, mirando por la ventana hacia las montañas. Por primera vez, sintió que la lucha que había estado llevando no era contra Ruby o Dan, sino contra la realidad de que Emily había crecido más allá de ella.

* * *

La sala de entrenamiento estaba llena del sonido de pesas cayendo y esquís siendo ajustados. Ruby, con su tablet en la mano, revisaba las sesiones de rehabilitación de Emily mientras Dan caminaba de un lado a otro, revisando el equipo. Había una tensión en el aire que ninguno de los dos podía ignorar.

—Entonces, —dijo Dan finalmente, rompiendo el silencio mientras ajustaba un par de bastones—, parece que hay rumores sobre que no estás ayudando a Emily a centrarse.

Ruby levantó la vista de su tablet, arqueando una ceja. —¿Ah, sí? ¿Quién dijo eso? ¿Algún genio con un doctorado en chismografía?

Dan dejó los bastones a un lado y la miró directamente. —Laura vino a verme. Está preocupada por cómo estás manejando las cosas.

Ruby soltó un suspiro exagerado, dejando la tablet sobre una de las máquinas de ejercicio. —¿De verdad estamos teniendo esta conversación? ¿Laura? La misma Laura que básicamente le dijo a Emily que era una cobarde cuando decidió tomarse un respiro después de su accidente. Sí, seguro que tiene las mejores intenciones.

Dan cruzó los brazos, su expresión neutral pero con una pizca de incomodidad. —Mira, no estoy diciendo que Laura tenga razón, pero tampoco puedo ignorar su punto. Emily necesita disciplina, alguien que la empuje.

Ruby dio un paso hacia él, señalando con un dedo acusador. —¿Y crees que yo no la empujo? ¿Crees que estoy aquí solo para hacerle masajes y decirle que todo estará bien? Estoy aquí todos los días, trabajando con ella, asegurándome de que no solo mejore físicamente, sino que también recupere su confianza. Porque te voy a decir algo, Dan: sin confianza, no importa cuánto entrenes, nunca ganarás.

Dan mantuvo su postura, pero había un brillo de respeto en sus ojos. —Lo entiendo, Ruby. Pero no es solo físico. También está el aspecto competitivo. Emily necesita volver a ese nivel de dureza mental que la llevó a ganar antes.

Ruby se rió sin humor, sacudiendo la cabeza. —¿Y crees que Laura la ayudó con eso? ¿Crees que llamarla cobarde y hacerla sentir como una fracasada fue un buen refuerzo mental? Si estás aquí para decirme que Laura tiene razón, mejor vete a hablar con ella porque, francamente, no tengo tiempo para esta tontería.

El silencio se hizo más pesado en la sala mientras ambos se miraban fijamente. Finalmente, Dan relajó un poco su postura, dejando escapar un suspiro.

—No estoy aquí para defender a Laura. Estoy aquí porque me importa Emily, y quiero lo mejor para ella.

—Entonces, estamos en la misma página. —dijo Ruby, cruzándose de brazos. —Y si te importa Emily, tal vez deberías confiar un poco más en lo que estamos haciendo. Ella no necesita que la presionen más. Necesita apoyo, alguien que crea en ella incluso cuando ella misma no lo hace.

Dan asintió lentamente, su expresión más suave ahora. —Tienes razón. Quizás Laura me confundió con todo ese discurso, pero está claro que Emily está mejorando contigo.

Ruby sonrió levemente, aunque su tono seguía siendo un poco desafiante. —Sabes, Dan, para ser alguien tan experimentado, a veces actúas como un novato. Emily no es solo una atleta; es una persona. Y si eso no está claro para Laura, al menos debería estarlo para ti.

Dan soltó una risa corta y negó con la cabeza. —Lo está. Créeme, Ruby, lo está.

Ambos se quedaron en silencio por un momento, hasta que Dan volvió a concentrarse en los bastones y Ruby retomó su tablet. La tensión no había desaparecido del todo, pero había algo nuevo en el aire: respeto mutuo. Aunque ambos tenían enfoques diferentes, compartían un objetivo común: el bienestar y éxito de Emily.

* * *

Emily estaba de pie frente al ventanal de su cabaña, con una taza de té caliente entre las manos. Afuera, la nieve caía en copos suaves, cubriendo las calles con un manto blanco. Desde su posición, podía ver la pista de esquí iluminada por los focos, donde algunos entusiastas todavía desafiaban el frío. Pero su mente estaba lejos de las pistas. La conversación con Laura y los comentarios de Dan sobre Ruby se repetían en su cabeza como un eco incesante.

“Laura siempre cree que sabe lo que necesito”, pensó Emily, tomando un sorbo de té y dejando que el calor calmara sus manos heladas. Durante años, había admirado a Laura, incluso dependiendo de ella. Pero ahora las cosas eran diferentes. Su relación con Laura siempre había sido un tira y afloja, con Laura marcando el ritmo. Emily lo había aceptado durante mucho tiempo, pero algo había cambiado. Desde el accidente, desde que Ruby entró en su vida, Emily había cambiado.

Con un suspiro, dejó la taza sobre la mesa y se dejó caer en el sofá, pasando una mano por su cabello. Su teléfono vibró, interrumpiendo sus pensamientos. Era un mensaje de Ruby.

“¿Chocolate caliente en tu casa o café barato en la mía? Prometo no hablar de osos esta vez.”

Emily sonrió, leyendo el mensaje varias veces. Había algo en la forma en que Ruby manejaba todo que hacía que Emily se sintiera… ella misma. No como la ex campeona olímpica tratando de reconstruir su vida, sino simplemente Emily. Respondió rápidamente.

“Ven aquí. Tengo un té que probablemente odies, pero puedo compensarlo con algo más.”

En menos de quince minutos, Ruby llegó, con las mejillas sonrojadas por el frío y esa sonrisa suya que podía iluminar cualquier habitación. Llevaba una bolsa de dulces y una botella de algo que definitivamente no era té. Entró con su habitual energía, sacudiéndose la nieve del abrigo antes de cerrar la puerta.

—¿Otra sesión de “Emily filosofa frente al ventanal”? —preguntó Ruby, dejando la bolsa en la mesa y acercándose para besarla suavemente. —Te dije que mirar la nieve demasiado tiempo lleva a pensamientos existenciales.

Emily devolvió el beso, riendo mientras le ofrecía una taza.

—Quizás. O quizás estaba esperando a que vinieras a rescatarme de mi drama.

—Drama es mi segundo nombre. —Ruby bromeó, sentándose en el sofá y jalándola suavemente para que se acomodara junto a ella.

Emily se dejó caer a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—He estado pensando en Laura.

Ruby dejó la taza sobre la mesa, inclinándose ligeramente para mirarla.

—¿Qué pasa con ella ahora? ¿Vino con otro discurso emotivo sobre cómo solo ella puede salvarte?

Emily suspiró, jugando con un mechón de su propio cabello.

—Quiere estar en mi vida, pero siempre bajo sus condiciones. Me doy cuenta de que siempre ha sido así. Nunca me vio como una persona con sueños y miedos propios. Era como si yo fuera su proyecto, algo que ella podía moldear.

Ruby asintió, su expresión serena pero firme.

—¿Y qué le dijiste?

—Que necesitaba seguir adelante. Y ahora sé que tomé la decisión correcta.

Ruby sonrió, pasando un brazo por los hombros de Emily y atrayéndola un poco más cerca.

—Eso es porque lo hiciste. Laura fue importante, sí, pero ella no te define. Has pasado por mucho, Emily, y estás creciendo. Honestamente, creo que estás brillando más que nunca.

Emily levantó la vista hacia Ruby, con el corazón latiendo un poco más rápido.

—No sé si hubiera llegado hasta aquí sin ti.

Ruby se inclinó para besarla, esta vez más lentamente, dejando que el momento se llenara de la calidez que solo ellas compartían. Cuando se separaron, Ruby sonrió, rozando la nariz de Emily con la suya.

—Lo hubieras hecho, pero me alegra haber estado aquí para verlo.

Emily rió, acurrucándose más contra Ruby.

—Gracias por todo, de verdad. Por no dejarme caer en el pozo de la autoindulgencia.

—Oh, todavía tienes tus momentos. —Ruby bromeó, alcanzando una de las galletas que había traído. —Pero por suerte, soy excelente para lidiar con dramas personales.

Emily sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír. Mientras ambas se relajaban en el sofá, con la nieve cayendo suavemente afuera y el calor del hogar envolviéndolas, Emily supo que había dejado atrás a Laura y todo lo que ella representaba. Su vida ahora se sentía más clara, más simple y, sobre todo, más feliz.

* * *

Laura estaba en la estación de esquí, de pie cerca del borde de la pista principal, observando cómo los esquiadores descendían con gracia por la nieve perfectamente compactada. Llevaba un abrigo elegante que contrastaba con el equipo técnico que la rodeaba, como si quisiera recordarle a todo el mundo que ella no pertenecía del todo allí. No más. No después de cómo Emily había dejado claro que su presencia no era necesaria.

Había intentado razonar con Emily, convencerla de que lo que había entre ellas aún podía salvarse. Pero ahora, mientras el viento helado soplaba contra su rostro, Laura sabía que la respuesta había sido definitiva. Emily había cambiado. Y ese cambio la dejaba fuera.

"Tal vez siempre fui una sombra de lo que necesitaba", pensó Laura, cerrando los ojos un momento. Por años, había creído que empujar a Emily más allá de sus límites era una forma de amor. Pero ahora se daba cuenta de que su enfoque nunca tuvo espacio para el fracaso, para la vulnerabilidad. Y Emily necesitaba ambas cosas.

El sonido de pasos en la nieve la sacó de sus pensamientos. Cuando abrió los ojos, vio a Dan acercándose. El entrenador tenía esa expresión típica de alguien que iba al grano, sin rodeos.

—¿Esperando algo? —preguntó Dan, deteniéndose a su lado.

Laura forzó una sonrisa, pero no había mucha convicción detrás de ella. —Solo observando. ¿Eso está prohibido ahora?

Dan se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta. —No, pero es raro verte aquí sola. Generalmente estás en medio de todo, intentando controlar cada detalle.

—Gracias por la sutileza, Dan. —respondió Laura, aunque su tono no era tan afilado como de costumbre. —Supongo que ya no tengo nada que controlar.

Dan la miró de reojo, notando el cansancio en su rostro. No físico, sino algo más profundo, algo que no se podía arreglar con un descanso. —¿Te rindes entonces? Porque si eso es lo que pasa, es la primera vez que lo veo en ti.

Laura dejó escapar una risa seca, mirando a la pista nuevamente. —No me estoy rindiendo, Dan. Estoy aceptando. Hay una diferencia.

Dan asintió lentamente, su mirada siguiéndola mientras ella hablaba. —Eso es cierto. ¿Y qué estás aceptando exactamente?

Laura tomó un momento antes de responder, como si necesitara reunir fuerzas. —Que Emily no necesita que esté en su vida. Al menos, no como yo pensaba. Ella ha encontrado algo, alguien, que la hace más fuerte. Y no soy yo.

Dan soltó un largo suspiro, observando cómo un grupo de niños pequeños intentaba bajar la pendiente sin caerse. —No es fácil darse cuenta de que no somos el centro del universo de alguien. Pero si de verdad te importa, dejarás que encuentre su camino.

Laura lo miró, y por primera vez, su expresión no era desafiante ni orgullosa. Era vulnerable. —Lo sé. Por eso estoy aquí. Porque necesitaba verlo por mí misma. Ver que está bien sin mí.

Dan asintió de nuevo, quedándose en silencio por un momento. Finalmente, le dio una palmada en el hombro. —Eres más fuerte de lo que crees, Laura. No todo el mundo es capaz de soltar algo que ha significado tanto.

Laura no respondió, pero una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Mientras Dan se alejaba para atender a uno de los esquiadores, Laura miró hacia las montañas, sintiendo cómo una especie de calma se asentaba sobre ella.

Sabía que no iba a ser fácil, pero tal vez era hora de dejar de mirar hacia atrás y empezar a pensar en lo que vendría después. Emily había elegido su propio camino, y Laura, aunque dolida, estaba empezando a comprender que era lo mejor.

Con un último vistazo a la pista, se giró y comenzó a caminar hacia el estacionamiento. El viento helado seguía soplando, pero por primera vez en mucho tiempo, no le molestó. Era un nuevo comienzo, incluso si aún no sabía a dónde la llevaría.

* * *

Ruby estaba en la pequeña cafetería de siempre, una taza de café humeante frente a ella y su tablet apoyada contra una servilleta arrugada. Había pasado toda la mañana revisando las estadísticas y los vídeos de los entrenamientos de Emily, buscando patrones, posibles mejoras… cualquier cosa que pudiera ayudar. Pero su mente seguía vagando hacia algo que no estaba en los gráficos: Laura.

La aparición de Laura había sacudido algo en Emily, y aunque Ruby no lo decía en voz alta, también había tenido un impacto en ella. Laura representaba una parte del pasado de Emily que Ruby no podía tocar, un tiempo y un vínculo que parecía impenetrable. Y aunque Emily había

dejado claro que quería avanzar, Ruby no podía evitar preguntarse si alguna parte de ella seguía atrapada en esa dinámica.

Mientras estaba perdida en sus pensamientos, la puerta del café se abrió, y Emily entró, su rostro iluminado por una mezcla de frío y determinación. Llevaba un abrigo grueso y una bufanda desproporcionadamente grande que le daba un aire cómico, pero adorable. Ruby no pudo evitar sonreír al verla.

—¿Es este tu nuevo despacho? —bromeó Emily mientras se sentaba frente a Ruby y se quitaba la bufanda. —Porque necesito hablar con tu jefa sobre las condiciones laborales.

Ruby fingió indignación. —Mi jefa soy yo, y déjame decirte que soy una pesadilla. Ni siquiera me dan días libres.

Emily soltó una risa suave, relajándose un poco. —Bueno, espero que al menos tu jefe te haya permitido un descanso para este café.

Ruby levantó su taza en un brindis improvisado. —Lo he negociado. Aunque me ha costado mucho.

Ambas rieron, pero la risa pronto se desvaneció, dejando un silencio cómodo entre ellas. Emily miró a Ruby, sus dedos jugueteando con la servilleta. Finalmente, tomó aire y habló.

—Quería decirte algo. Algo importante. —dijo Emily, su tono más serio ahora. —Después de todo lo que ha pasado, con Laura y todo eso, he estado pensando mucho. Y quiero que sepas que no tengo dudas sobre dónde estoy ahora. No sobre lo que quiero.

Ruby parpadeó, sorprendida por la intensidad en los ojos de Emily. —¿Y qué es lo que quieres?

Emily sonrió suavemente, apoyando las manos sobre la mesa. —Quiero seguir avanzando. Quiero seguir esforzándome en el esquí, pero también quiero algo más. Quiero que tú estés en mi vida, Ruby. No solo como mi fisioterapeuta, o como la persona que siempre sabe cómo hacerme reír. Quiero que estés aquí porque… porque no puedo imaginarme esto sin ti.

Ruby sintió que su corazón se aceleraba. No era alguien que se quedara sin palabras fácilmente, pero en ese momento, todo lo que pudo hacer fue mirar a Emily y asimilar lo que acababa de escuchar. Finalmente, sonrió, apoyando una mano sobre la mesa, cerca de la de Emily.

—Bueno, eso es un poco injusto. —dijo Ruby, su tono más ligero para romper la tensión. —¿Cómo se supone que voy a decir algo ingenioso después de eso?

Emily rió, sacudiendo la cabeza. —No tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras.

Ruby apretó suavemente la mano de Emily, mirándola directamente a los ojos. —Lo sé. Y yo también quiero estar aquí. Para ti, con todo lo que eso implique.

Por primera vez en mucho tiempo, Ruby se sintió completamente segura de lo que estaba haciendo. Laura ya no era una sombra que pesara sobre su relación con Emily. Todo lo que importaba era el momento presente y el futuro que ambas estaban construyendo, un paso a la vez.

Mientras las dos se sumergían en una conversación más ligera, el café seguía llenándose con el sonido de tazas chocando y conversaciones murmuradas. Pero para Ruby, todo el ruido se desvanecía, dejando solo la certeza de que estaba exactamente donde debía estar: al lado de Emily.

14

Declaraciones y Decisiones

Ruby estaba en el apartamento de Chloe, sentada en el suelo con una copa de vino en la mano y un ligero rubor en las mejillas, producto de la bebida… y de las palabras que llevaba reteniendo durante días. Chloe estaba en el sofá, con una manta envuelta alrededor de sus piernas y un bol de patatas fritas que estaba devorando con entusiasmo. El ambiente era relajado, pero Ruby sabía que había venido aquí por una razón.

—Vale, suéltalo ya. —dijo Chloe, mirando a Ruby por encima del borde de su copa. —Sé que tienes algo en mente porque llevas tres minutos mirando esa pared como si fuera a darte las respuestas de la vida.

Ruby se rió, aunque era más un reflejo nervioso que genuino. —¿Siempre tienes que ser tan directa?

—Solo cuando veo que alguien necesita un empujón. —respondió Chloe, encogiéndose de hombros. —Y ahora mismo, tú lo necesitas. Así que, ¿qué pasa?

Ruby dejó la copa en la mesa y pasó una mano por su cabello, claramente incómoda. —Es Emily. Creo que… bueno, no creo. Estoy segura. Me gusta. Más que me gusta. Estoy completamente enamorada, Chloe. Y no sé si estoy haciendo lo correcto.

Chloe arqueó una ceja, divertida. —¿Lo correcto? ¿Qué es eso siquiera? ¿A qué te refieres con “hacer lo correcto”? ¿Tienes miedo de que no sienta lo mismo?

Ruby negó con la cabeza, aunque su expresión decía otra cosa. —No es eso. Bueno, tal vez un poco. Pero lo que realmente me preocupa es que esto pueda complicar las cosas para ella. Ya tiene suficiente con su recuperación, su carrera, y todo lo que pasó con Laura. No quiero ser otra cosa que tenga que manejar.

Chloe dejó el bol de patatas en la mesa y se inclinó hacia adelante, mirándola con una mezcla de comprensión y firmeza. —Ruby, escucha. Emily no necesita que seas perfecta. No necesita

que seas su fisioterapeuta ideal o su apoyo emocional incondicional. Necesita que seas tú. Y si tú te preocupas tanto por esto, es porque ya eres importante para ella.

Ruby dejó escapar un suspiro largo, como si el peso de sus dudas estuviera comenzando a disiparse. —Es que… nunca había sentido algo así. No por alguien con quien trabajo, no por alguien tan increíblemente fuerte y al mismo tiempo tan vulnerable.

Chloe sonrió, apoyando una mano sobre la rodilla de Ruby. —Bueno, esa es la cosa sobre los sentimientos: no siguen reglas. Pero, por lo que he visto, Emily no necesita que la protejas de lo que sientes. Probablemente esté esperando que tú te des cuenta de que ella ya está lista para esto.

Ruby se quedó en silencio por un momento, procesando las palabras de Chloe. Finalmente, asintió, levantando su copa de nuevo. —Supongo que lo único que puedo hacer es ser honesta, ¿no?

—Exactamente. —Chloe levantó su copa para chocar con la de Ruby. —Por Emily, por ti, y por dejar de pensar tanto.

Ruby rió, sintiéndose un poco más ligera. Mientras bebía un sorbo, una chispa de confianza comenzó a crecer en su interior. Quizás era hora de dar ese salto, de admitir lo que llevaba meses sintiendo. Porque, al final, no había nada más liberador que ser honesta, tanto con Emily como consigo misma.

* * *

La cabaña de Emily estaba envuelta en una quietud inusual, rota únicamente por el suave crepitar de la chimenea. El aire olía a madera quemada y al té que se enfriaba lentamente en las tazas olvidadas sobre la mesa. Emily estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y los dedos inquietos jugando con el dobladillo de su jersey. Frente a ella, Ruby la miraba con una mezcla de curiosidad y paciencia, apoyada en el brazo del sofá, como si estuviera esperando una señal para intervenir.

—¿Todo bien? —preguntó Ruby finalmente, inclinando ligeramente la cabeza. Su tono era ligero, pero sus ojos reflejaban auténtico interés. —Es raro verte tan callada. Normalmente, ya habrías hecho al menos tres comentarios sarcásticos sobre mi chaqueta o mi capacidad para no derramar té.

Emily soltó una risa suave, aunque su mirada seguía fija en la chimenea. —Sí, estoy bien. Bueno, no del todo. Hay algo que quiero decir, pero… no sé por dónde empezar.

Ruby arqueó una ceja, inclinándose un poco más hacia ella. —¿Es algo malo? Porque, si es por lo de llamarte “torbellino testarudo” esta mañana, lo retiro. Aunque sigo pensando que te describe bien.

Emily negó con la cabeza, su sonrisa tímida asomando antes de desvanecerse. —No, no es eso. Es algo más… complicado.

Ruby dejó su taza en la mesa y se acomodó en el sofá, sentándose más cerca de Emily, con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en ella.

—Complicado no es algo que me asuste. Así que, dispara.

Emily respiró profundamente, sus dedos todavía inquietos sobre el dobladillo de su jersey. —He estado pensando mucho en todo lo que ha pasado estos últimos meses. En cómo todo cambió después del accidente, en las cosas que perdí y las que gané. Y especialmente… en ti. —Hizo una pausa, como si las palabras que venían después fueran una prueba de salto al vacío. —Y me di cuenta de que no quiero quedarme con cosas sin decir.

Ruby la observó con atención, su expresión suavizándose mientras procesaba sus palabras. —¿Qué cosas?

Emily alzó la mirada hacia Ruby, con el corazón latiendo con fuerza. —Que lo que siento por ti no es solo atracción, ni una amistad especial. Me importas, Ruby. Más de lo que pensé que alguien podría importarme. Creo… creo que estoy enamorada de ti.

El silencio que siguió fue tan profundo que Emily sintió que podía escuchar su propio corazón acelerado. Por un instante, el miedo se apoderó de ella: el miedo a haber dicho demasiado, a haber leído mal las señales, a haber dado un paso más grande del que Ruby estaba preparada para dar. Pero entonces, Ruby sonrió. No una de sus sonrisas habituales de complicidad o humor, sino una que iluminó su rostro con algo completamente distinto: ternura.

—Emily… —Ruby dijo finalmente, su voz más suave de lo habitual. —Llevo semanas tratando de entender lo que siento por ti. Cada vez que estoy contigo, todo lo demás desaparece, y al principio, eso me aterrorizaba. Pero ya no. No puedo ignorarlo más. Estoy enamorada de ti, Emily.

La risa nerviosa de Emily escapó antes de que pudiera contenerla, acompañada de una sonrisa que parecía iluminar toda la habitación. —¿De verdad?

Ruby tomó las manos de Emily entre las suyas, sus dedos entrelazándose con suavidad. —Sí, de verdad. Y si esto es una locura, entonces soy feliz de estar loca contigo.

Emily se inclinó hacia ella, descansando la frente contra la de Ruby, mientras sentía el alivio y la felicidad inundarla. —No tenía ni idea de cómo ibas a reaccionar. Pero ahora que lo sé, creo

que este es el salto más grande que he dado en mi vida.

Ruby rio suavemente, levantando una mano para acariciar la mejilla de Emily. —¿Más grande que saltar por una pista helada a toda velocidad?

Emily asintió, todavía sonriendo. —Definitivamente más grande. Esto es más importante que cualquier carrera.

Ruby la miró durante un instante que pareció eterno, antes de inclinarse y besarla. Fue un beso lleno de promesas no dichas, una conexión que ambas sabían que no necesitaría muchas palabras para fortalecerse. Cuando se separaron, Ruby apretó suavemente las manos de Emily antes de soltar una risa ligera.

—Entonces, por nosotras. Por ser tan testarudas como para enfrentarnos a esto juntas.

Emily tomó su taza de té, levantándola como si fuera una copa de champán. —Por nosotras. Aunque técnicamente, creo que yo soy más testaruda que tú.

Ruby rio, tomando también su taza. —Lo debatiremos en la próxima sesión de entrenamiento. Y por debatir, me refiero a que intentaré no reírme cuando caigas al suelo.

Ambas chocaron las tazas en un brindis improvisado, y aunque el té ya estaba frío, la calidez en la habitación era suficiente para borrar cualquier sensación de incomodidad. Emily observó la chimenea y luego miró a Ruby, sintiendo una certeza tranquila en su pecho: este era solo el comienzo de algo mucho más grande.

* * *

El salón de Emily estaba lleno de ruido y risas, un contraste marcado con las noches tranquilas que solía disfrutar en soledad. Ryan había traído su guitarra, Chloe había llegado con un par de botellas de vino, y Ruby estaba sentada en el rincón del sofá, con las piernas cruzadas y una sonrisa que delataba lo cómoda que se sentía. Emily, mientras tanto, estaba apoyada en la encimera de la cocina, preparando unos aperitivos improvisados.

—¡Vale, basta! —exclamó Chloe, levantando las manos dramáticamente mientras Ryan intentaba tocar una melodía que claramente no recordaba. —Si vas a torturarnos con eso, al menos hazlo con algo decente. ¿Qué pasó con Wonderwall?

Ryan se giró hacia ella, fingiendo estar ofendido. —¿Wonderwall? ¿Quién crees que soy, un cliché de los años noventa?

Desde el otro lado del salón, Ruby levantó una ceja. —Literalmente lo tocaste la semana pasada, Ryan.

El comentario provocó una risa general. Emily, cargando un plato de patatas fritas y un bol de salsa, se unió al grupo y dejó los aperitivos en la mesa.

—De acuerdo, dejemos que la música descanse un rato. —sugirió Emily, sentándose junto a Ruby. —Tengo curiosidad: ¿por qué vinisteis tan rápido hoy? No es que no me guste vuestra compañía, pero parece que teníais prisa por venir.

Chloe sonrió y se encogió de hombros. —¿No podemos disfrutar de una noche con nuestra persona favorita?

—No cuela. —Emily la miró con escepticismo, mientras Ruby se inclinaba hacia atrás, divertida. —Siempre hay un motivo oculto. ¿Qué queréis?

Ryan rio, pero su expresión lo traicionó. —Bueno, en realidad Chloe tenía curiosidad por verte. Dijo que estabas actuando raro últimamente.

Emily parpadeó, confusa. —¿Raro? ¿Qué se supone que significa eso?

Chloe tomó un sorbo de vino, ocultando una sonrisa. —Solo digo que estás menos sarcástica de lo habitual. Algo está pasando.

Ruby, con una sonrisa traviesa, decidió añadir leña al fuego. —¿Menos sarcástica? Eso sí que suena serio. ¿Seguro que estás bien?

Emily lanzó una mirada de advertencia a Ruby antes de suspirar y mirar a su hermano. —Ryan, ¿no tienes nada mejor que hacer que analizar mi comportamiento?

Ryan frunció el ceño, como si estuviera intentando descifrar un enigma. —No es análisis, Em. Es curiosidad de hermano mayor.

—Hermano menor. —lo corrigió Emily automáticamente, rodando los ojos.

Ruby se giró hacia Chloe, señalando a Ryan con la cabeza. —¿Siempre ha sido así de lento?

Chloe rio, dándole un codazo a Ryan. —Vamos, cariño, creo que es hora de que uses el cerebro.

Ryan frunció el ceño, mirando a Emily y Ruby alternativamente, mientras los engranajes en su cabeza parecían empezar a funcionar. Finalmente, algo en su rostro cambió, y se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—¡Espera un momento! —exclamó, señalándolas. —¿Vosotras dos estáis juntas?

Ruby dejó escapar una carcajada mientras Emily se pasaba una mano por la cara. —Dios mío, Ryan. ¿De verdad te ha llevado tanto tiempo darte cuenta?

—¿Es un sí? —preguntó Ryan, todavía en shock. —¿Estáis juntas de verdad?

Chloe suspiró, cruzándose de brazos. —Claro que están juntas. ¿Qué pensabas que estaba pasando cada vez que Emily no paraba de hablar de Ruby?

Ryan la miró, ofendido. —¡Yo qué sé! Pensaba que eran… amigas cercanas o algo así.

Ruby levantó su copa de vino, con una sonrisa burlona. —Sí, amigas muy cercanas.

—Esto es ridículo. —Ryan se hundió en el sofá, todavía procesando. —Soy el último en enterarme. ¡Soy su hermano! Se supone que debería saber estas cosas antes que nadie.

Emily le dio un codazo en el brazo, divertida. —Tal vez deberías prestar más atención. No es como si estuviéramos ocultándolo.

Ruby asintió, añadiendo con tono serio. —De hecho, Chloe lo sabía desde hace semanas.

Ryan miró a Chloe, indignado. —¿Y no me lo dijiste?

Chloe se encogió de hombros, sonriendo. —No era mi secreto que contar. Además, quería ver cuánto tardabas en darte cuenta por ti mismo.

Emily se inclinó hacia Ruby, susurrándole al oído. —Esto es demasiado divertido.

Ruby asintió, respondiendo en el mismo tono. —Casi siento pena por él. Casi.

Ryan, todavía aturdido, suspiró dramáticamente. —Muy bien, lo acepto. Pero que conste que merezco una disculpa por ser el último en saberlo.

Emily rio, levantando su copa de té como si brindara. —Por Ryan, el último en enterarse, pero al menos el más divertido de ver reaccionar.

Ruby y Chloe rieron, levantando sus copas también. Aunque las bromas continuaron, el momento estaba cargado de calidez y aceptación. Ryan finalmente se relajó, lanzando algún que otro comentario sobre cómo “necesitaría tiempo para procesarlo”, pero sus ojos brillaban con alegría genuina.

Emily, mirando a su hermano y su mejor amiga, sintió una punzada de gratitud. Y cuando Ruby entrelazó sus dedos con los de ella bajo la mesa, supo que este era un momento que recordaría siempre: caótico, divertido y absolutamente perfecto.

* * *

El sonido de los esquís cortando la nieve y las voces de los entrenadores resonaban en la estación de esquí. Emily estaba de pie en la cima de una pista de entrenamiento, ajustándose las gafas mientras Dan, su entrenador, daba instrucciones desde abajo con gestos amplios y exagerados que apenas podía entender a esa distancia.

—¡Mantén la línea y no te dejes llevar por la pendiente! —gritó Dan, aunque el viento helado parecía llevarse parte de sus palabras.

Ruby, que observaba desde un lateral con su tablet en mano, se giró hacia Emily, gritando por encima del ruido. —¡Traducción: No hagas nada estúpido que nos haga gastar más tiempo en rehabilitación!

Emily rió, ajustándose los guantes mientras respondía con un tono sarcástico. —¡Gracias por el recordatorio, Ruby! Justo lo que necesitaba para motivarme.

Ruby rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír. Había algo diferente en Emily esa mañana. Había una determinación en su mirada que no había visto antes, una mezcla de nerviosismo y confianza que indicaba que estaba lista para darlo todo.

—¿Estás preparada para esto? —preguntó Ruby mientras Emily se colocaba en posición. —Es solo un entrenamiento, pero es importante. Si superas esta bajada, será un gran paso.

Emily asintió, apretando las correas de los bastones. —Lo estoy. Pero, si caigo, prometo no culparte por distraerme con tus gritos desde el lateral.

—Cuidado con lo que prometes. —Ruby respondió, sonriendo ampliamente. —Porque tengo un vídeo de esa vez que tropezaste en la alfombra. Y no dudaré en usarlo como chantaje.

Emily negó con la cabeza, todavía riendo, pero su risa se desvaneció cuando se inclinó hacia adelante, preparándose para la bajada. En el momento en que se lanzó por la pista, todo lo demás quedó en segundo plano. La velocidad, el frío cortando su rostro, y la nieve bajo sus esquís se convirtieron en su único enfoque.

Ruby la siguió con la mirada, grabando cada movimiento en la tablet mientras su corazón latía con fuerza. A pesar de su confianza en Emily, no podía evitar sentir un nudo de preocupación. Cada curva, cada giro, era una prueba no solo de las habilidades de Emily, sino también de cuánto estaba dispuesta a arriesgar para volver a competir.

Cuando Emily llegó al final de la pista, frenando con un giro limpio que levantó una nube de nieve, Ruby y Dan estallaron en aplausos. Emily se quitó las gafas, con una sonrisa amplia y triunfante que iluminaba su rostro.

—¡Eso estuvo increíble! —gritó Ruby mientras corría hacia ella, tablet en mano. —Creo que hasta Dan está a punto de sonreír, y eso es algo raro.

Dan asintió con aprobación, aunque su expresión seguía siendo seria. —Buen trabajo, Emily. Pero no te confíes. Esto fue solo una bajada. La competición real será mucho más exigente.

Emily asintió, todavía sonriendo. —Lo sé. Pero este es un buen comienzo.

Ruby le dio un ligero golpe en el hombro, incapaz de ocultar su orgullo. —Es más que un buen comienzo. Es la prueba de que estás lista. Aunque aún tendremos que trabajar en esa curva final. Parecías un poco tensa.

Emily rió, recogiendo sus bastones. —Siempre tienes algo que criticar, ¿verdad?

—Por supuesto. Es mi trabajo. —respondió Ruby con una sonrisa.

Mientras caminaban hacia el remonte, Emily se dio cuenta de lo mucho que había cambiado en los últimos meses. No solo había recuperado parte de su confianza, sino que también había encontrado algo más importante: el apoyo incondicional de las personas que la rodeaban. Y aunque la competición se acercaba rápidamente, por primera vez en mucho tiempo, se sentía preparada para enfrentar lo que viniera.

* * *

La noche se cernía sobre la cabaña, con el suave resplandor de la chimenea proyectando sombras danzantes en las paredes. El aire dentro estaba cargado, no por el calor de la habitación, sino por la tensión palpable que había crecido entre Emily y Ruby durante semanas. Ahora, sentadas juntas en el sofá, compartiendo una manta que apenas lograba cubrirlas, esa tensión parecía estar al borde de desbordarse.

Emily giró la cabeza hacia Ruby, notando cómo las llamas reflejaban destellos dorados en su cabello oscuro. La tablet con los vídeos de entrenamiento estaba olvidada sobre la mesa, junto a las copas de vino casi vacías. La conversación que habían sostenido hasta hace unos minutos se había desvanecido en un silencio que no era incómodo, pero sí lleno de expectativas.

—¿Sabes? —Emily rompió el silencio, una sonrisa juguetona asomando en sus labios—. Creo que deberías ser un poco más amable con tus críticas. Llamar a mi giro final “patético” no es exactamente motivador.

Ruby soltó una carcajada suave, dejando su copa en la mesa y girándose hacia Emily con una mirada que mezclaba diversión y algo más, algo más profundo. —No dije “patético”. Dije que parecía el de un pato borracho. Hay una diferencia importante.

Emily fingió estar ofendida, empujándola ligeramente con el hombro. —¿De verdad? ¿Así tratas a todas tus pacientes? Porque si es así, me estoy planteando seriamente despedirte.

Ruby sonrió, inclinándose lo suficiente como para que sus rostros quedaran peligrosamente cerca. —No, solo a las que me importan lo suficiente como para decirles la verdad. Y tú estás en la cima de esa lista.

El tono de Ruby era ligero, pero sus palabras hicieron que Emily sintiera un calor diferente al que provenía de la chimenea. Se mordió el labio, intentando ignorar el ritmo acelerado de su corazón mientras apartaba la mirada hacia las llamas.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruby suavemente, inclinándose un poco más. —No es propio de ti quedarte callada después de un comentario mío. ¿Te he dejado sin palabras?

Emily dejó escapar una risa nerviosa, moviendo la cabeza para mirarla directamente. —No exactamente. Es solo que… hay algo que quiero decir, pero no estoy segura de cómo empezar.

Ruby ladeó la cabeza, su expresión suavizándose. —Emily, puedes decirme lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Emily asintió, tomando aire como si se estuviera preparando para saltar desde una altura considerable. —Lo sé. Es solo que… estoy cansada de tener miedo. Miedo de lo que siento, de lo que quiero. Y ahora mismo, lo que quiero… eres tú.

Ruby parpadeó, sorprendida, pero no apartó la mirada. En lugar de responder de inmediato, levantó una mano y la colocó suavemente sobre la mejilla de Emily, acariciándola con el pulgar. —¿De verdad quieres esto, Em? Porque si lo hacemos, no voy a retroceder.

Emily no necesitó pensarlo. Sin decir una palabra más, se inclinó hacia Ruby, cerrando la distancia entre ellas hasta que sus labios se encontraron en un beso suave, casi tímido al principio. Pero la timidez no duró. Ruby correspondió rápidamente, profundizando el beso mientras sus manos se deslizaban hacia el cuello de Emily, atrayéndola más cerca.

El tiempo parecía detenerse mientras se besaban, el calor entre ellas creciendo rápidamente. Emily dejó escapar un pequeño suspiro, moviéndose para sentarse a horcajadas sobre Ruby, sus manos deslizándose por sus hombros hasta detenerse en su cintura. Ruby, por su parte, dejó que sus dedos recorrieran lentamente la espalda de Emily, explorando cada curva con una mezcla de delicadeza y deseo.

—¿Sabes cuánto he esperado esto? —murmuró Ruby contra los labios de Emily, su voz entrecortada mientras buscaba su mirada.

Emily sonrió, dejando un beso en la mandíbula de Ruby antes de susurrar en su oído. —Espero que haya valido la pena, porque no pienso dejarte ir ahora.

Ruby soltó una risa suave, deslizando sus manos hacia las caderas de Emily y presionándola ligeramente hacia ella. —Definitivamente ha valido la pena.

El mundo exterior desapareció mientras ambas se dejaban llevar por el momento. Las manos de Ruby encontraron el camino bajo la camiseta de Emily, su tacto enviando escalofríos que contrastaban con el calor que crecía entre ellas. Emily, por su parte, comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Ruby, sus movimientos seguros pero llenos de ternura.

El sofá, la manta en el suelo y las llamas de la chimenea se convirtieron en el escenario de una conexión que habían estado construyendo durante meses. No había prisas, solo el deseo de

explorar cada rincón, cada emoción que habían mantenido contenida hasta ese momento.

Cuando finalmente se recostaron juntas, con sus cuerpos entrelazados bajo la luz tenue de la chimenea, Emily apoyó la cabeza en el pecho de Ruby, escuchando los latidos rápidos de su corazón. Ruby acariciaba su cabello suavemente, dejando un beso en su frente.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —susurró Ruby, rompiendo el silencio con una sonrisa en su voz.

Emily levantó la cabeza lo suficiente como para mirarla, sonriendo también. —Solo cuando estoy contigo.

Ambas rieron suavemente, volviendo a abrazarse mientras la noche avanzaba. No había palabras suficientes para describir lo que sentían, pero tampoco eran necesarias. En ese momento, todo estaba exactamente como debía estar.

15

Obstáculos Finales

El sol de la mañana apenas había comenzado a iluminar las pistas de entrenamiento cuando Emily, con sus esquís firmemente ajustados y un aura de determinación, emprendió una nueva sesión. Ruby y Dan observaban desde un lateral, con Ruby revisando los datos de las últimas prácticas en su tablet y Dan cruzado de brazos, siempre con su expresión severa habitual.

—Hoy parece estar en su mejor forma —comentó Ruby, aunque su mirada permanecía fija en Emily mientras descendía con velocidad controlada.

—Lo está. —admitió Dan, aunque con un tono que no podía evitar sonar cauteloso. —Pero a veces, cuando estás demasiado confiado, es cuando las cosas pueden ir mal.

Ruby rodó los ojos, apartando la vista de la tablet para mirarlo. —Siempre tan optimista, ¿eh? ¿Alguna vez consideras felicitarla por sus progresos sin añadir una dosis de pesimismo?

Dan no respondió, simplemente se encogió de hombros mientras seguía observando. En ese momento, Emily entró en una de las curvas más cerradas del circuito, empujándose al límite para mejorar su tiempo. Pero justo cuando parecía que la maniobra iba a ser perfecta, un pequeño parche de nieve helada la hizo perder el equilibrio.

Todo ocurrió en un instante. Emily intentó recuperar el control, pero sus esquís se cruzaron, y en cuestión de segundos, se desplomó sobre la pendiente, rodando un par de metros antes de detenerse.

Ruby dejó caer la tablet y corrió hacia ella, seguida de Dan, cuyo paso era más calculado pero igual de urgente.

—¡Emily! —gritó Ruby mientras se acercaba, su voz cargada de preocupación. Cuando llegó, Emily ya estaba sentada, sacudiendo la nieve de sus guantes, pero su rostro estaba tenso, y sus ojos delataban más que solo el dolor físico.

—Estoy bien. —dijo Emily rápidamente, aunque su tono no convenció a nadie.

Ruby se arrodilló frente a ella, ignorando el frío que se colaba a través de sus pantalones. —¿Estás segura? Porque esa caída no pareció nada bien.

Emily asintió, pero evitó el contacto visual. —Solo fue un resbalón. Puedo manejarlo.

Dan llegó en ese momento, revisando los esquís y el equipo de Emily con la eficiencia de alguien que había visto más caídas de las que podía contar. —Parece que los esquís están bien, pero ¿y tú? ¿Puedes levantarte sin problemas?

Emily intentó ponerse de pie, apoyándose en uno de los bastones, pero una mueca de dolor cruzó su rostro cuando su pierna izquierda hizo contacto con el suelo. Ruby no necesitó más para saber que algo estaba mal.

—De acuerdo, eso es suficiente. —dijo Ruby con firmeza, colocando una mano en el hombro de Emily para detenerla. —Vamos a revisar esto antes de que hagas algo más estúpido.

Emily frunció el ceño, apartándose ligeramente. —No estoy siendo estúpida. Solo necesito un minuto.

—Emily. —La voz de Ruby era suave pero autoritaria. —Sé que quieres seguir adelante, pero si te lastimas más, no habrá un "adelante". Déjame hacer mi trabajo, ¿vale?

Emily apretó los labios, claramente frustrada, pero finalmente cedió, dejándose caer de nuevo sobre la nieve. Dan intercambió una mirada rápida con Ruby antes de hablar.

—Te llevaremos de vuelta al centro. Ruby puede echar un vistazo, y si todo está bien, vuelves mañana. No hoy.

Emily asintió a regañadientes mientras Ruby comenzaba a revisar su pierna con manos expertas, palpando suavemente para asegurarse de que no hubiera lesiones graves. Aunque el dolor parecía estar bajo control, la expresión de Emily decía mucho más sobre su estado emocional que físico.

—No es solo la pierna, ¿verdad? —preguntó Ruby en voz baja mientras le ayudaba a levantarse.

Emily negó con la cabeza, suspirando. —Es la maldita presión. Justo cuando siento que estoy avanzando, algo como esto pasa, y… es como si nunca fuera suficiente.

Ruby apretó suavemente su hombro mientras la ayudaba a caminar hacia el remonte. —Emily, un tropiezo no define tu carrera ni quién eres. Es solo eso, un tropiezo. Y estoy aquí para recordártelo cada vez que lo olvides.

Aunque Emily no respondió de inmediato, algo en su postura se relajó ligeramente. La caída había sido un revés, pero no el fin. Y con Ruby a su lado, enfrentarse a los obstáculos finales parecía un poco menos abrumador.

* * *

El apartamento de Ruby estaba en un silencio inusual, roto solo por el suave zumbido del radiador. Emily estaba sentada en el sofá con la pierna izquierda estirada sobre un cojín y una bolsa de hielo descansando en su rodilla. Su expresión alternaba entre frustración y resignación, mientras miraba hacia la ventana, donde la nieve seguía cayendo. Ruby entró desde la cocina con dos tazas de té caliente y se dejó caer en el sofá a su lado, colocando una de las tazas en la mesa frente a Emily.

—Tómate esto. Es una receta mágica: té, paciencia y una pizca de "deja de preocuparte por cosas que no puedes controlar". —dijo Ruby con una sonrisa suave mientras tomaba un sorbo de su propia taza.

Emily dejó escapar un suspiro, apartando la mirada de la ventana para mirar a Ruby. —¿La paciencia es el ingrediente principal? Porque creo que me falta en la despensa.

Ruby soltó una risa, dejando su taza sobre la mesa antes de girarse completamente hacia Emily. —Sabes, eres buena en muchas cosas, pero dramatizar podría ser tu talento oculto.

Emily intentó no sonreír, pero no pudo evitar que las comisuras de sus labios se curvaran. —¿Dramatizar? Me caí en la pista, Ruby. ¿Sabes lo que significa eso? Significa que estoy retrocediendo. Y con la competición tan cerca, no puedo permitírmelo.

Ruby la observó por un momento antes de hablar, su tono más serio ahora. —Emily, escúchame. Una caída no define todo lo que has hecho hasta ahora. Has trabajado más duro de lo que nadie puede imaginar, y una caída no borra eso. Lo que importa es cómo te levantas. Literal y figuradamente.

Emily hizo una mueca, ajustando la bolsa de hielo en su rodilla. —Eso suena bonito, pero no cambia el hecho de que cada día perdido es un paso más lejos de estar preparada.

Ruby se inclinó hacia adelante, apoyando un codo en el respaldo del sofá mientras señalaba la pierna de Emily. —¿Sabes lo que sí te alejará definitivamente de esa competición? Ignorar el hecho de que tu cuerpo necesita tiempo para sanar. ¿Qué prefieres: perder un día para recuperarte o arriesgar todo y no llegar a la línea de salida?

Emily no respondió de inmediato, pero el brillo de terquedad en sus ojos comenzó a desvanecerse. Ruby tomó eso como una pequeña victoria y continuó.

—Estás acostumbrada a ser perfecta. Lo entiendo. Pero, Em, incluso los mejores tropiezan. La diferencia está en cómo manejas esos tropiezos. Y ahora mismo, lo que necesitas es permitirte un momento para respirar. No eres una máquina.

Emily dejó escapar un largo suspiro, frotándose las sienes antes de mirar a Ruby. —¿Cómo es que siempre sabes qué decir?

Ruby sonrió, encogiéndose de hombros. —Es un don. Pero también es porque te conozco. Y porque me importa. Mucho más de lo que probablemente debería.

Esa confesión, aunque dicha con ligereza, hizo que Emily levantara la mirada, sorprendida por la sinceridad en los ojos de Ruby. —¿Más de lo que deberías?

Ruby sostuvo su mirada, su sonrisa desvaneciéndose en algo más serio. —Sí. Porque tú importas más de lo que nunca admitirías. Y no voy a dejar que te hundas en un mar de inseguridades por algo tan pequeño como una caída.

Emily dejó la bolsa de hielo a un lado y se inclinó hacia Ruby, colocándose lo suficientemente cerca como para sentir su calor. —Gracias. Por todo. No sé qué haría sin ti.

Ruby se encogió de hombros, intentando mantener el tono ligero. —Probablemente caerías un poco más. O perderías en el ajedrez que claramente estás jugando contra tu propia cabeza.

Emily soltó una risa suave y, por primera vez en todo el día, dejó que la tensión se desvaneciera. Ruby no solo había aliviado su miedo, sino que también le había recordado que no tenía que enfrentarse a todo sola. Y en ese momento, eso era todo lo que necesitaba.

* * *

El sonido de la puerta principal abriéndose rompió el silencio del apartamento. Emily levantó la vista desde el sofá, donde seguía con la pierna apoyada en un cojín, y vio a Chloe entrar con una sonrisa brillante y una bolsa de papel marrón en la mano. Ryan la seguía, cargando dos cajas grandes con el entusiasmo de alguien que claramente no sabía qué estaba sucediendo.

—¡Intervención oficial! —anunció Chloe, dejando la bolsa en la mesa de café frente a Emily.

—¿Intervención? —preguntó Emily, arqueando una ceja mientras observaba a su mejor amiga revolver en la bolsa.

Ryan dejó las cajas en el suelo y se quitó el abrigo, dirigiéndole a Emily una mirada de hermano mayor ligeramente exasperado. —Sí, intervención. Porque aparentemente, alguien aquí necesita que le recuerden que no es el fin del mundo por una caída.

Emily suspiró, ya anticipando el sermón que estaba por venir. —¿Os envió Ruby? Porque estoy bastante segura de que puedo manejar esto sola.

Chloe, sin levantar la vista, sacó un recipiente de helado de la bolsa y lo dejó en la mesa junto a una selección de chocolates. —Ruby no tuvo nada que ver. Esto es cosa nuestra. Aunque,

si lo piensas, deberías agradecerle porque claramente nos inspiró a venir y asegurarnos de que no te hundas en un pozo de autocompasión.

Ryan asintió mientras se sentaba en el sillón cercano. —Además, sabemos que no puedes resistirte a nuestra combinación de encanto y consejos no solicitados.

Emily miró el helado y luego a los chocolates, sabiendo que sus intentos de mantener la fachada de seriedad estaban a punto de fracasar. —No puedo creer que hayáis traído helado como estrategia motivacional.

—Es helado de menta con trozos de chocolate. —respondió Chloe, como si eso resolviera todo. —La cura para casi cualquier cosa.

Mientras Chloe servía dos copas de vino y Ryan sacaba lo que parecía ser un tablero de juego de una de las cajas, Emily dejó escapar una risa suave, sintiendo cómo parte de su frustración comenzaba a disiparse. La energía de Chloe era contagiosa, y Ryan siempre tenía esa manera de hacer que las cosas parecieran menos graves de lo que realmente eran.

—Está bien, ¿cuál es el plan? —preguntó Emily, rindiéndose finalmente.

Chloe se dejó caer en el suelo junto a la mesa, extendiendo el tablero de juego. —El plan es simple: distraerte lo suficiente como para que dejes de analizar cada detalle de tu caída. Ganarás algunas rondas, perderás otras, pero lo importante es que al final estarás demasiado cansada para preocuparte.

Ryan sonrió mientras colocaba las piezas del juego en su lugar. —Y, por supuesto, también estamos aquí para recordarte que no tienes que hacerlo todo sola. Ya sabes, por si Ruby no te lo ha dejado claro.

Emily miró a su hermano, notando la sinceridad en sus palabras a pesar del tono ligero. —Gracias, chicos. De verdad. Creo que necesitaba esto más de lo que quería admitir.

—Por supuesto que lo necesitabas. —respondió Chloe, con una sonrisa triunfante. —Y ahora, prepárate para perder porque tengo una estrategia imbatible.

Las horas pasaron rápidamente, llenas de risas, bromas y una cantidad sorprendente de competitividad. Para cuando el tablero de juego fue guardado y las cajas de pizza vacías se apilaron en la cocina, Emily se dio cuenta de que, aunque su cuerpo seguía sintiendo los efectos de la caída, su mente estaba mucho más tranquila.

Mientras Chloe y Ryan se preparaban para irse, Emily los acompañó hasta la puerta, apoyándose ligeramente en el marco.

—No sé qué haría sin vosotros. —dijo, con una sonrisa sincera.

—Bueno, probablemente estarías viendo documentales deprimentes y comiendo sopa fría. —respondió Chloe, guiñándole un ojo.

Ryan le dio un abrazo rápido antes de ponerse el abrigo. —Recuerda que no importa cuántas veces tropieces. Siempre hay alguien aquí para ayudarte a levantarte.

Emily asintió, su corazón más ligero mientras los veía marcharse. Tenía un equipo a su lado, uno que no solo la apoyaba en las pistas, sino también fuera de ellas. Y en ese momento, supo que podía superar cualquier obstáculo.

* * *

Ruby llegó su apartamento con una bolsa de papel marrón en una mano y una expresión de ligera exasperación en el rostro. Había pasado toda la tarde revisando los datos de la rehabilitación de Emily y buscando formas de acelerar su progreso sin comprometer su recuperación. Pero sabía que, al final del día, lo que más necesitaba Emily no era un plan nuevo, sino una conversación honesta.

Emily estaba en el sofá, con la pierna estirada y una almohadilla térmica en la rodilla. La televisión estaba encendida, pero la mirada de Emily estaba perdida, enfocada en un punto inexistente de la pared. Ruby dejó la bolsa en la mesa y se acercó, llamando su atención con un suave toque en el hombro.

—Hey. —dijo Ruby, con un tono que intentaba ser ligero, pero que no ocultaba del todo su preocupación. —Traje comida. Y, antes de que preguntes, no, no es saludable. Es deliciosa y grasienta, porque sé que lo necesitas.

Emily giró la cabeza, dejando escapar una sonrisa leve. —Gracias. Aunque creo que estoy empezando a sospechar que me estás intentando engordar para que me quede más lenta en las pistas.

Ruby rió, pero rápidamente se sentó junto a ella, adoptando un tono más serio. —Emily, tenemos que hablar.

Emily levantó una ceja, su sonrisa desvaneciéndose un poco. —Eso suena preocupante. ¿Qué pasa?

Ruby se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas mientras buscaba las palabras adecuadas. —Mira, sé que estás frustrada. Lo veo cada vez que te miro. Y entiendo que quieras estar lista para la competición, pero tienes que ser honesta contigo misma. No puedes

empujar tu cuerpo más allá de sus límites ahora mismo. Si lo haces, podrías arriesgar todo por lo que has trabajado.

Emily dejó escapar un suspiro, apartando la mirada. —No es tan fácil como decir "tómate tu tiempo". Todo el mundo espera algo de mí. Tú, Dan, mi hermano… todos. No puedo simplemente detenerme.

Ruby giró el cuerpo hacia ella, su expresión determinada. —No estoy esperando que seas perfecta. Nadie lo está. Lo que quiero es que seas honesta contigo misma. ¿Qué prefieres: llegar al día de la competición al 70% y arriesgarte a algo peor, o dar un paso atrás ahora para estar al 100% en la siguiente?

Emily apretó los labios, claramente luchando con la idea. —Es que no quiero decepcionar a nadie. A ti… menos que a nadie.

Ruby tomó la mano de Emily, apretándola suavemente para llamar su atención. —Emily, mírame. No puedes decepcionarme. Estoy aquí porque creo en ti, no en una versión perfecta de ti. Y no quiero que pongas en peligro todo lo que eres por un plazo que, al final, no significa nada en comparación con tu salud.

Las palabras de Ruby parecieron calar hondo. Emily cerró los ojos un momento, dejando escapar un largo suspiro antes de volver a abrirlos. —Lo dices como si fuera tan simple…

—No es simple. —interrumpió Ruby, con una sonrisa suave. —Pero es necesario. Y estoy aquí para recordártelo cada vez que lo olvides.

Emily miró a Ruby, viendo la sinceridad en sus ojos, y sintió cómo parte de la presión que llevaba encima se desvanecía. Finalmente, asintió, apretando la mano de Ruby en señal de aceptación.

—Vale. Lo intentaré. Pero no prometo no quejarme por el camino.

Ruby rió, levantándose para recuperar la comida de la bolsa. —Me parece justo. Ahora, comamos. Porque enfrentarte a tus miedos requiere energía, y esta hamburguesa tiene muchas calorías listas para ayudarte.

Ambas rieron, y mientras compartían la comida en el sofá, Emily se dio cuenta de que, aunque los desafíos seguían siendo enormes, no estaba sola. Y con Ruby a su lado, todo parecía un poco más manejable.

* * *

El sol apenas comenzaba a filtrarse por las cortinas del apartamento de Ruby, tiñendo la habitación de un cálido tono anaranjado. La calidez contrastaba con el frío que aún reinaba afuera, donde la nieve cubría todo como un manto de calma. Emily abrió los ojos lentamente, consciente del peso ligero de un brazo alrededor de su cintura. Giró la cabeza y encontró a Ruby aún dormida, su rostro relajado y sus labios curvados en una ligera sonrisa, incluso en sueños.

Por un momento, Emily simplemente la observó, permitiéndose disfrutar de esa tranquilidad antes de que las dudas y la presión del día comenzaran a invadirla. Ruby era todo lo que no había sabido que necesitaba: estabilidad en medio del caos, una mano firme que la sostenía incluso cuando ella misma quería dejarse caer.

Sin querer despertarla, Emily intentó deslizarse fuera de la cama, pero Ruby murmuró algo ininteligible y la atrajo de nuevo hacia ella.

—¿A dónde crees que vas tan temprano? —dijo Ruby con la voz aún ronca por el sueño, sin abrir del todo los ojos.

Emily rió suavemente, dejando que Ruby la envolviera de nuevo. —Quería hacer café, pero parece que tengo órdenes estrictas de quedarme aquí.

Ruby abrió un ojo, mirándola con una sonrisa perezosa. —El café puede esperar. Tú no.

Emily dejó escapar un suspiro, medio divertido, medio rendido, y se acomodó contra Ruby, permitiendo que el momento la envolviera. Estar con ella hacía que el peso de lo que venía después se sintiera un poco más ligero, un poco más manejable.

—Hoy es el día. —dijo Emily finalmente, rompiendo el silencio mientras jugaba con los mechones oscuros de Ruby.

—Hoy es un día. —respondió Ruby, levantándose un poco para apoyarse en un codo y mirarla directamente a los ojos. —Pero no tiene por qué definir nada. Es solo un paso más.

Emily soltó una risa nerviosa. —Un paso más… hacia una pista helada llena de gente esperando que fracase o triunfe.

Ruby no respondió de inmediato. En cambio, se inclinó hacia ella, rozando suavemente los labios de Emily con los suyos en un beso que era más reconfortante que apasionado, aunque lleno de intención.

—No importa lo que pase ahí fuera. Lo que importa es lo que tú sientas al final del día. Y te prometo que, pase lo que pase, estaré aquí. —Ruby dejó que sus palabras se asentaran, sus ojos fijos en los de Emily.

Emily asintió, tocando el rostro de Ruby con una mano, trazando los contornos familiares de su mandíbula. —No sé qué haría sin ti, Ruby.

—Menos mal que no tienes que averiguarlo. —bromeó Ruby, inclinándose para besarla otra vez, esta vez más profundamente.

El beso duró más de lo que cualquiera de las dos esperaba, y cuando finalmente se separaron, ambas tenían una sonrisa en los labios y mejillas sonrojadas. Ruby acarició la mejilla de Emily, apartando un mechón de cabello que había caído sobre su rostro.

—Ahora, ¿qué tal si dejamos de pensar en el futuro y empezamos el día con un café decente? —sugirió Ruby, levantándose y extendiendo una mano hacia Emily.

Emily la tomó, dejando que Ruby la ayudara a ponerse de pie. Mientras se dirigían a la cocina juntas, Emily sintió cómo la confianza comenzaba a abrirse paso entre las dudas. Quizás todavía había miedo, pero con Ruby a su lado, sabía que podría enfrentarlo.

Ruby se giró mientras el café comenzaba a llenar la cocina con su aroma, apoyándose contra el mostrador. —Por cierto, cuando estés en esa pista hoy, quiero que recuerdes algo.

—¿Qué? —preguntó Emily, mirándola mientras se llevaba la taza caliente a los labios.

Ruby sonrió, acercándose para colocar una mano justo sobre el corazón de Emily. —Tu fuerza está aquí. Siempre lo ha estado. Lo demás es solo ruido.

Emily asintió, sintiendo que el calor de Ruby y del café llenaban cada rincón de su ser. —Lo recordaré.

Ruby la miró, con una mezcla de diversión y ternura. —Eso espero, porque si no, tendrás que soportar otro discurso motivador esta noche.

Emily rió, y por primera vez en semanas, no sintió que el día que tenía por delante la definiera. Ruby tenía razón: su fuerza ya estaba dentro de ella, y con ese pensamiento, supo que estaría lista para lo que viniera.

16

La Última Prueba

Ruby aparcó el coche en una pequeña explanada cubierta de nieve, rodeada de altos pinos que parecían tocar el cielo. Desde allí, solo se veía una cabaña rústica al final de un sendero estrecho, con humo saliendo de su chimenea. El aire frío se sentía revitalizante, y el silencio de las montañas era casi mágico. Emily, sentada en el asiento del copiloto, levantó una ceja mientras observaba el paisaje.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirándola con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Ruby sonrió mientras apagaba el motor y sacaba las llaves. —Un lugar secreto que me ha recomendado Chloe. No hay pistas, no hay entrenadores gritándote, solo tú, yo y el sonido de los árboles moviéndose con el viento.

Emily frunció el ceño, todavía sin entender del todo. —¿Y qué se supone que vamos a hacer aquí? ¿Terapia de árboles?

Ruby se rió, saliendo del coche y agarrando una mochila del maletero. —Lo que vamos a hacer aquí, señorita perfección, es relajarnos. Algo que claramente necesitas. —Se giró hacia Emily y añadió con una sonrisa juguetona: —Y no, no te doy opción. Bájate del coche.

Emily suspiró, pero obedeció, siguiendo a Ruby por el sendero que conducía a la cabaña. A medida que se acercaban, el aire fresco y el crujir de la nieve bajo sus botas comenzaban a aliviar parte de la tensión que había estado acumulando durante semanas.

Cuando llegaron a la cabaña, Ruby abrió la puerta, revelando un espacio pequeño pero acogedor. Había una chimenea encendida, una mesa de madera con dos sillas, y un sofá cubierto con una manta de lana que parecía sacada de un anuncio de cabañas perfectas.

Emily miró alrededor, sus hombros relajándose poco a poco. Había algo en el lugar, en la calidez de la chimenea y la simplicidad de la decoración, que la hacía sentir más tranquila. —Vale, lo admito. Esto es bonito.

—Lo sabía. —Ruby le guiñó un ojo antes de dirigirse a la cocina pequeña para encender la cafetera. —Voy a preparar algo caliente. Mientras tanto, quítate esas botas y relájate. Es una orden médica.

Emily rió suavemente, dejando las botas junto a la puerta y dejándose caer en el sofá. La suavidad de la manta y el calor de la chimenea la envolvieron como un abrazo, y por primera vez en semanas, permitió que sus pensamientos se ralentizaran.

Ruby regresó con dos tazas de café y se sentó junto a ella, ofreciéndole una. —¿Mejor?

Emily asintió, tomando un sorbo y sintiendo cómo el calor le recorría el cuerpo. —Mucho mejor. Gracias, Ruby. Por todo esto.

Ruby le dedicó una sonrisa cálida antes de recostarse contra el respaldo del sofá. —Te lo mereces. Has estado trabajando más duro de lo que cualquier persona debería. Pero ahora mismo, quiero que te olvides de todo eso. Aquí no hay entrenamientos, ni competiciones. Solo nosotras.

Emily la miró, y algo en su pecho se agitó al ver la sinceridad en los ojos de Ruby. La gratitud que sentía no era solo por el día libre, sino por la forma en que Ruby parecía saber exactamente lo que necesitaba, incluso cuando ella misma no lo sabía.

Ambas se quedaron en silencio, observando cómo el fuego danzaba en la chimenea, y en ese momento, el mundo exterior dejó de importar. Todo lo que importaba era el ahora, y eso era suficiente.

* * *

La luz de la chimenea iluminaba tenuemente la cabaña, proyectando sombras cálidas que danzaban en las paredes de madera. Afuera, el viento soplaba suavemente, moviendo las ramas de los árboles y creando un susurro constante que parecía acunar la calma en el interior. Dentro, el tiempo parecía haberse detenido, atrapado en el calor del fuego y el silencio que compartían Emily y Ruby, envueltas en una manta que las mantenía tan unidas como las emociones que ahora fluían entre ellas.

Emily se acomodó un poco mejor en el sofá, su cabeza apoyada en el hombro de Ruby, mientras sus dedos jugueteaban con el borde de la manta. La sensación de la piel cálida de Ruby contra la suya era reconfortante, una presencia que hacía que todo lo que había sido complicado en su vida pareciera, al menos por esa noche, mucho más simple. Ruby, con una taza de café

medio olvidada en la mano, la miró de reojo, con una expresión que mezclaba ternura y algo más profundo, algo que Emily no podía ignorar aunque quisiera.

—¿En qué piensas? —preguntó Ruby finalmente, su voz baja, como si no quisiera romper del todo la quietud que las envolvía.

Emily tardó un momento en responder, su mirada fija en las llamas que bailaban en la chimenea. Las palabras luchaban por salir de su boca, pero la cercanía de Ruby hacía que todo se sintiera más intenso, más importante de lo que estaba acostumbrada a admitir. Finalmente, se volvió hacia ella, encontrando sus ojos.

—En ti. —respondió Emily, su voz apenas un susurro. —En lo mucho que has hecho por mí. Y en lo que significas para mí.

Ruby arqueó una ceja, una sonrisa suave curvando sus labios mientras dejaba la taza sobre la mesa, como si quisiera asegurarse de que nada distrajera su atención. —¿Ah, sí? ¿Y qué significo para ti?

Emily tragó saliva, consciente del peso de la pregunta. Ruby no estaba bromeando; había una intensidad en su mirada que pedía sinceridad, que pedía algo real. Emily se inclinó ligeramente hacia adelante, su corazón latiendo con fuerza.

—Todo. Eres todo para mí. —dijo finalmente, sus palabras flotando en el aire como una confesión que llevaba semanas, quizás meses, queriendo hacer.

Ruby no dijo nada al principio. En lugar de eso, cerró la distancia entre ellas, colocando una mano en la mejilla de Emily y mirándola como si quisiera memorizar cada línea de su rostro.

—Emily… —murmuró Ruby, su voz cargada de emoción. —Yo siento lo mismo.

No hizo falta más. Emily inclinó la cabeza hacia adelante, y sus labios se encontraron en un beso que comenzó con la misma suavidad con la que se habían tocado siempre, pero que pronto se transformó en algo más. El calor de la chimenea parecía intensificarse mientras Ruby la atraía más cerca, envolviendo a Emily con sus brazos como si nunca quisiera dejarla ir.

Emily se movió, dejando caer la manta al suelo mientras se giraba para acomodarse mejor sobre Ruby. Sus manos encontraron los hombros de Ruby, sus dedos deslizándose por la tela de su camiseta, explorando cada curva, cada línea. Ruby, por su parte, dejó que sus manos se deslizaran hacia la cintura de Emily, sosteniéndola con una mezcla de delicadeza y pasión.

—No tienes idea de lo que me haces sentir. —murmuró Ruby entre beso y beso, su voz temblando ligeramente mientras sus labios encontraban el cuello de Emily.

Emily se detuvo un momento, apoyando su frente contra la de Ruby, su respiración entrecortada. —Creo que lo sé. Porque es lo mismo que siento yo.

Ruby sonrió, esa sonrisa que siempre conseguía desarmar a Emily, y volvió a besarla. Este beso era diferente: más profundo, más cargado de todo lo que habían estado sintiendo durante semanas. Sus cuerpos se movían al unísono, olvidándose del mundo exterior, del frío, de cualquier otra cosa que no fueran ellas.

Cuando finalmente se separaron, ambas se dejaron caer juntas en el sofá, sus cuerpos entrelazados mientras intentaban recuperar el aliento. El fuego seguía ardiendo suavemente, llenando la habitación con su calor, pero Emily apenas lo notaba. Todo lo que podía sentir era a Ruby, su cercanía, el ritmo constante de su respiración, el latido de su corazón contra el suyo.

—Definitivamente deberíamos escaparnos más seguido. —dijo Ruby con una sonrisa juguetona, acariciando el cabello de Emily.

Emily rió, apoyando la cabeza en el pecho de Ruby. —Creo que podría acostumbrarme a esto.

Ambas permanecieron allí, dejando que el momento se alargara, sabiendo que el tiempo no se detendría para siempre, pero disfrutando de la ilusión mientras podían. Lo que fuera que viniera después, lo enfrentarían juntas.

* * *

La primera luz del día se colaba a través de las cortinas de la cabaña, iluminando las suaves curvas de las montañas cubiertas de nieve y llenando la habitación con tonos dorados. Emily abrió los ojos lentamente, sintiendo el calor del cuerpo de Ruby a su lado. La chimenea había dejado de arder hacía horas, pero la calidez del fuego parecía haber sido reemplazada por la conexión que ambas compartían.

Ruby estaba profundamente dormida, con su cabello oscuro desordenado sobre la almohada y una mano descansando sobre la cintura de Emily. Incluso en sueños, parecía buscarla, como si necesitara confirmar que seguía allí. Emily sonrió, pasando los dedos con suavidad por los mechones despeinados de Ruby, disfrutando de ese momento de calma antes de que el día comenzara a reclamar su atención.

Por primera vez en semanas, Emily sintió que podía respirar sin el peso constante de la incertidumbre y la presión. Ruby había hecho que todo pareciera manejable, no porque eliminara los problemas, sino porque había estado ahí para enfrentarlos junto a ella.

Ruby murmuró algo inaudible, moviéndose ligeramente antes de abrir los ojos con lentitud. Su mirada somnolienta se encontró con la de Emily, y una sonrisa perezosa apareció en sus

labios.

—Buenos días. —dijo Ruby, su voz ronca por el sueño mientras se estiraba ligeramente. —¿Siempre madrugas tanto o solo lo haces para mirarme dormir?

Emily dejó escapar una risa suave, apartando un mechón de cabello del rostro de Ruby. —Digamos que es difícil no mirar cuando tengo la suerte de despertarme junto a ti.

Ruby arqueó una ceja, claramente divertida. —Eso suena a una línea muy bien ensayada. ¿Siempre eres así de encantadora por las mañanas?

Emily se encogió de hombros, fingiendo modestia. —Solo cuando quiero impresionarte.

Ruby rió, inclinándose hacia adelante para dejar un beso suave en la frente de Emily antes de estirarse completamente y acomodarse mejor entre las mantas. —Bueno, estoy impresionada. Y un poco hambrienta. ¿Qué tal si preparamos algo antes de que la tranquilidad se acabe?

Emily asintió, levantándose del sofá y extendiendo una mano para ayudar a Ruby. Juntas se dirigieron a la pequeña cocina, donde Emily empezó a preparar café mientras Ruby sacaba lo que quedaba de pan y algo de fruta. El aroma del café recién hecho llenó rápidamente la cabaña, mezclándose con el aire fresco que se filtraba por las ventanas.

Ruby, apoyada contra el marco de la puerta, observaba a Emily con una sonrisa que no podía ocultar. —Esto… esto ha sido exactamente lo que necesitaba. —dijo, su tono más serio ahora. —Me hacía falta una pausa del caos, y creo que a ti también.

Emily se giró para mirarla, dejando la taza de café sobre la encimera. —Lo necesitábamos. Pero ahora que estamos aquí, siento que no quiero que este momento termine.

Ruby se acercó a Emily, envolviéndola en un abrazo por detrás y dejando que su barbilla descansara sobre su hombro. —No tiene que terminar. Este momento… está aquí para que lo recordemos cuando las cosas se pongan complicadas. Porque no importa lo que venga después, siempre tendremos esto.

Emily giró ligeramente la cabeza, encontrándose con los ojos de Ruby. —Gracias, Ruby. Por todo. Por hacer que las cosas difíciles se sientan un poco menos pesadas.

Ruby sonrió y dejó un beso ligero en su mejilla antes de soltarla. —Es un placer, campeona. Ahora, ¿me pasas una de esas tazas o vas a quedártelas todas?

Ambas rieron mientras se sentaban juntas a desayunar, dejando que el calor del café y la cercanía de la otra las reconfortara. La cabaña seguía en silencio, salvo por el sonido de sus conversaciones y las risas ocasionales que llenaban el aire.

Mientras el día comenzaba a avanzar, Emily sabía que eventualmente tendrían que salir de esa burbuja de tranquilidad. Pero por ahora, eligió quedarse en el momento, disfrutando de la

compañía de Ruby y de la certeza de que, pase lo que pase, no estaría sola en el camino.

* * *

Emily estaba de pie en la cima de una pista de entrenamiento especialmente diseñada para simular las condiciones de la competición. La nieve crujía bajo sus esquís mientras ajustaba las correas de sus bastones, y el viento frío le azotaba el rostro. Dan estaba un poco más abajo, revisando un cronómetro y gritando indicaciones que se perdían parcialmente en el aire helado.

—¡Recuerda mantener la línea en las curvas! ¡Y nada de esquivar los obstáculos como si fueran opcionales! —gritó Dan, su tono inconfundiblemente exigente.

Ruby, desde un lateral de la pista, observaba con atención, su tablet lista para registrar cada movimiento. Aunque Dan era quien dirigía los aspectos técnicos del entrenamiento, Ruby se encargaba de supervisar el estado físico y emocional de Emily, algo que parecía más importante que nunca ahora que la competición estaba tan cerca.

—¿Todo bien ahí arriba? —gritó Ruby, levantando una mano para llamar la atención de Emily.

Emily giró la cabeza hacia ella y levantó un pulgar, aunque su expresión denotaba concentración más que entusiasmo. —¡Perfectamente bien! ¡Solo intentando no morir congelada!

Ruby rió, sacudiendo la cabeza mientras ajustaba su chaqueta. Aunque bromeaba, sabía que Emily estaba lidiando con una presión inmensa, y su papel ahora era asegurarse de que no se dejara consumir por ella.

Dan levantó una mano, indicando que era el momento de empezar. Emily se inclinó hacia adelante, sus ojos fijos en la pista, y se lanzó. La velocidad era inmediata, el viento silbaba en sus oídos mientras zigzagueaba entre las banderas y tomaba las curvas con precisión. Ruby seguía cada movimiento, su mirada alternando entre la tablet y la figura de Emily descendiendo con una gracia casi hipnótica.

Pero al llegar al último tramo, Emily perdió ligeramente el control en una de las curvas más cerradas. Aunque logró mantenerse de pie, la maniobra le costó segundos preciosos. Cuando llegó al final de la pista, se quitó las gafas y las dejó colgando del casco, respirando con dificultad.

Dan no perdió el tiempo. —¿Qué pasó ahí arriba? Ese giro tenía que ser más cerrado. Estabas dejando demasiado espacio.

Emily levantó una mano, tratando de recuperar el aliento. —Lo sé, lo sé. Perdí la línea en la curva anterior y no pude corregirlo a tiempo.

Ruby se acercó antes de que Dan pudiera seguir con su lista de críticas. —¿Cómo te sientes físicamente? —preguntó, dejando la tablet a un lado y revisando rápidamente su postura.

Emily asintió, todavía jadeando. —Bien. Solo necesito un momento.

Ruby puso una mano en su brazo, su mirada firme pero comprensiva. —Un mal giro no define toda tu carrera. Tómate un respiro y volvemos a intentarlo. Pero, esta vez, quiero que te centres más en confiar en tus movimientos que en corregir los errores.

Dan, aunque no lo dijo en voz alta, pareció aceptar la pausa sugerida por Ruby. Emily se quitó el casco y dejó que el frío aire de la montaña calmara su mente. Miró hacia la pista, analizando mentalmente cada tramo, pero las palabras de Ruby resonaban en su cabeza. Confía en tus movimientos.

Después de unos minutos, Emily se volvió hacia ambos, con una determinación renovada. —Estoy lista.

Dan asintió, levantando el cronómetro nuevamente, mientras Ruby se colocaba detrás, lista para seguir cada detalle. Esta vez, cuando Emily se lanzó por la pista, no solo estaba siguiendo las instrucciones de Dan; estaba escuchando su instinto. Y aunque todavía había margen para mejorar, el progreso era innegable.

Cuando llegó al final, Dan sonrió, algo raro en él. —Mejor. Mucho mejor.

Ruby se acercó, sonriendo ampliamente. —Te dije que confíes en ti. Y mira, funcionó. Quizá debería ser yo la que dé las órdenes por aquí.

Emily soltó una risa cansada pero auténtica, ajustándose el casco. —Quizás. Pero no te acostumbres, todavía tengo que impresionarte.

Ruby levantó una ceja, divertida. —Querida, ya lo haces. Ahora, volvamos a intentarlo. Una vez más, y luego te daré un descanso. Prometido.

Con un equipo sólido y su confianza creciendo, Emily sabía que estaba más cerca que nunca de estar preparada para el desafío final.

* * *

La víspera de la competición llegó con un aire de anticipación que parecía impregnar cada rincón de la estación de esquí. Emily estaba en su habitación, sentada en el borde de la cama con su equipo perfectamente alineado frente a ella. Las botas de esquí, los bastones, el casco… todo

estaba listo, pero su mente no lo estaba del todo. El eco de las caídas pasadas y las expectativas del día siguiente seguían rondando en su cabeza.

Ruby entró en la habitación, sosteniendo dos tazas de té caliente en las manos. Vestía un jersey grueso y unos leggings cómodos, pero había una firmeza en su andar que hacía que pareciera mucho más imponente de lo habitual.

—¿Estás lista? —preguntó, dejando una de las tazas en la mesilla junto a Emily.

Emily dejó escapar un suspiro, tomando la taza entre sus manos sin beber. —No lo sé. Creo que sí, pero… también tengo esta sensación de que estoy al borde de algo enorme, y no estoy segura de si voy a caer o a volar.

Ruby se sentó a su lado, su taza todavía humeante entre sus manos. —Eso es natural. Las cosas importantes siempre traen esa mezcla de miedo y emoción. Pero quiero que recuerdes algo: no importa el resultado de mañana. Lo que importa es lo que has hecho para llegar aquí. Eso es lo que te define, no el crono al final de la carrera.

Emily dejó la taza en la mesa y miró a Ruby, una sonrisa leve asomando en sus labios. —¿Cómo haces para siempre saber qué decir?

Ruby se encogió de hombros con una sonrisa divertida. —Es uno de mis talentos secretos. Además, tengo experiencia calmando a atletas testarudas.

Ambas rieron suavemente, y el sonido alivió un poco la tensión en el aire. Emily se reclinó, apoyándose en el cabecero de la cama mientras miraba a Ruby con algo que mezclaba gratitud y admiración.

—No sé si habría llegado hasta aquí sin ti. —admitió Emily, su voz baja pero cargada de sinceridad. —No solo por la recuperación física, sino porque… siempre encuentras la forma de devolverme la confianza cuando más lo necesito.

Ruby dejó su taza en la mesa y se giró hacia Emily, mirándola con la misma intensidad que había mostrado tantas veces durante sus sesiones de rehabilitación. —Emily, llegaste aquí porque eres fuerte, porque te negaste a rendirte incluso cuando todo parecía en tu contra. Yo solo estuve para recordarte lo que ya llevas dentro.

Emily sonrió, dejando que las palabras de Ruby calaran profundamente. Se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza en el hombro de Ruby, buscando un consuelo que solo ella podía ofrecer. Ruby levantó una mano, acariciando suavemente el cabello de Emily mientras ambas se quedaban en silencio, disfrutando de la tranquilidad del momento.

—Mañana estaré allí, ¿sabes? —dijo Ruby finalmente, rompiendo el silencio. —En la línea de meta. Y no importa lo que pase, voy a estar tan orgullosa de ti como lo estoy ahora.

Emily levantó la cabeza, encontrándose con los ojos de Ruby. —¿Incluso si tropiezo como un pato borracho?

Ruby soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza. —Especialmente entonces. Aunque prometo no dejarte olvidar ese momento.

Ambas rieron, y por un instante, el peso del día siguiente pareció desvanecerse. Emily sintió que, con Ruby a su lado, cualquier cosa era posible. Mientras Ruby se levantaba para apagar las luces, Emily se metió bajo las mantas, permitiendo que la calma de la noche la envolviera.

Cuando Ruby regresó y se sentó junto a ella, Emily se giró, su voz apenas un susurro en la oscuridad. —Gracias, Ruby. Por todo.

Ruby tomó su mano y la apretó suavemente. —Siempre, Emily. Ahora, duerme. Mañana será un gran día.

Emily cerró los ojos, y aunque sabía que los nervios seguirían presentes al amanecer, también sabía que no estaba sola. Y en ese momento, eso era todo lo que necesitaba.

17

La Competición Final

El frío de la mañana cortaba como una hoja afilada, pero Emily apenas lo sentía. Había algo más poderoso que el clima ocupando su mente: la competición que tenía por delante. Estaba de pie en el área de preparación, rodeada por su equipo. El ruido del bullicio, las conversaciones rápidas y el sonido metálico de los esquís golpeando la nieve parecían amortiguarse a medida que se concentraba en lo que estaba por venir.

Ruby estaba a su lado, ajustando su casco con un cuidado que denotaba no solo profesionalismo, sino también una preocupación personal evidente. —¿Estás bien? —preguntó, su voz firme pero suave.

Emily levantó la vista hacia ella, dejando que un pequeño suspiro escapara de sus labios. —Estoy bien. Nerviosa, pero bien.

Ruby sonrió, colocando una mano en su hombro y apretándolo suavemente. —Los nervios son buenos. Te recuerdan que esto importa, pero no los dejes tomar el control. Recuerda quién eres, Emily. Esto no es solo una carrera; es tu regreso.

Ryan apareció con un par de bastones en la mano, interrumpiendo el momento con su típica energía desenfadada. —¿Listo el equipo estrella? Porque el entrenador está a punto de venir a gritar.

Emily dejó escapar una risa ligera mientras tomaba los bastones. —Gracias por el recordatorio, hermano.

Chloe, por su parte, estaba sosteniendo un termo de té caliente, mirándola con una mezcla de apoyo y emoción. —Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, eres una maldita inspiración. Ahora ve y deslumbra a todos.

Emily asintió, dejando que las palabras de Chloe se sumaran a la sensación de apoyo que sentía a su alrededor. Por un momento, su mirada se encontró con la de Ruby, quien no dijo

nada, pero cuya presencia era suficiente para calmar las dudas que todavía intentaban asomarse.

Dan apareció con su cronómetro y su eterna expresión de impaciencia. —Es hora, Emily. Vamos.

El grupo comenzó a moverse hacia la línea de salida, donde otros competidores ya estaban listos o ajustando los últimos detalles. Cada paso en la nieve resonaba en los pensamientos de Emily como un tambor marcando el ritmo de su corazón. Cuando llegaron, se colocó en posición mientras Dan le daba las últimas indicaciones.

—Concéntrate en las curvas. No pierdas velocidad en las transiciones. Y, sobre todo, confía en lo que sabes. Tienes esto. —dijo Dan, antes de dar un paso atrás.

Ruby se inclinó ligeramente hacia Emily, su voz un susurro que solo ella podía escuchar. —No importa lo que pase ahí fuera, siempre estaré aquí para ti.

Emily cerró los ojos por un momento, dejando que esas palabras se grabaran en su mente. Cuando los volvió a abrir, ya no había lugar para las dudas. Era su momento.

Se colocó en la puerta de salida, el sonido del reloj marcando la cuenta regresiva llenó sus oídos. El mundo pareció detenerse por un instante. Y entonces, con el último bip, Emily se lanzó pista abajo, lista para enfrentarse a todo lo que venía.

* * *

El viento cortaba el aire mientras Emily descendía por la pista con una velocidad que parecía desafiar la gravedad. La nieve crujía bajo sus esquís, y cada movimiento suyo era una coreografía precisa entre el equilibrio, la técnica y la pura fuerza de voluntad. Desde la línea de salida, todo lo que había ensayado durante meses parecía activarse de manera automática, dejando poco espacio para el miedo.

Ruby, Ryan, Chloe y Dan estaban apostados en distintos puntos de la pista, siguiendo cada movimiento con atención. Dan sostenía su cronómetro como si fuera una extensión de su mano, murmurando cosas entre dientes mientras observaba a Emily ejecutar las curvas con una precisión milimétrica. Chloe, por su parte, tenía ambas manos juntas frente al rostro, como si estuviera orando en silencio. Ruby, en cambio, no apartaba la mirada, sus ojos fijos en Emily con una mezcla de orgullo y tensión.

Emily sabía que cada segundo contaba, pero también sabía que su verdadera carrera no era solo el cronómetro, sino su propio miedo. Ese miedo que había intentado apartarla de las pistas,

que había susurrado en su oído que no estaba lista. Y ahora, estaba decidida a demostrar que no tenía poder sobre ella.

En el primer tramo, Emily mantuvo una velocidad constante, tomando cada curva con elegancia y fuerza. Sus movimientos eran fluidos, casi como si estuviera danzando sobre la nieve. En los primeros marcadores, sus tiempos eran competitivos, y los murmullos entre el público comenzaban a crecer. La chica que había estado fuera del circuito durante tanto tiempo estaba de vuelta, y lo estaba haciendo con estilo.

Sin embargo, la verdadera prueba llegó en la segunda mitad de la pista, donde las condiciones eran más traicioneras. A medida que Emily se acercaba a una de las curvas más cerradas, sintió cómo sus esquís perdían tracción por un instante. Su cuerpo se inclinó demasiado hacia adelante, y durante un segundo eterno, parecía que iba a caer.

Desde la distancia, Ruby dio un paso adelante, como si quisiera correr hacia la pista. Su corazón se detuvo al ver a Emily tambalearse, pero su rostro no mostró más que una determinación feroz. Ryan soltó un suspiro ahogado, mientras Chloe murmuraba algo entre dientes, claramente nerviosa.

Pero Emily no cayó. Recuperó el control con un movimiento ágil, inclinando su cuerpo hacia el interior de la curva y recuperando la línea con una velocidad que dejó al público sin aliento. Aunque había perdido un par de décimas, su compostura era inquebrantable, y su mirada seguía fija en la meta. Era un recordatorio de su resiliencia, de la fuerza que había construido en esos meses de lucha interna y externa.

El tramo final era una línea recta, un sprint hacia la meta donde cada fracción de segundo contaba. Emily empujó con todas sus fuerzas, sintiendo el fuego en sus piernas y el frío en su rostro. La multitud comenzó a animar, sus voces mezclándose con el sonido del viento mientras ella cruzaba la línea de meta.

Cuando finalmente se detuvo, su respiración era pesada, y sus músculos temblaban por el esfuerzo. Se quitó el casco, dejando que el aire frío golpeara su rostro. Alzó la vista hacia el marcador digital que mostraba los tiempos y vio su posición: segunda. Había quedado segunda. Por un instante, el mundo pareció detenerse, y luego una sonrisa se dibujó en su rostro.

No había ganado, pero había regresado. Había demostrado que era capaz, que estaba lista para competir al más alto nivel. Y eso, para Emily, era la verdadera victoria.

Mientras la multitud aplaudía, Emily levantó una mano en señal de agradecimiento antes de girarse para buscar a su equipo. Dan estaba cerca, con una pequeña sonrisa que, para él, era

como un aplauso. Ryan y Chloe corrían hacia ella, gritando y celebrando como si hubiera ganado el oro.

Pero fue Ruby quien capturó toda su atención. Estaba de pie al final de la pista, con una sonrisa llena de orgullo y algo más profundo. Cuando Emily llegó a ella, ambas se miraron por un momento antes de que Ruby la abrazara con fuerza, susurrándole al oído.

—Sabía que podías hacerlo. Estoy tan orgullosa de ti.

Emily rió suavemente, sus brazos rodeando a Ruby mientras sentía que todo el peso de los últimos meses desaparecía. —No podría haberlo hecho sin ti.

En ese momento, mientras la nieve caía suavemente a su alrededor y el sonido de la celebración llenaba el aire, Emily se dio cuenta de que su verdadera victoria no estaba en el podio, sino en las personas que la habían apoyado para llegar allí.

* * *

La nieve seguía cayendo suavemente mientras el público se dispersaba, pero el área alrededor de Emily estaba llena de energía y emoción. Los flashes de las cámaras capturaban su sonrisa radiante, y las felicitaciones llegaban desde todas partes. Aunque el podio no era nuevo para ella, este momento se sentía diferente. Había sido más que una carrera; había sido una victoria personal, una reafirmación de su capacidad para superar los momentos más oscuros.

Ruby permanecía cerca, con una sonrisa tranquila que solo Emily podía entender completamente. Dan y Ryan estaban debatiendo algo sobre los tiempos y la estrategia, mientras Chloe, como siempre, parecía disfrutar cada segundo del éxito de su amiga.

—¡Segunda posición en tu regreso! —exclamó Chloe, agitando un brazo en el aire como si estuviera narrando un documental épico. —Eso no es solo impresionante, Emily. Es legendario.

Emily rió, sacudiendo la cabeza mientras se quitaba los guantes y dejaba que sus manos sintieran el frío aire por un momento. —No creo que “legendario” sea la palabra adecuada, pero se siente bien estar de vuelta.

Ryan se acercó, dándole un golpe amistoso en el hombro. —Estás siendo humilde. Eso no es típico de ti. Deberías gritarlo a los cuatro vientos.

Emily levantó una ceja, lanzándole una mirada divertida. —Es mi nueva estrategia: ser misteriosa y dejar que la gente hable por mí.

Las risas llenaron el aire, y por un momento, todo parecía perfecto. Pero mientras los otros hablaban, Emily se giró hacia Ruby, que estaba un poco apartada, observando la escena con una

expresión de satisfacción tranquila.

Emily dio unos pasos hacia ella, dejando que los ruidos de fondo se desvanecieran. —¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella.

Ruby sonrió, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta. —Solo estoy pensando en cómo logras hacer que todo parezca tan fácil, incluso cuando sé cuánto te ha costado llegar aquí.

Emily negó con la cabeza, dando un paso más cerca. —No fue fácil. Pero contigo aquí… fue más llevadero.

Ruby la miró, sus ojos brillando con una mezcla de orgullo y algo más profundo. —Siempre estaré aquí, Emily. Ya deberías saberlo.

El momento fue interrumpido por Dan, que se acercó con una sonrisa inusualmente amplia para él. —Buen trabajo, Emily. Pero no te acostumbres a esta sensación de "volver". Ahora que estás aquí, vamos a apuntar al oro la próxima vez.

Emily soltó una risa, asintiendo. —Trato hecho, entrenador.

Mientras el equipo continuaba celebrando, Ruby tocó ligeramente el brazo de Emily, llamando su atención. —¿Te importa si nos escapamos un rato? Creo que necesitas un descanso de todo este caos.

Emily la miró con una sonrisa cómplice. —Pensé que nunca lo pedirías.

* * *

El bullicio de la multitud se iba quedando atrás mientras Emily y Ruby caminaban por un sendero cubierto de nieve que serpenteaba entre los árboles. El aire frío de la montaña parecía más puro allí, lejos de los gritos y las celebraciones. Emily podía sentir cómo su cuerpo comenzaba a relajarse, dejando que la adrenalina de la carrera se disipara poco a poco. Ruby caminaba a su lado, en silencio, pero su presencia hablaba por sí sola.

Cuando llegaron a un pequeño mirador con vistas al valle, Emily se detuvo, mirando el paisaje que se extendía frente a ellas. La nieve cubría todo con un manto perfecto, y el sol, ahora alto en el cielo, hacía brillar los copos como si fueran pequeños diamantes. Emily metió las manos en los bolsillos de su abrigo y dejó escapar un suspiro que parecía cargar con semanas de tensión.

Ruby, siempre atenta, la observaba con esa mezcla de ternura y curiosidad que hacía que Emily se sintiera completamente vista, completamente entendida. Se acercó y, sin decir una palabra, le tocó el brazo, llamando su atención.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ruby finalmente, su voz suave pero llena de intención.

Emily tardó unos segundos en responder. Miraba el paisaje, pero su mente estaba ocupada en todo lo que había sucedido ese día: el regreso, la presión, el miedo… y el alivio de haberlo superado.

—Aliviada, creo. —respondió Emily, girándose para mirar a Ruby. Sus labios se curvaron en una sonrisa pequeña pero genuina. —No gané, pero siento que sí lo hice. ¿Eso tiene sentido?

Ruby asintió, dando un paso más cerca. —Tiene todo el sentido del mundo. A veces, las victorias más importantes no tienen nada que ver con el podio. Hoy, tú ganaste algo mucho más grande.

Emily arqueó una ceja, con una chispa de diversión en sus ojos. —¿Te refieres a recuperar mi habilidad para no caerme en la pista? Porque, honestamente, estuve cerca.

Ruby soltó una carcajada suave, sacudiendo la cabeza. —No. Me refiero a recuperar a Emily. La verdadera Emily. La que lucha, la que nunca se rinde, la que incluso después de todo lo que pasó, encontró la manera de volver. Esa es la victoria que importa.

Emily se quedó en silencio por un momento, dejando que las palabras de Ruby calaran. Había algo tan simple y, a la vez, tan profundo en lo que acababa de decir que no pudo evitar sentir que el peso en su pecho se aligeraba un poco más.

—¿Cómo haces eso? —preguntó Emily en voz baja, su mirada fija en los ojos de Ruby. —¿Cómo siempre dices exactamente lo que necesito escuchar?

Ruby sonrió, encogiéndose de hombros. —Talento natural. Aunque creo que tú me lo pones fácil. Es difícil no verte cuando brillas tanto, incluso cuando tú no te das cuenta.

Emily soltó una risa breve y, antes de pensarlo demasiado, tomó las manos de Ruby entre las suyas. El frío de sus dedos se mezcló con el calor que parecía irradiar de la conexión que compartían.

—No sé si habría llegado hasta aquí sin ti. —dijo Emily, su voz temblando ligeramente. —No solo por lo que haces como fisioterapeuta, sino por todo lo demás. Por cómo me entiendes, por cómo crees en mí incluso cuando yo no lo hago.

Ruby apretó suavemente las manos de Emily, inclinándose hacia ella con una sonrisa que era mitad broma, mitad ternura. —Para que conste, no me pagan por creer en ti. Lo hago gratis.

Emily rió, dejando caer la cabeza hacia adelante hasta que sus frentes se tocaron. Cerró los ojos por un momento, permitiéndose sentirlo todo: el frío del aire, el calor de Ruby, la paz que parecía llenar ese espacio entre ellas.

—Gracias. —susurró Emily, sin abrir los ojos. —Por todo.

Ruby no respondió con palabras. En cambio, levantó una mano y acarició suavemente la mejilla de Emily antes de besarla. Fue un beso lento, lleno de emociones contenidas, de todas las palabras que no necesitaban decirse en ese momento.

Cuando se separaron, Emily dejó escapar un suspiro tranquilo y se apoyó contra Ruby, mirando de nuevo hacia el valle. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba exactamente donde debía estar.

—¿Sabes qué? —dijo Ruby después de un rato, rompiendo el silencio. —Creo que este podría ser mi lugar favorito en el mundo.

Emily sonrió, mirando el paisaje y luego volviendo su atención a Ruby. —¿Por el mirador?

Ruby negó con la cabeza, devolviéndole la mirada. —No. Por ti.

Emily rió suavemente, inclinándose hacia Ruby mientras el frío aire de la montaña seguía soplando a su alrededor. Y en ese pequeño rincón del mundo, rodeadas de nieve y silencio, todo parecía, por un momento, perfecto.

18

Resolviendo Cabos Sueltos

Laura estaba apoyada en la barra del bar del hotel, revolviendo una bebida que no necesitaba ser revuelta. Su mirada seguía fija en Emily, quien estaba del otro lado del salón, rodeada de su equipo y, por supuesto, de Ruby, la sombra inseparable que ahora parecía brillar más que cualquier luz de la habitación. Laura resopló, tratando de convencerse de que no le importaba, pero la forma en que Ruby colocó una mano en el hombro de Emily y cómo esta se inclinó hacia ella con una sonrisa… bueno, era difícil no notarlo.

—¿Otra copa? —preguntó el camarero, un hombre mayor que parecía haber visto suficientes dramas románticos como para escribir una novela propia.

Laura levantó la vista, sorprendida por la interrupción, y luego negó con la cabeza. —No, gracias. Creo que ya he tenido suficiente por hoy.

—¿De alcohol o de verla ser feliz con alguien más? —añadió el camarero con una sonrisa ladeada, claramente incapaz de resistirse al comentario.

Laura lo miró, entre indignada y divertida. —¿Siempre eres así de entrometido con tus clientes?

El hombre se encogió de hombros. —Solo cuando están revolviendo una bebida vacía durante diez minutos. Además, no puedes culparme. Parece que estás a punto de hacer algo dramático, y este es un hotel tranquilo. Intento prevenir desastres.

Laura dejó escapar una carcajada, sorprendida de que todavía tuviera humor en ese momento. —No te preocupes, no soy del tipo que causa escenas. Aunque —añadió, señalando a Emily y Ruby con un gesto de cabeza—, no puedo prometer que no piense en ellas.

El camarero siguió su mirada y asintió. —La verdad, parecen felices. Pero si me permites un consejo no solicitado, tal vez es hora de que tú encuentres tu propia felicidad.

Laura suspiró, dejando la copa en la barra. —Es fácil decirlo. Pero cuando alguien ha sido

parte de tu vida tanto tiempo, es difícil imaginar el futuro sin esa persona.

El camarero sonrió, esta vez con un tono más suave. —A veces, dejar ir es lo mejor que puedes hacer, no solo por ellos, sino por ti misma.

Laura se quedó en silencio un momento, procesando las palabras. Había llegado a la estación con un plan claro: reconquistar a Emily, demostrarle que podían ser felices juntas de nuevo. Pero ahora, viendo cómo Emily brillaba al lado de Ruby, supo que nunca habría podido darle eso. Lo que tenían era el pasado, y Emily claramente estaba construyendo su futuro con otra persona.

—Quizá tengas razón. —dijo finalmente, empujando la copa vacía hacia el camarero con una sonrisa pequeña pero genuina. —Gracias por la charla, aunque no haya pedido un terapeuta con mi bebida.

El camarero rió mientras recogía la copa. —A veces, el bar es más barato que una consulta. Suerte, señorita. Creo que la necesitarás para lo que viene.

Laura salió del bar con un aire de determinación que no sentía desde hacía tiempo. Caminó hacia el balcón del hotel, donde el aire frío de la montaña la golpeó en el rostro como una bofetada revitalizante. Desde allí, podía ver a Emily y Ruby conversando con Chloe y Ryan, la risa de Emily resonando incluso a la distancia. Ruby la miraba con una devoción que era casi palpable, y Laura no pudo evitar sonreír.

—Bueno, Emily. —murmuró para sí misma, apoyándose en la barandilla. —Parece que has encontrado lo que yo no pude darte. Y supongo que eso está bien.

Con un último vistazo hacia el grupo, Laura tomó una decisión. Era hora de seguir adelante. El mundo no se detenía, y tampoco debía hacerlo ella. Sacó su móvil y abrió una aplicación de citas, deslizando distraídamente mientras caminaba hacia el estacionamiento. Tal vez no encontraría a su “Ruby”, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Mientras arrancaba el coche, una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Quizá el futuro no sería como lo había imaginado, pero al menos, estaba lista para darle una oportunidad. Y quién sabe, tal vez el camarero tenía razón. A veces, lo mejor que puedes hacer es dejar ir.

* * *

El salón principal del hotel estaba decorado para una reunión informal, con luces cálidas y mesas cubiertas de aperitivos y copas de vino. Emily estaba cerca del bar, charlando con Ruby mientras observaba cómo Chloe se movía entre los invitados con una energía que parecía contagiosa.

Ryan, por su parte, estaba de pie junto a una mesa, tratando de no parecer demasiado nervioso, lo cual era extraño para alguien que solía mantener la calma en cualquier situación.

—¿Crees que Chloe le habrá contado a todo el mundo ya? —preguntó Ruby con una sonrisa mientras se llevaba una copa de vino a los labios.

Emily arqueó una ceja, mirando a su mejor amiga, que estaba claramente maquinando algo. —Si no lo ha hecho, es solo porque está esperando el momento perfecto para causar el máximo impacto.

Ruby rió, negando con la cabeza. —Es como un huracán. Solo que con más brillo.

En ese momento, Chloe subió a una pequeña tarima improvisada al fondo del salón, golpeando ligeramente su copa con una cuchara para captar la atención de todos. Ryan, que parecía haber anticipado esto, se llevó una mano a la cara, claramente resignado.

—¡Queridos amigos, familia y otros curiosos que no sé de dónde han salido! —exclamó Chloe, con una sonrisa tan grande que parecía iluminar la habitación. —Sé que todos estáis aquí para celebrar el gran regreso de nuestra increíble Emily, pero tengo algo más que compartir.

Emily miró a Ruby con una mezcla de curiosidad y diversión. —¿Qué está tramando?

Ruby levantó los hombros, disfrutando del espectáculo. —Algo me dice que está a punto de ser inolvidable.

Chloe levantó una mano, haciendo un gesto dramático hacia Ryan, quien ahora estaba rojo como un tomate. —Por si no lo habéis notado, este hombre increíblemente guapo y paciente aquí es Ryan, mi novio y… ¡mi futuro marido!

El salón estalló en una mezcla de aplausos, risas y algunos gritos de sorpresa. Ryan se acercó lentamente a Chloe, claramente intentando mantener la compostura mientras ella lo tomaba de la mano y lo arrastraba al centro de atención.

Emily, incapaz de contenerse, soltó una carcajada mientras Ruby le daba un codazo suave. —¡Lo sabía! —dijo Emily, aplaudiendo junto con los demás. —Chloe no sabe guardar un secreto, ni siquiera el suyo propio.

—Ni tampoco le interesa. —respondió Ruby, con una sonrisa divertida.

Chloe, sin inmutarse por el caos que había desatado, levantó ambas manos como si estuviera en un escenario. —Sé que algunos de vosotros os preguntáis cómo Ryan, el hombre aparentemente tranquilo e inmune al drama, terminó conmigo. La respuesta es simple: soy irresistible.

Ryan negó con la cabeza, aunque no podía ocultar la sonrisa que asomaba en sus labios. —Y muy modesta también. —añadió, lo suficientemente alto como para que todos escucharan, lo que

provocó una nueva ola de risas.

Chloe giró hacia él, su expresión suave ahora. —Modesta, no. Pero sí soy increíblemente afortunada de tenerte a mi lado. Y quería compartir esta noticia con todos porque, sinceramente, no puedo imaginar mi vida sin gritarlo desde lo más alto de las montañas.

Ryan le dio un beso rápido, lo cual generó más aplausos. Mientras la atención volvía al resto del salón, Ryan se inclinó hacia Chloe y murmuró algo que solo ella pudo escuchar, pero su sonrisa dijo todo lo necesario.

Emily y Ruby se acercaron para felicitarlos, y Chloe no perdió la oportunidad de rodear a ambos con sus brazos, arrastrándolas a un abrazo grupal.

—Esto es perfecto. —dijo Chloe, mirando a Emily con una sonrisa pícara. —Ahora solo falta que tú y Ruby tengáis vuestro gran momento, y todo será como un final de película.

Emily y Ruby intercambiaron una mirada, ambas sonriendo pero sin decir nada. Chloe, siempre una maestra de la exageración, no dejaba de ser una amiga leal, y por eso Emily no pudo evitar reír mientras se liberaba del abrazo.

—Tranquila, Chloe. Déjanos disfrutar de tu momento antes de robarte el protagonismo. —respondió Emily, con un guiño.

La noche continuó con risas y celebraciones, pero en medio del bullicio, Emily sintió una paz especial al ver a Chloe y Ryan finalmente mostrar su felicidad sin reservas. Era un recordatorio de que el amor, en todas sus formas, encontraba su camino.

* * *

El salón seguía vibrando con la energía de la celebración. Las risas, los brindis y las historias llenaban el aire mientras los invitados disfrutaban del ambiente relajado y festivo. Emily y Ruby estaban apoyadas en una de las mesas cercanas al ventanal, con vistas a la montaña iluminada por las luces del hotel. Desde allí, podían ver cómo la nieve caía suavemente, creando un telón de fondo casi mágico, un contraste perfecto con el bullicio del salón.

Ruby sostenía una copa de vino, observando a Emily con una sonrisa tranquila. —¿Qué estás pensando? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella.

Emily dejó su copa en la mesa y se giró para mirarla. —Que este ha sido el día más surrealista de mi vida. Pero también uno de los mejores.

Ruby sonrió, apoyándose en la mesa junto a ella. —Bueno, hiciste un regreso triunfal, tu mejor amiga acaba de anunciar su compromiso, y parece que todo el mundo aquí está celebrando

tu éxito. No está mal para un solo día.

Emily soltó una risa suave, pero su mirada se suavizó cuando tomó la mano de Ruby. —¿Sabes? Todo esto… todo lo que ha pasado… no significaría tanto sin ti aquí.

Ruby parpadeó, claramente tomada por sorpresa, pero rápidamente recuperó su compostura. —Emily, no tienes que decir eso. Tú hiciste todo esto. Yo solo estaba aquí para recordarte lo increíble que eres.

Emily negó con la cabeza, apretando suavemente su mano. —No, Ruby. Estuviste aquí cuando más te necesitaba. Me apoyaste incluso cuando yo misma no sabía qué quería. Eso significa más de lo que puedo decir con palabras.

Antes de que Ruby pudiera responder, Chloe apareció como una ráfaga de energía, con una copa en la mano y su sonrisa característica. —¡Ahí están mis chicas favoritas! ¿Planeáis escapar antes de que empiece el karaoke? Porque aviso: Ryan ha amenazado con cantar.

Emily rió, agradeciendo la interrupción oportuna que aligeraba el ambiente. —¿Ryan? ¿En serio? No puedo perdérmelo.

Chloe giró los ojos dramáticamente, como si la idea fuera demasiado absurda para procesar. —Más bien no queremos que nadie lo sufra. Pero volviendo a vosotras dos… —sus ojos se entrecerraron juguetonamente mientras su tono se volvía más conspirativo—. No puedo creer que os hayáis escondido aquí cuando podríais estar recibiendo ovaciones por ser la pareja más bonita del salón.

Ruby levantó una ceja y se giró hacia Emily, claramente divertida. —¿“Pareja más bonita del salón”? ¿Eso es un título oficial?

Emily, sin soltar la mano de Ruby, le devolvió una sonrisa llena de complicidad. —Es Chloe. Si no es oficial, lo hará oficial.

Chloe hizo una inclinación exagerada como si aceptara un premio. —Chicas, ero dejadme deciros una cosa: estoy muy orgullosa de vosotras. Emily, te he visto luchar contra tus propios demonios para llegar aquí, y no solo volviste a las pistas; volviste siendo más tú misma que nunca. Y tú, Ruby, has sido una roca para ella, algo que no todos pueden ser. Así que, aunque no os guste ser el centro de atención, merece la pena que sepáis lo mucho que os admiro.

Ruby, sorprendida por la sinceridad de Chloe, le lanzó una mirada agradecida. Emily, por su parte, se inclinó hacia Chloe y le dio un abrazo. —Gracias, Chloe. No sé qué haríamos sin tu apoyo… aunque a veces seas un poco invasiva. —añadió con una sonrisa burlona.

Chloe rio mientras devolvía el abrazo. —Acepto esa crítica. Pero tenéis que prometerme algo: cuando tengáis vuestro “momento de película romántica”, quiero estar en primera fila.

¿Trato?

Ruby soltó una carcajada, entre divertida y resignada. —Creo que no tenemos elección.

Emily le apretó la mano suavemente y asintió. —Trato.

El resto de la noche pasó entre risas y conversaciones. Chloe, fiel a su estilo, se aseguró de que todos supieran lo felices que estaba por su amiga, y aunque Emily y Ruby no buscaban ser el centro de atención, no pudieron evitar sonreír al sentir el apoyo genuino de todos los presentes. De fondo, Ryan desafinaba una versión de *Wonderwall*, mientras Chloe lo animaba con la energía de quien cree firmemente que todo es más divertido si se hace con entusiasmo.

Cuando la noche finalmente empezó a calmarse, Emily y Ruby se encontraron de nuevo junto al ventanal, disfrutando de un momento de paz mientras la nieve seguía cayendo. Ruby dejó escapar un suspiro de satisfacción. —Bueno, diría que sobrevivimos a Chloe. Eso ya es un logro.

Emily rio, apoyando la cabeza en el hombro de Ruby. —Si pudimos con esto, creo que podemos con todo.

Ruby inclinó la cabeza hacia ella, dejando un suave beso en su cabello. —Estoy contigo en eso.

Y mientras el salón se llenaba de los últimos ecos de risas y canciones, Emily sintió que, por primera vez en mucho tiempo, todo estaba exactamente como debía estar.

* * *

La mañana era serena, con el sol brillando tímidamente entre las montañas cubiertas de nieve. Emily y Ruby habían escapado del bullicio del hotel, decidiendo tomarse un día solo para ellas. Caminaron por un sendero tranquilo, donde el único sonido era el crujido de la nieve bajo sus botas y el suave susurro del viento.

Ruby llevaba una mochila ligera, de la que asomaba una manta de lana y un termo. Emily caminaba junto a ella, con las manos en los bolsillos de su abrigo, su cabello rubio recogido en un moño desordenado.

—¿A dónde me llevas exactamente? —preguntó Emily, lanzándole a Ruby una mirada divertida.

Ruby sonrió misteriosamente. —Tendrás que esperar para verlo. Solo confía en mí.

Emily rió entre dientes, sacudiendo la cabeza. —Siempre confío en ti, Ruby. Aunque debo admitir que esta caminata en el frío me hace cuestionar un poco mi juicio.

—Paciencia, campeona. —respondió Ruby, dándole un pequeño empujón en el hombro. —Esto valdrá la pena, te lo prometo.

Después de unos minutos más de caminata, llegaron a un claro rodeado de altos pinos. En el centro había un pequeño refugio de madera con una vista espectacular de las montañas y el valle cubierto de nieve. Ruby se detuvo, señalando hacia el refugio con una sonrisa triunfante.

—Ta-dá. Nuestro rincón del mundo para hoy.

Emily soltó una risa genuina, su aliento formando pequeñas nubes en el aire frío. —¿Cómo encuentras estos lugares? ¿Tienes un mapa secreto de sitios perfectos o algo así?

Ruby se encogió de hombros mientras abría la puerta del refugio, dejándola pasar primero. —Digamos que tengo talento para encontrar tranquilidad donde menos se espera. Y sabía que te haría bien un poco de paz después de todo lo de ayer.

Dentro del refugio, Ruby desplegó la manta sobre el suelo de madera y sacó el termo, sirviendo dos tazas de chocolate caliente. Emily se dejó caer sobre la manta, tomando una taza y dejando escapar un suspiro de satisfacción.

—Esto es perfecto. —dijo Emily, mirando a Ruby con una sonrisa agradecida. —Gracias por esto.

Ruby se sentó frente a ella, su expresión suave pero llena de intención. —Sabía que lo necesitabas. A veces, entre todo el ruido y las expectativas, olvidamos lo importante que es detenernos y respirar.

Emily asintió, dejando que el calor de la bebida y el momento la envolvieran. —Ha sido mucho… pero no cambiaría nada. Todo lo que pasó me llevó hasta aquí, hasta ti.

Ruby sonrió, estirando una mano para entrelazarla con la de Emily. —Y aquí estamos. Sin cronómetros, sin pistas, solo nosotras.

Pasaron las horas hablando de todo y de nada, disfrutando del tipo de compañía que no necesita llenar los silencios. Emily se recostó finalmente, mirando el techo del refugio mientras Ruby se acomodaba a su lado.

—¿Qué viene después? —preguntó Emily, su voz suave.

Ruby giró la cabeza para mirarla. —Lo que tú quieras que venga. Pero sé que, pase lo que pase, estoy aquí. Y creo que tú también sabes eso.

Emily sonrió, inclinándose para dejar un beso suave en los labios de Ruby. —Lo sé. Y eso lo hace todo mucho más fácil.

Mientras la tarde avanzaba y la luz del sol se teñía de tonos dorados, Emily y Ruby se quedaron allí, disfrutando de la calma y el calor que habían encontrado juntas. Era un día de paz,

y ambas sabían que esos momentos serían el ancla que las sostendría cuando la vida volviera a acelerar.

19

Una Vida Redefinida

El olor del café recién hecho flotaba en la cabaña de Emily, mezclándose con el suave sonido del viento golpeando las ventanas. Emily estaba en la mesa de la cocina, con el pelo recogido en un moño desordenado y una manta cubriéndole los hombros, luciendo la viva imagen de una campeona olímpica fuera de servicio. Ruby, mientras tanto, se apoyaba en el marco de la puerta, con una taza en la mano y una mirada tan intensa que Emily levantó la vista de su móvil, arqueando una ceja.

—¿Qué pasa? —preguntó Emily, agitando su taza de café como si con eso pudiera desactivar la seriedad en el rostro de Ruby. —¿Descubriste que tu tarjeta de crédito no sobrevivió al último pedido de libros de fisioterapia?

Ruby soltó una risa suave, pero no se movió de donde estaba. —No, aunque gracias por recordarme que revisé un “kit anatómico” que parecía más decorativo que útil.

Emily hizo un gesto amplio hacia la sala. —¡Los huesos de plástico son importantes para la decoración de interiores! Nunca sabes cuándo tendrás que dar una lección sobre el fémur mientras tomas café.

Ruby finalmente se acercó, dejando su taza en la mesa y sentándose frente a Emily. Su expresión se suavizó un poco, aunque todavía parecía estar decidiendo cómo abordar algo importante.

Emily la miró con sospecha. —Vale, ¿qué está pasando? Cuando estás así de seria, suele haber malas noticias. ¿Qué es? ¿No van a reponer tus galletas favoritas en el supermercado?

Ruby entrelazó las manos sobre la mesa, mirando a Emily a los ojos. —No es nada malo. Es solo que he estado pensando mucho en nosotras, en lo que viene después, y creo que es hora de hacer un cambio.

Emily dejó caer su cucharilla dentro de la taza con un tintineo. —¿Un cambio? Por favor,

dime que no estás sugiriendo que compremos un perro. Aún no supero el trauma de ese gato que me atacó en la casa de tu amiga.

Ruby se echó a reír, inclinándose hacia atrás. —No, no es un perro. Aunque ahora que lo mencionas, un golden retriever podría ser una buena idea…

—¡Ruby! —exclamó Emily, lanzándole un cojín pequeño que había sacado de quién sabe dónde. —¡Habla ya!

Ruby tomó aire y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. —Voy a abrir una clínica aquí, en Colorado. Cerca de ti.

Emily parpadeó, procesando las palabras. —¿Qué?

Ruby sonrió, alzando las cejas. —Que me voy a mudar. Que quiero estar aquí contigo. Quiero que nosotras tengamos una oportunidad real, sin aviones, horarios cruzados o videollamadas a las tres de la mañana donde intento explicarte cómo hacer estiramientos mientras tú estás comiendo cereales.

Emily se quedó en silencio durante unos segundos, mirando a Ruby como si acabara de proponer que se fueran a Marte. Finalmente, dejó escapar un suspiro teatral, llevándose una mano al pecho. —¿Quién eres y qué has hecho con la Ruby lógica y planificadora que conozco?

Ruby fingió indignación. —¡Oye! La lógica y la planificación me trajeron hasta aquí. Estoy haciendo cálculos, organizando presupuestos y pensando en cómo decorar la clínica. No soy una loca romántica que toma decisiones impulsivas.

Emily soltó una carcajada, inclinándose hacia ella. —Claro, porque anunciar que vas a mudarte para estar conmigo no tiene nada de romántico.

Ruby se encogió de hombros, sus labios curvándose en una sonrisa traviesa. —Bueno, tal vez un poco. Pero esto es más que romance, Emily. Es sobre construir algo juntas.

Emily se mordió el labio inferior, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y gratitud. —¿Estás segura? Quiero decir, esta es una gran decisión. No quiero que lo hagas solo por mí.

Ruby tomó su mano, entrelazando sus dedos. —Lo hago por mí también. Esto es lo que quiero. Y, francamente, trabajar en una clínica en Colorado suena mucho más interesante que tratar a aburridos ejecutivos de oficina que se lesionan jugando al golf.

Emily soltó una carcajada tan fuerte que casi derrama su café. —¡Oh, Ruby! Te imagino diciendo eso en sus caras. “Lo siento, señor Johnson, pero su lesión por movimiento de muñeca con el palo de golf no es digna de mi tiempo”.

Ruby se rió con ella, sacudiendo la cabeza. —Exacto. Es hora de un cambio, y Colorado es mi nuevo comienzo. Contigo.

Emily se inclinó hacia adelante y la besó suavemente, dejando que la calidez del momento las envolviera. —Entonces hagámoslo. Juntas.

Ruby levantó su taza, haciendo un brindis improvisado. —Por nuevas clínicas, nuevos retos y cero lesiones por golf.

Emily chocó su taza con la de Ruby, sonriendo ampliamente. —Y por nosotras.

El sol brillaba a través de las ventanas, iluminando la cocina mientras ambas reían, soñando con el futuro que estaban a punto de construir juntas.

* * *

Emily estaba sentada en un banco frente a las montañas nevadas, envuelta en su abrigo y con una taza de chocolate caliente en las manos. El paisaje era impresionante, pero su mente estaba en otra parte. Después de la conversación con Ruby esa mañana, las palabras de su fisioterapeuta, amiga y ahora pareja, seguían resonando en su cabeza: *"Esto es lo que quiero. Contigo"*. Era una declaración simple, pero cargada de peso.

—¿Qué piensas, campeona? —Ruby apareció detrás de ella, con las manos en los bolsillos y una sonrisa tranquila en el rostro.

Emily levantó la vista, esbozando una sonrisa mientras hacía un gesto para que Ruby se sentara a su lado. —En muchas cosas. En el futuro, principalmente. En cómo voy a equilibrar todo.

Ruby se dejó caer en el banco, sacudiéndose un poco de nieve de los pantalones antes de girarse hacia Emily. —¿Te refieres al esquí, a mí o a las dos cosas?

Emily soltó una risa corta. —A las dos cosas. Y también a Ryan, Chloe, Dan… todo. Parece que en los últimos meses mi vida ha pasado de ser un caos solitario a un caos lleno de gente increíble. No estoy acostumbrada.

Ruby sonrió, apoyando un codo en el respaldo del banco mientras la miraba. —Bueno, para ser justa, no pareces muy mala manejando el caos. Lo dominas con bastante estilo.

Emily sacudió la cabeza, riendo entre dientes. —Eso es porque no has visto mi lado menos glamuroso. Como cuando pierdo los calcetines de esquí y tengo que usar los de Ryan porque olvidé lavar mi ropa.

Ruby se echó a reír, inclinándose hacia ella. —Eso suena como una historia que quiero oír en detalle.

—No es tan emocionante. —dijo Emily, sonriendo. —Solo implica calcetines que olían a gimnasio y un momento de desesperación a las seis de la mañana.

Ruby se enderezó, dándole un pequeño empujón en el hombro. —Ves, eso es lo que me gusta de ti. No importa cuánto caos haya a tu alrededor, siempre encuentras la manera de salir adelante, incluso si eso significa sobrevivir con calcetines apestosos.

Emily dejó escapar un suspiro, dejando que su mirada volviera a las montañas. —Supongo que ese es el punto, ¿no? Salir adelante. Pero ahora no quiero solo sobrevivir. Quiero encontrar una manera de hacerlo todo bien. Mi carrera, mi vida personal, nuestra relación. No quiero que nada se quede a medias.

Ruby tomó un sorbo de su propio chocolate caliente, asintiendo lentamente. —Eso es una buena reflexión. Pero déjame preguntarte algo: ¿por qué sientes que tienes que hacerlo todo perfectamente desde el principio? Nadie lo hace. Es cuestión de intentarlo, equivocarse y seguir adelante.

Emily la miró, con una sonrisa pequeña pero genuina. —¿Desde cuándo te volviste tan sabia?

Ruby se encogió de hombros con una sonrisa traviesa. —He tratado a muchas personas que creen que tienen que ser perfectas todo el tiempo. Al final, todas aprenden que ser humano significa cometer errores y aprender de ellos. Tú no eres diferente, Emily.

—¿Eso significa que puedo equivocarme sin que me mires con esa cara de “te lo dije”? —preguntó Emily, arqueando una ceja.

Ruby rió, levantando una mano en señal de juramento. —Prometo que intentaré no decir “te lo dije”… demasiadas veces.

Emily soltó una carcajada, sintiendo cómo el peso en su pecho comenzaba a disiparse. —Supongo que eso es suficiente.

Ambas se quedaron en silencio por un momento, disfrutando de la tranquilidad del paisaje y la calidez de estar juntas. Finalmente, Emily habló, su voz más suave ahora.

—Gracias, Ruby. Por hacerme darme cuenta de que no tengo que tener todas las respuestas ahora mismo. Por estar aquí conmigo, incluso cuando soy un desastre.

Ruby se inclinó, dejando un beso suave en la frente de Emily. —Siempre estaré aquí, Emily. Y por cierto, no eres un desastre. Eres un caos glorioso, y me encanta.

Emily rió, apoyando su cabeza en el hombro de Ruby. En ese momento, mirando las montañas y sintiendo el calor de Ruby a su lado, supo que encontraría la manera de equilibrar todo. Porque ahora tenía algo que no había tenido antes: alguien en quien confiar, alguien que la aceptaba tal como era.

* * *

El fuego en la chimenea crepitaba suavemente, llenando la cabaña con un calor acogedor que contrastaba con el frío de la noche. Emily estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá y una manta cubriéndole las piernas. Ruby estaba a su lado, leyendo un libro que parecía haber olvidado hacía rato, porque sus ojos se deslizaban hacia Emily cada pocos minutos.

Emily jugueteaba con su taza de té, girándola entre las manos como si estuviera esperando que la bebida caliente le diera las palabras que no lograba encontrar. Ruby, siempre perceptiva, cerró el libro y lo dejó a un lado antes de girarse completamente hacia ella.

—¿Qué pasa, Emily? —preguntó con suavidad, aunque su tono era firme. —Te conozco lo suficiente para saber que algo está dando vueltas en tu cabeza.

Emily dejó escapar un suspiro, levantando la mirada hacia Ruby. Sus ojos azules estaban llenos de emoción, como si una marea estuviera a punto de romper. —Es solo que… hay tantas cosas que no sé cómo decir.

Ruby movió su silla un poco más cerca, tomando la mano de Emily entre las suyas. —Tómate tu tiempo. Estoy aquí.

Por un momento, Emily miró sus manos entrelazadas, como si el contacto físico le diera el valor que necesitaba. Finalmente, habló, su voz apenas un susurro. —He pasado toda mi vida tratando de ser perfecta. La atleta perfecta, la hija perfecta, la hermana que nunca falla. Pero cuando todo se derrumbó después del accidente… me di cuenta de que no tenía idea de quién era si no estaba ganando.

Ruby asintió, sin interrumpirla, dejando que Emily siguiera desahogándose.

—Y luego llegaste tú. —continuó Emily, su voz temblando un poco. —Con tus ejercicios imposibles y tus sermones sobre no rendirme. Pensé que eras la persona más molesta del planeta. —soltó una pequeña risa que rápidamente se convirtió en un suspiro profundo. —Pero me demostraste que soy más que una medalla, más que una esquiadora. Me hiciste creer que todavía podía ser alguien, incluso cuando yo había dejado de creer.

Ruby la miró con una mezcla de ternura y orgullo, apretando suavemente su mano. —Emily, lo que has hecho estos últimos meses no tiene nada que ver conmigo. Todo ha sido gracias a ti. Yo solo estaba aquí para recordarte lo increíble que eres.

Emily negó con la cabeza, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —No. Fue más que eso. Ruby, me cambiaste. Me hiciste querer algo más, no solo volver a esquiar, sino volver a vivir. Y eso es algo que no puedo agradecerte lo suficiente.

Ruby soltó una risa suave, sacudiendo la cabeza. —Bueno, si quieres agradecerme, podrías empezar por dejar de ignorar mis consejos sobre estiramientos.

Emily soltó una carcajada, limpiándose las lágrimas con la manga de su jersey. —Claro, porque “gracias por salvarme” no es suficiente. ¿Necesitas una declaración oficial también?

—Quizá una placa conmemorativa. —bromeó Ruby, inclinándose hacia adelante para besarla en la frente. —Emily, no tienes que agradecerme nada. Lo que hemos construido juntas es suficiente. Y si te he ayudado a ver lo increíble que eres, entonces ya tengo mi recompensa.

Emily sonrió, inclinándose hacia Ruby y apoyando su frente contra la de ella. —No sé qué hice para merecerte, pero prometo que voy a intentar estar a la altura de esto.

Ruby dejó escapar un suspiro, acariciando suavemente el rostro de Emily. —No tienes que intentar nada. Ya lo estás.

El silencio se asentó entre ellas, cómodo y lleno de entendimiento. Mientras el fuego seguía ardiendo, Emily sintió que algo dentro de ella finalmente había encontrado paz. No tenía todas las respuestas, pero sabía que no estaba sola, y en ese momento, eso era más que suficiente.

* * *

La cabaña estaba rodeada por un manto de nieve, aislada del mundo, como si existiera solo para ellas. El resplandor de la luna filtrándose a través de los altos pinos creaba un ambiente casi irreal, mientras el interior de la cabaña se llenaba con la calidez de la luz tenue de las lámparas y el aroma del vino recién descorchado.

Ruby estaba en la pequeña cocina, moviéndose con una confianza que parecía haber convertido el espacio en suyo. Su cabello estaba recogido de manera informal, pero algunos mechones caían sobre su rostro, haciéndola parecer aún más relajada. Emily la observaba desde el sofá, con la barbilla apoyada en una mano y una sonrisa que no podía ni quería ocultar.

—¿Sabes que te quedas adorablemente concentrada cuando haces algo tan simple como cortar pan? —dijo Emily, su tono lleno de cariño.

Ruby levantó la vista, sosteniendo el cuchillo en una mano y una rebanada de pan en la otra. —¿Y tú sabes que no puedo concentrarme si me miras de esa manera? —respondió con una sonrisa juguetona.

Emily se levantó lentamente, cruzando el pequeño espacio que las separaba y rodeando la cintura de Ruby con los brazos desde atrás. Apoyó la cabeza en su hombro, disfrutando del calor que irradiaba su cuerpo.

—Es que me encanta verte así, tranquila, como si todo estuviera bien en el mundo. —murmuró Emily, dejando un beso en la curva del cuello de Ruby.

Ruby dejó el cuchillo sobre la tabla de madera y giró ligeramente para mirarla. Sus ojos azules reflejaban el brillo cálido de las lámparas. —¿Y no lo está? —preguntó, su voz más suave ahora, mientras acariciaba con los dedos la mejilla de Emily.

Emily no respondió con palabras. En su lugar, la atrajo más hacia ella y la besó, un beso que comenzó lento, casi tímido, pero que rápidamente se volvió más profundo, lleno de todo lo que sentían y que las palabras no podían expresar. Ruby respondió con la misma intensidad, sus manos deslizándose por la espalda de Emily hasta perderse en su cabello.

Cuando se separaron, ambas respiraban con cierta agitación, pero con una calma inexplicable en sus miradas. Ruby sonrió, dejando que sus frentes se apoyaran.

—Definitivamente, este es mi lugar favorito en el mundo. —susurró.

—¿La cabaña? —preguntó Emily, arqueando una ceja con una sonrisa divertida.

Ruby negó lentamente, dejando un beso fugaz en sus labios. —Tú.

El fuego crepitaba ahora en la chimenea, llenando la habitación con su cálido resplandor. Se sentaron juntas en el sofá, envueltas en una manta compartida. Ruby había insistido en servirles un plato de pasta que habían improvisado con lo que trajeron, pero la comida había pasado a un segundo plano. Emily estaba acurrucada contra el pecho de Ruby, con las piernas cruzadas sobre el sofá mientras trazaba círculos perezosos con un dedo en la mano de Ruby.

—Nunca imaginé que podría sentirme tan… completa. —dijo Emily, rompiendo el cómodo silencio.

Ruby inclinó la cabeza, apoyándola en la de Emily. —Tú hiciste esto posible, Emily. Tú elegiste luchar, volver, dejar que alguien más entrara en tu vida.

Emily levantó la vista hacia ella, sus ojos brillando con emoción. —¿Y si te digo que no quiero que nadie más entre? Que tú eres suficiente.

Ruby se inclinó para besarla de nuevo, esta vez más despacio, como si quisiera grabar ese momento en su memoria. —Entonces será un honor quedarme.

El resto de la noche transcurrió en una mezcla de risas, caricias y confesiones. Hablaron de todo y de nada, desde sus sueños hasta los pequeños detalles que las hacían reír. Cuando el sueño finalmente las venció, se acomodaron juntas frente al fuego, con los cuerpos entrelazados y el sonido del viento como único testigo de su amor.

En la intimidad de la cabaña, Emily y Ruby encontraron algo más que un refugio del mundo: encontraron el inicio de todo lo que querían construir juntas.

* * *

El sol comenzaba a despuntar tras las montañas, tiñendo el cielo de tonos rosados y anaranjados. Emily estaba en la pista de entrenamiento, con sus esquís ya puestos y las manos en las caderas. Respiraba profundamente, sintiendo cómo el aire fresco de la mañana llenaba sus pulmones y la energía comenzaba a recorrer su cuerpo. Ruby estaba un poco más atrás, con su tablet en mano y un cronómetro colgando del cuello, luciendo tan profesional como siempre.

—¿Lista para otra temporada, campeona? —preguntó Ruby con una sonrisa que mezclaba apoyo y un toque de desafío.

Emily se giró hacia ella, arqueando una ceja. —¿Eso es un desafío? Porque suena como uno.

Ruby levantó las manos en un gesto inocente. —Yo solo digo que ahora tienes algo más que demostrar. Ya no es solo por ti; ahora tienes que impresionar a tu fisioterapeuta.

Emily rió, ajustándose el casco antes de responder. —Impresionarte es fácil. Lo difícil es lograr que dejes de mirarme con esa mirada crítica de “sé que puedes hacerlo mejor”.

Ruby fingió ofenderse, llevándose una mano al pecho. —¡Jamás! Solo tengo estándares altos, y tú siempre los superas. Bueno… casi siempre.

Emily negó con la cabeza, pero su sonrisa delataba lo mucho que disfrutaba de estas bromas. —Bien, prepárate para anotarlo, porque estoy a punto de darte una lección.

Ruby levantó la tablet, lista para registrar los tiempos. —Eso quiero verlo.

Con un empujón decidido, Emily se lanzó cuesta abajo, y la montaña se convirtió en su escenario una vez más. Cada giro, cada movimiento, era un recordatorio de cuánto había trabajado para llegar a este punto. La velocidad era adictiva, y la sensación de controlar algo tan impredecible como la nieve era el tipo de magia que solo los esquiadores podían entender.

Ruby la seguía con la mirada, sus dedos moviéndose rápidamente en la pantalla para anotar los detalles. Pero más allá de los números y las estadísticas, lo que realmente la impresionaba era la forma en que Emily parecía haber encontrado un nuevo equilibrio. No solo estaba compitiendo contra el reloj; estaba disfrutando de cada segundo.

Cuando Emily llegó al final de la pista, respirando con dificultad pero con una sonrisa amplia, Ruby ya estaba allí, esperándola con la tablet en una mano y una botella de agua en la otra.

—No está mal. —dijo Ruby, ofreciendo la botella mientras revisaba los tiempos. —Pero creo que tienes al menos medio segundo más que puedes recortar en el segundo tramo.

Emily tomó la botella, bebiendo mientras levantaba una ceja. —¿Solo medio segundo? Debes estar de buen humor hoy.

Ruby sonrió, inclinándose hacia ella. —Bueno, estoy impresionada. Pero no te emociones demasiado; todavía no has ganado mi trofeo de fisioterapeuta del año.

Emily rió, quitándose el casco y sacudiendo el cabello. —Dame tiempo. Este es solo el comienzo.

Mientras ambas caminaban de regreso al área de descanso, Ruby bajó la voz, su tono más serio pero lleno de cariño. —Estoy orgullosa de ti, Emily. No solo por volver a las pistas, sino por todo lo que has hecho para estar aquí. Es increíble verte así.

Emily se detuvo, girándose hacia Ruby. —Eso significa mucho viniendo de ti. Pero, para ser honesta, no lo habría logrado sin tu apoyo. Tú has sido mi roca en todo esto.

Ruby sonrió suavemente, inclinándose para darle un beso rápido. —Bueno, entonces estamos a mano. Porque tú también me has cambiado la vida.

Ambas continuaron caminando, el sol ahora completamente visible sobre las montañas. Emily sentía que estaba lista para lo que viniera, no solo porque había recuperado su confianza en las pistas, sino porque tenía a alguien a su lado que creía en ella tanto como ella misma.

20

Epílogo - Bajo la Nieve

El sonido de risas infantiles llenaba la sala de estar del acogedor hogar donde Emily y Ruby habían sido invitadas a pasar el día. Chloe estaba sentada en el suelo, con un bebé rubio de ojos enormes que hacía un esfuerzo monumental por mantenerse en pie mientras se aferraba a sus dedos. Ryan, su marido, estaba cerca, sosteniendo un biberón como si fuera un trofeo de campeonato.

—Vamos, campeón, puedes hacerlo. —dijo Chloe, animando al pequeño mientras este daba un tambaleante paso hacia adelante.

—Si dice “mamá” antes de “papá”, exigiré una revancha. —bromeó Ryan, inclinándose hacia el niño como si estuviera negociando con un oponente formidable.

Ruby y Emily, que estaban cómodamente sentadas en el sofá, observaban la escena con una mezcla de ternura y diversión. Ruby tenía una taza de té en la mano, mientras Emily, claramente encantada, grababa todo con su móvil.

—¿Y dices que Chloe era la que odiaba los niños? —susurró Emily, inclinándose hacia Ruby con una sonrisa burlona.

Ruby rió, llevándose la taza a los labios. —Me imagino que la maternidad cambia a las personas. Aunque en su caso, parece que la ha vuelto más ruidosa, si es que eso era posible.

Chloe levantó la vista, escuchando el comentario aunque estaba claro que no había captado el tono. —¡Por supuesto que odio a los niños! Bueno, no a este. Este es genial. Pero los otros… ¡Uf! ¡Gritones, pegajosos y siempre con la nariz mocosa!

Ryan la miró, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. —Cariño, acabas de describir lo que nuestro hijo será en unos meses.

Chloe lo fulminó con la mirada. —Eso no cuenta. Él es nuestro mocoso adorable. Es diferente.

El bebé, ajeno a la conversación, soltó una risita encantada antes de tambalearse y caer sentado en el suelo. Chloe lo levantó rápidamente, acariciándole la cabeza como si acabara de ganar una medalla de oro.

—Bien hecho, pequeño. Eres más estable que algunos adultos que conozco. —dijo, lanzándole una mirada significativa a Emily.

Emily alzó las manos en señal de rendición. —¡Oye! Yo soy un desastre controlado. Eso cuenta como estabilidad en mi mundo.

Ruby rió, dejando la taza sobre la mesa antes de dirigirse al bebé. —¿Puedo? —preguntó, extendiendo los brazos.

Chloe asintió, entregándole al pequeño con cuidado. —Pero cuidado, Ruby. Si te encariñas demasiado, podrías empezar a querer uno propio.

Ruby sonrió mientras el bebé se acomodaba en sus brazos, mirándola con una curiosidad inocente. —Bueno, nunca digas nunca. Aunque creo que primero necesitamos dominar lo de mantener vivos a nuestros cactus.

Emily soltó una carcajada, recordando el pequeño cementerio de plantas que habían acumulado en su apartamento. —Sí, creo que ese es el paso uno. Paso dos: tal vez una mascota que no sea un pez.

Chloe los observó con una sonrisa traviesa. —Oh, por favor. Está escrito en las estrellas. Vosotras dos acabaréis criando pequeños campeones olímpicos. Lo sé.

Ruby y Emily intercambiaron una mirada, sus rostros mezclando diversión y algo más profundo, como si la idea no fuera tan absurda como podría parecer.

—Bueno, primero ganemos un par de olimpiadas más, y luego hablamos. —respondió Emily, guiñándole un ojo a Ruby.

Mientras la tarde continuaba con risas y anécdotas, Emily no podía evitar sentirse agradecida por todo lo que había cambiado en su vida. Chloe y Ryan habían encontrado su felicidad, Ruby estaba a su lado, y las posibilidades del futuro eran infinitas.

* * *

La nieve caía suavemente cuando Emily y Ruby salieron de la casa de Chloe y Ryan. El aire frío de la montaña envolvía todo con su característico olor a invierno, fresco y limpio, mientras sus botas crujían contra la nieve recién caída. Emily ajustó su abrigo, lanzándole a Ruby una mirada que era mitad desafío, mitad complicidad.

—¿Estás lista para escapar de toda esta adorabilidad familiar? —preguntó Emily, metiendo las manos en los bolsillos para resguardarse del frío.

Ruby sonrió, caminando un paso más cerca de ella. —No voy a mentir, el bebé es adorable, pero sí, creo que necesito un poco de tranquilidad después de tanto entusiasmo.

Emily asintió, girándose para mirar el cielo despejado sobre ellas, las estrellas brillando como pequeñas joyas en un lienzo oscuro. —Perfecto, porque tengo un plan.

Ruby arqueó una ceja, claramente divertida. —¿Un plan? ¿De qué tipo? Por favor, dime que no implica trineos esta vez.

Emily dejó escapar una risa ligera. —Nada tan extremo. Prometo que esta vez será algo más relajante.

Caminaron unos minutos más hasta llegar a un pequeño refugio en medio del bosque. La cabaña, iluminada por una tenue luz que salía de su interior, parecía sacada de un cuento de hadas, rodeada de árboles cubiertos de nieve. Ruby frunció el ceño con una mezcla de curiosidad y asombro.

—¿Qué es esto? —preguntó, deteniéndose frente a la puerta.

Emily sacó una pequeña llave de su bolsillo, girándola juguetonamente antes de abrir. —Sorpresa. Lo alquilé para nosotras por esta noche. Pensé que después de tanto caos, nos merecíamos algo de paz.

Ruby entró, mirando alrededor con una sonrisa que delataba cuánto le gustaba la idea. El interior de la cabaña era acogedor, con una chimenea encendida que llenaba el espacio de calor y luz, y una mesa preparada con una botella de vino y dos copas. Un sofá cubierto con mantas suaves estaba colocado estratégicamente frente al fuego, y una alfombra gruesa cubría el suelo de madera, invitando a descalzarse.

—Esto es… perfecto. —susurró Ruby, girándose hacia Emily. —No puedo creer que hayas planeado esto.

Emily se encogió de hombros, quitándose los guantes y el gorro. —Sabes que no soy de las que planifican mucho, pero tú haces que valga la pena intentarlo.

Ruby dejó su mochila en el suelo y se acercó a Emily, tomando sus manos entre las suyas. —Eres increíble, ¿lo sabes?

Emily sonrió, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y ternura. —Sigo trabajando en ello, pero gracias por notarlo.

Ruby rió, inclinándose hacia ella para besarla suavemente. El beso comenzó como un gesto tranquilo, pero pronto se profundizó, lleno de todo lo que habían aprendido a expresar sin

palabras. Las manos de Ruby se deslizaron hacia la cintura de Emily, atrayéndola más cerca, mientras Emily enredaba los dedos en el cabello de Ruby.

Cuando se separaron, ambas estaban ligeramente agitadas, pero con sonrisas cómplices en los labios. Ruby señaló la botella de vino con la cabeza. —¿Esa es la segunda parte del plan?

—Primero el vino, luego lo que quieras. —respondió Emily, tomando la botella para abrirla y sirviendo dos copas.

Se sentaron juntas en el sofá, con las piernas entrelazadas bajo las mantas y las copas en las manos. La conversación fluyó con naturalidad, pasando de anécdotas del pasado a sueños para el futuro. Ruby habló sobre su clínica en Colorado, mientras Emily se perdía en los detalles de sus palabras, fascinada por su pasión.

En algún momento, el tema giró hacia lo que ambas habían compartido esa tarde en casa de Chloe.

—¿Sabes? No puedo dejar de pensar en lo que dijo Chloe sobre criar pequeños campeones olímpicos. —dijo Ruby, mirándola con una sonrisa que era mitad broma, mitad curiosidad.

Emily rió, llevándose la copa a los labios. —Sí, fue bastante Chloe, ¿no crees? Siempre tan exagerada.

Ruby inclinó la cabeza, sus ojos fijos en los de Emily. —¿Pero lo has pensado? Alguna vez… ¿te imaginas eso?

Emily dejó la copa en la mesa, pensativa por un momento antes de girarse hacia Ruby. —¿Sabes qué? Antes, nunca me lo habría imaginado. Pero contigo… siento que cualquier cosa es posible.

Ruby dejó la copa a un lado también, tomando la mano de Emily entre las suyas. —Yo siento lo mismo. No tiene que ser ahora, pero me gusta la idea de imaginarlo… contigo.

El silencio que siguió no necesitaba llenarse. La conexión entre ambas era suficiente para transmitir lo que sentían. Emily apoyó la cabeza en el hombro de Ruby, cerrando los ojos mientras el calor del fuego y el peso de ese momento las envolvían.

—Por nosotras. —murmuró Emily, entrelazando sus dedos con los de Ruby.

—Por nosotras. —repitió Ruby, dejando un beso en la frente de Emily.

Y así, entre risas, sueños y promesas silenciosas, la noche continuó siendo solo suya.

* * *

El ambiente era eléctrico en la estación de esquí de Aspen. El Campeonato del Mundo había reunido a los mejores esquiadores del planeta, y los gritos del público resonaban como un rugido en las montañas cubiertas de nieve. Las banderas ondeaban al viento y los flashes de las cámaras capturaban cada momento en la línea de salida. Emily ajustaba las fijaciones de sus esquís con una concentración inquebrantable, mientras el sol brillaba alto sobre la pista perfectamente preparada para el slalom más desafiante del circuito.

Ruby estaba de pie junto a ella, con su habitual calma que siempre lograba calmar el torbellino interno de Emily. Llevaba un cronómetro en una mano y un walkie-talkie en la otra, aunque su mirada estaba fija en Emily, llena de confianza y orgullo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ruby, inclinándose ligeramente hacia ella.

Emily exhaló profundamente, ajustándose los guantes antes de mirarla. —Lista. Nerviosa, pero en el buen sentido.

Ruby sonrió, colocando una mano en el hombro de Emily. —Los nervios son buenos. Son el recordatorio de que esto importa. Pero recuerda: no estás aquí para probar nada a nadie más. Esto es solo para ti.

Emily asintió, dejando que las palabras de Ruby calaran. Miró hacia el recorrido desde la cima, con las puertas del slalom alineadas como una invitación a desafiar la gravedad y su propio límite.

El locutor anunció su nombre, y la multitud estalló en vítores. Había un murmullo de emoción en el aire; Emily, la campeona que había regresado de un accidente devastador, estaba en la línea de salida, a punto de demostrar por qué estaba ahí.

Dan, su entrenador, apareció junto a Ruby, con su típica expresión de urgencia mezclada con orgullo. —Recuerda las transiciones en el tramo medio. No pierdas el ritmo en las puertas más cerradas. Y, por encima de todo, confía en tu técnica.

Emily asintió una vez más, sus ojos fijos en la pista. El pitido del cronómetro de salida llenó el aire, marcando los últimos segundos antes de su turno.

—Tienes esto, Emily. —dijo Ruby en voz baja, justo antes de que el semáforo cambiara a verde.

Con un empujón firme, Emily se lanzó pista abajo. La adrenalina la envolvió al instante mientras sus esquís cortaban la nieve con precisión. Cada giro era una coreografía entre velocidad y control. La primera sección de la pista, técnica pero manejable, le permitió ganar confianza y establecer un ritmo sólido.

Las puertas del slalom pasaban a una velocidad vertiginosa. Emily las encaraba con movimientos fluidos, su cuerpo inclinándose justo lo necesario para mantener el equilibrio perfecto entre velocidad y estabilidad. Desde la barrera de espectadores, Ruby seguía cada uno de sus movimientos, sus ojos brillando de emoción. Dan, a su lado, murmuraba números y tiempos, claramente satisfecho con lo que veía.

El tramo intermedio era el más difícil. Las puertas estaban más juntas, obligando a los esquiadores a cambiar de dirección en fracciones de segundo. Emily sintió cómo sus músculos trabajaban al límite, pero su mente estaba en calma. Cada entrenamiento, cada caída, cada momento de duda la habían preparado para esto.

En una curva especialmente cerrada, sus esquís patinaron ligeramente, y por un instante, el público contuvo la respiración. Ruby dio un paso adelante instintivamente, como si pudiera sostener a Emily desde donde estaba. Pero Emily recuperó el control con una agilidad impresionante, aprovechando la energía del desliz para acelerar aún más.

—¡Vamos, Emily! —gritó Ruby, su voz apenas audible entre los vítores de la multitud.

El tramo final era una línea recta con las últimas puertas espaciadas, diseñadas para probar la resistencia y la técnica en los últimos segundos. Emily empujó con todas sus fuerzas, sintiendo el ardor en sus piernas mientras alcanzaba la máxima velocidad. La multitud se puso de pie, gritando su nombre mientras cruzaba la línea de meta.

El marcador digital parpadeó por un momento antes de mostrar su tiempo. Emily alzó la vista y vio el número “1” junto a su nombre. Había ganado.

La ovación fue ensordecedora. Emily dejó escapar un grito de emoción, levantando los brazos mientras deslizaba los últimos metros. Los flashes de las cámaras capturaron su sonrisa radiante mientras se quitaba el casco y dejaba que el aire frío golpeara su rostro.

Ruby llegó corriendo hacia ella, esquivando periodistas y cámaras. Cuando alcanzó a Emily, no dijo nada; simplemente la besó con fuerza, dejando que las emociones hablaran por ellas.

—Lo hiciste. —murmuró Ruby, su voz temblando ligeramente.

—Lo hicimos. —corrigió Emily, separándose lo suficiente para mirarla a los ojos. —No podría haberlo hecho sin ti.

Dan y el resto del equipo se unieron a la celebración, levantando a Emily sobre sus hombros mientras la multitud coreaba su nombre. Emily levantó una mano en señal de agradecimiento, pero su mirada buscó a Ruby entre el caos. Sus ojos se encontraron, y ambas supieron que este momento era tanto suyo como del mundo.

En lo alto de la montaña, Emily sintió algo más que el peso del oro sobre su pecho. Sintió la certeza de que su historia no solo era un regreso, sino el comienzo de algo mucho más grande.

* * *

La tensión en la línea de salida era palpable. Las olimpiadas de invierno estaban llegando a su punto culminante, y el slalom femenino era la prueba que todos esperaban. La pista, desafiante y técnica, se extendía bajo Emily, iluminada por los focos que convertían la noche en un espectáculo de luces sobre la nieve. Las gradas estaban abarrotadas de aficionados de todo el mundo, ondeando banderas y vitoreando a sus favoritos.

Emily estaba en la cima, literalmente y figurativamente. Vestía el icónico traje de su equipo nacional, y aunque su cuerpo estaba cargado de adrenalina, su mente estaba más clara que nunca. Había ganado campeonatos, superado lesiones y roto sus propios límites. Pero este momento era diferente, porque al final de la pista, más allá de la meta, la esperaba su mayor motivación: Ruby.

Ruby, radiante y embarazada de casi ocho meses, estaba de pie cerca del área de llegada, rodeada por el equipo de Emily y una multitud de periodistas. Su chaqueta de invierno apenas lograba disimular la prominente barriga, y sus manos descansaban sobre ella con una mezcla de orgullo y emoción. Desde su posición, podía ver a Emily preparándose para el descenso. Sabía que este no era solo otro título; era la culminación de todo lo que habían construido juntas.

—Tiempo de demostrar por qué eres la mejor, campeona. —dijo Ruby en voz baja, aunque sabía que Emily no podía escucharla.

El pitido del cronómetro llenó el aire, marcando los últimos segundos antes de la salida. Emily ajustó los bastones, tomó una última respiración profunda y se lanzó cuesta abajo.

El descenso fue espectacular. Cada giro y cada cambio de dirección eran una obra maestra de técnica y fuerza. Emily atacaba las puertas del slalom con una agresividad controlada, su cuerpo moviéndose como una extensión perfecta de los esquís. La primera sección, rápida pero técnica, la superó sin errores. Los cronómetros indicaban que estaba en camino de marcar el mejor tiempo.

En el tramo intermedio, donde la pista era más estrecha y las puertas más cerradas, Emily mostró su verdadera maestría. Los comentaristas no podían contener su asombro mientras describían su precisión y fluidez. Ruby, desde la meta, observaba cada movimiento con los nervios a flor de piel, apretando instintivamente las manos sobre su vientre. Cada giro perfecto, cada transición limpia, era un recordatorio de por qué Emily era una leyenda.

El tramo final era una línea recta, donde la velocidad y la resistencia lo eran todo. Emily empujó con todas sus fuerzas, sabiendo que cada fracción de segundo contaba. El rugido de la multitud creció mientras se acercaba a la meta, sus esquís cortando la nieve con una velocidad vertiginosa.

Cuando cruzó la línea, la pista explotó en aplausos y gritos. Emily detuvo su descenso, girándose hacia el marcador que parpadeaba. Su nombre apareció en la primera posición, seguido de un tiempo que confirmaba su dominio absoluto. Era oficial: Emily era campeona olímpica nuevamente.

Se quitó el casco, dejando que el aire frío golpeara su rostro mientras levantaba ambos brazos en señal de victoria. La emoción la envolvió, pero lo que realmente la conmovió fue lo que vio al buscar entre la multitud. Ruby estaba allí, con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa que era puro amor y orgullo. A pesar de estar rodeada por su equipo, Emily no dudó ni un segundo antes de correr hacia ella.

Ruby abrió los brazos justo cuando Emily llegó, envolviéndola en un abrazo que parecía detener el tiempo. Ninguna de las dos dijo nada al principio; simplemente se quedaron así, compartiendo un momento que era solo suyo.

—Lo hiciste. —susurró Ruby, con la voz temblorosa pero llena de emoción. —Eres increíble.

Emily se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, una mano apoyada en la barriga de Ruby. —No, Ruby. Lo hicimos. Tú me diste una razón para luchar más fuerte que nunca. Esto es por nosotras. Por lo que estamos construyendo juntas.

Ruby rió suavemente, limpiándose una lágrima que había escapado. —Bueno, creo que este pequeño también va a estar orgulloso de su mamá.

Emily se inclinó, dejando un beso en la barriga de Ruby antes de mirarla de nuevo. —Espero que herede tu paciencia. Porque, si hereda mi competitividad, estaremos en problemas.

La multitud seguía celebrando, los flashes de las cámaras iluminaban la escena, pero para Emily y Ruby, el resto del mundo había desaparecido. Este era su momento, el resultado de todo lo que habían superado juntas.

Cuando Emily finalmente se subió al podio para recibir su medalla de oro, su mirada buscó automáticamente a Ruby entre la multitud. Allí estaba, con una mano apoyada en su vientre y la otra levantada en un saludo. Emily sostuvo la medalla entre los dedos, sintiendo su peso y sonriendo mientras pensaba en todo lo que le deparaba el futuro.

Y mientras el himno nacional resonaba en las montañas nevadas, Emily supo que su mayor victoria no estaba en el podio, sino al lado de la mujer que había cambiado su vida para siempre.